

se



**EL RINCON DE
LA BRUJA**

JOHN DICKSON CARR

Lectulandia

En su debut como detective, el extravagante lexicógrafo Dr. Gideon Fell tiene de visita en Yew Cottage, la encantadora casa de Fell en la campiña inglesa, al joven Tad Rampole, graduado en la universidad estadounidense. Desde la ventana de su estudio se divisan las ruinas de la prisión de Chatterham, en lo alto de un precipicio conocido como Hag's Nook. La tierra de la prisión pertenece a la familia Starberth, cuyos hijos mayores deben pasar una hora en la misteriosa "Habitación del Gobernador" para heredar la fortuna familiar.

Rampole está especialmente interesado en la familia, ya que conoció a la joven y bella Dorothy Starberth en el tren desde Londres, así que accede inmediatamente cuando Fell y el reverendo local, Thomas Saunders, le piden que los acompañe mientras vigilan y esperan que el aterrado Martin Starberth complete "su hora" en la prisión. Martin tiene muchos motivos para estar asustado; más de un heredero Starberth ha encontrado un final prematuro. ¿Le llegará su turno esta noche?

Lectulandia

John Dickson Carr

El rincón de la bruja

Gideon Fell - 1

ePub r1.0

Titivillus 03.03.2019

Título original: *Hag's Nook*
John Dickson Carr, 1933
Traducción: Miguel Giménez Sales

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0



más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

El rincón de la bruja

Portada edición inglesa

Contraportada inglesa

Fotografía de Carter Dickson

Guía del lector

Introducción

Capítulo primero

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Sobre el autor

Notas

25¢

DELL
BOOK

537

JOHN DICKSON CARR

A Gideon Fell Mystery

HAG'S NOOK

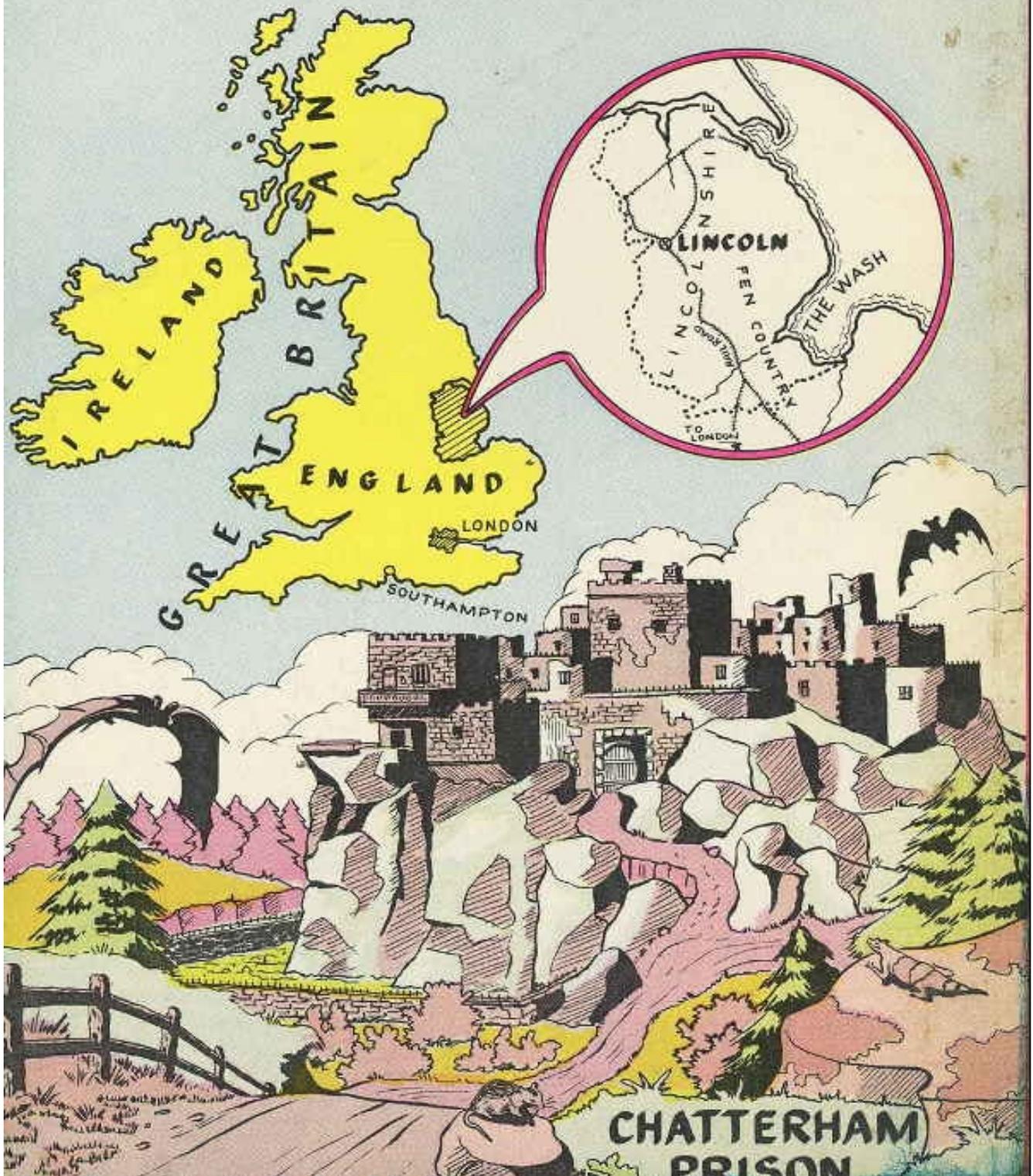
They dodged a bat, and
there in the light was
reflected the evil smile
of the Iron Maiden...

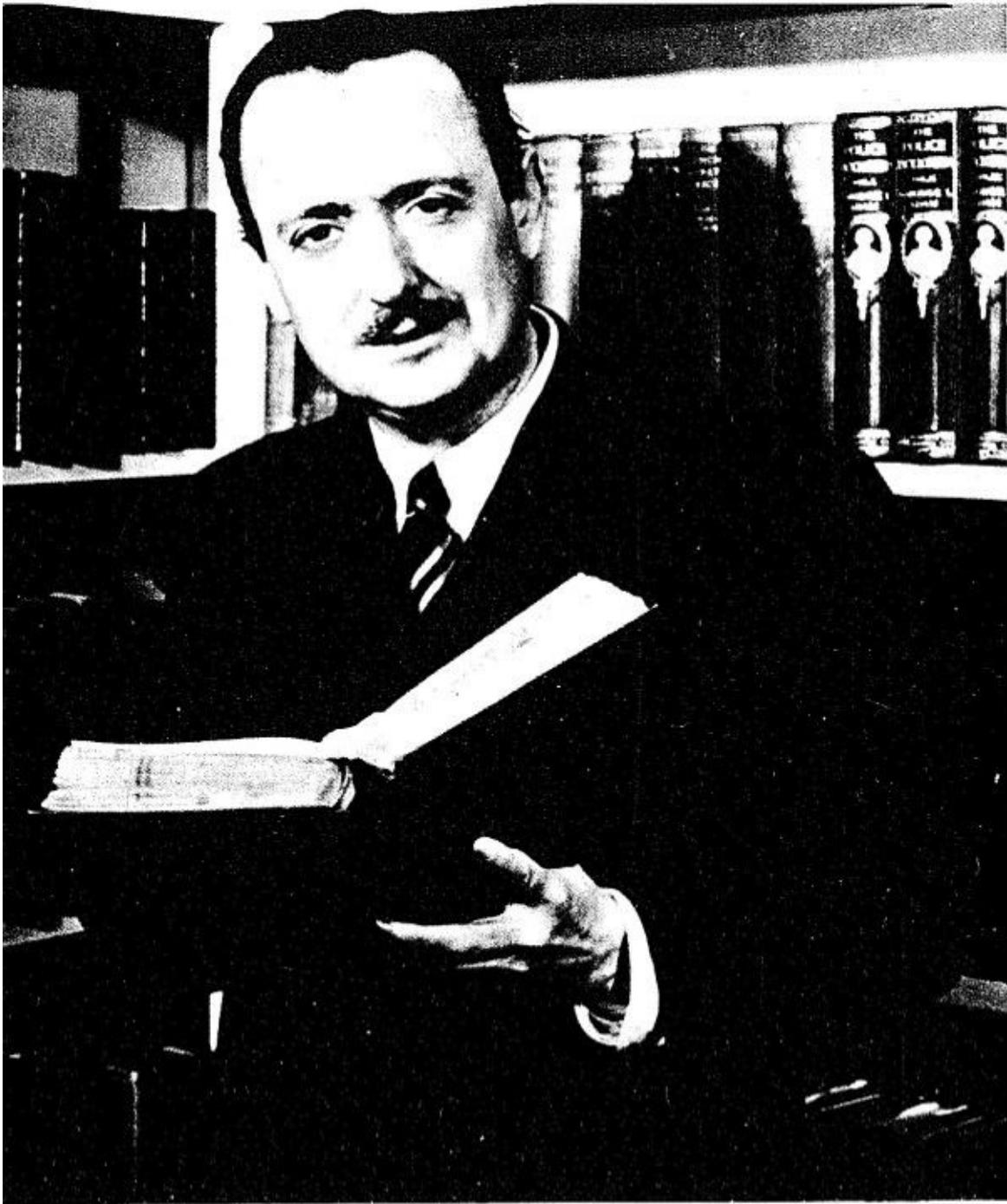


COMPLETE AND UNABRIDGED

Moss-covered, terror-haunted, brooding over century-old secrets of death, an abandoned prison becomes a killer's accomplice in murder.

A D E L L B O O K





John Dickson Carr
CARTER DICKSON

GUÍA DEL LECTOR

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra.

ARNOLD (Benjamín): Comisario de policía del condado de la familia Starberth.

BUDGE: Tradicional y majestuoso mayordomo de la familia Starberth.

BUNDLE (Señora): Ama de llaves, compañera de trabajo de Budge.

FELL (Gideon): Obeso doctor, lexicógrafo y aficionado a los criptogramas.

FELL (Señora): Amable y gruñona esposa del doctor Fell.

MARTHA: Doncella, ayudante de la señora Bundle.

PAYNE: Un viejo y extraño abogado de la familia Starberth.

RAMPOLE (Tad): Un joven americano, amigo del doctor Fell.

SAUNDERS (Robert): Lejano tío de Thomas, muchos años ausente.

SAUNDERS (Thomas): Rector de la parroquia del pueblecito Chatterham.

STARBERTH (Anthony): Lejano antepasado de la familia de su nombre.

STARBERTH (Dorothy): Joven inglesa, enamorada del americano Rampole.

STARBERTH (Herbert): Primo de Martin.

STARBERTH (Martin): Hermano de Dorothy, heredero de una vieja tradición inglesa.

STARBERTH (Timothy): El padre, ya fallecido, de los hermanos Martin y Dorothy.

INTRODUCCIÓN

Podrá discutirse el mejor período para los lectores de novelas detectivescas: yo seguiré alabando la época de los años 1930, cuando podía contarse con las nuevas novelas de John Dickson Carr.

Carr a la sazón era joven (nació en 1905), y fértil en inventiva, y planeaba y manejaba sus argumentos y sus trucos de la misma manera que Schubert desgranaba sus melodías, y con la misma destreza para salpimentar sus tramas con la fertilidad inventiva. Entonces publicaba un tercio de millón de palabras al año, pero cada libro era una nueva obra maestra (a menudo, sumamente detallada y planeada), como si para cada una hubiera consumido uno o dos años de trabajo constante.

Es posible que nadie más haya conseguido hacer lucir la novela detectivesca pura sin traspasar sus fronteras y aventurarse en territorio desconocido. Carr no fue un pionero (en aquella época, aunque más adelante tenía que romper moldes con sus fantasías históricas de detección y viajes a través del tiempo). Simplemente, se limitó a adoptar las normas usuales de la narración detectivesca, demostrando que era posible, dentro de tales límites, realizar toda clase de maravillas: las maravillas que nadie había explotado aún en todo su alcance.

La novela detectivesca de calidad exige un buen detective; y Carr experimentó con varias posibilidades (entre las cuales el saturnino Bencolin de la Sûreté merece ser destacado), antes de descubrir (o inventar) el hipopótamo que iba a abrirse camino a través de espléndidos y memorables casos: Gideon Fell, M. A. (Oxon), Ph. D. (Harvard), F. R. H. S., etc...^[1], presentado al lector como lexicógrafo (aunque su biografía oficial no indica tal licenciatura).

El rincón de la bruja es el primer caso del doctor Fell, y treinta años más tarde todavía se cuenta entre los mejores. En esta obra aparece el doctor un tanto apagado, no tan decidido a dominar el escenario y mandar en la trama, como más adelante; pero muy pocos casos, de entre los suyos, poseen tanto vigor, tanta emoción ni tampoco un escenario tan fantástico como la arruinada prisión de Chatterham; y pocos de entre sus antagonistas han conseguido situarse aparentemente tan fuera de las sospechas, hasta...

Hasta, en realidad, que se produce un hecho casi al principio de la trama; de lo cual se deduce la consumada técnica del joven Carr. Ya que nos da la respuesta a la pregunta inquietante «¿Quién lo hizo?», casi diez mil palabras antes de la conclusión y, sin embargo, consigue mantener el interés y el suspense hasta el final. Y esto es así porque: cuando ya conocemos el «quién», sigue intrigándonos el «cómo». Y una vez el misterio solucionado, todavía, subsiste un misterio de carácter más profundo, que

sólo puede resolverse por el absorbente relato del asesino con respecto a sí mismo y sus tenebrosas hazañas.

Es una improbable mezcla de influencias que se combinan en el joven Carr, tales como las de G. K. Chesterton (destreza y paradoja), Montague Rhodes James (emoción y maestría), P. G. Woodehouse (humorismo y realidad). Pueden observarse por separado las influencias, pero se hallan tan bien amalgamadas que el resultado podría denominarse el «carrianismo».

Y es un lector muy afortunado aquel que hoy día puede contar en su biblioteca con cuatro libros al año como éste.

ANTHONY BOUCHER

Setiembre 1962.

CAPÍTULO PRIMERO

El despacho del viejo lexicógrafo ocupaba todo un costado de la casa. Era una estancia con vigas muy altas, hundida un poco por debajo del nivel de la puerta; las ventanas, enrejadas, del fondo se veían favorecidas por la sombra de un tejo, a través del cual se filtraba ahora el sol del atardecer.

Hay algo espectral en la profunda y sombría belleza de la campiña inglesa; en su abundante hierba de un verde oscuro, en las hojas perennes, en los campanarios de las iglesias grises y en las blancas carreteras. Para un americano, que se acuerda de sus propias carreteras de asfalto atestadas de estaciones de servicio y los gases de escape, resulta particularmente agradable. Sugiere un lugar donde la gente puede caminar realmente sin parecer incongruente, incluso por en medio de la calzada. Tad Rampole contemplaba el sol a través de las ventanas enrejadas, y las bayas rojas del tejo, con la sensación que solamente puede asaltar al que acaba de llegar por primera vez a las Islas Británicas. Una sensación de que la tierra es vieja y encantadora; una sensación de realidad en todas las imágenes que se destacan al conjuro de la palabra «placentero». En Francia todo cambia, como una moda, y no parece nada más viejo que el último sombrero de la temporada. En Alemania, incluso las leyendas poseen un toque de frescura, como uno de los muñecos animados de Nuremberg. Pero la campiña inglesa parece (de manera increíble) mucho más vieja que sus torreones cubiertos de hiedra. Las campanas al atardecer parecen las campanas de los siglos; hay enorme quietud, a través de la cual surgen los fantasmas; y ni siquiera se ha perdido el rastro del invicto Robin Hood.

Tad Rampole contempló de pronto a su anfitrión. Llenando por completo un gran sillón de cuero con su mole, el doctor Gideon Fell estaba atascando su pipa de tabaco y parecía estar meditando algo genial, que la pipa le hubiera dicho. El doctor Fell no era muy viejo, pero indudablemente formaba parte de su despacho.

«Un despacho —pensó su invitado— como una ilustración sacada de Dickens».

Bajo las vigas de roble, con yeso blanqueado entre ellas, la habitación era amplia y estaba como ensombrecida. Las ventanas ostentaban sus correspondientes postigos encima de los estantes de roble repletos de libros; y en la atmósfera particular del despacho se tenía la impresión de que todos los libros eran buenos amigos. Flotaba un leve olor a piel y papel viejo, como si todas aquellas obras antiguas hubiesen colgado sus respectivos sombreros, decidiendo quedarse allí indefinidamente.

El doctor Fell jadeó un poco, seguramente por el esfuerzo de rellenar su pipa. Era muy corpulento y andaba, por regla general, apoyado en dos bastones. Contra la luz procedente de la ventana principal su mata de pelo negro, muy abundante, atravesada

por un plumón de cabellos blancos, ondeaba como una banderola. Inmenso y agresivo, su pelo se movía ante él a través de toda su existencia. Tenía una cara grande, redonda y rubicunda, y una sonrisa atrayente por encima de varias papadas. Pero lo que más llamaba la atención era el parpadeo de sus ojos. Llevaba gafas sujetas con una cintita negra, y sus ojillos parpadeaban cada vez que inclinaba su poderosa y voluminosa cabeza hacia delante; podía mostrarse fieramente combativo o humorísticamente chusco, y a veces lograba ser ambas cosas a la vez.

—Tienes que visitar a Fell —le había dicho a Rampole el profesor Melson—. Primero, porque es un antiguo amigo mío y, segundo, porque es una de las grandes instituciones de la Gran Bretaña. Ese individuo posee una información más sombría, inútil y fascinante que nadie, que yo conozca. Te atiborrrará de comida y whisky hasta que tu cabeza empiece a girar; te hablará interminablemente de cualquier tema, pero en particular de las glorias y los deportes de la vieja Inglaterra. Le gusta la música de banda, el melodrama y las comedias groseras; es un buen muchacho y te gustará.

Esto no podía negarse. Había una cordialidad, una ingenuidad, una ausencia tan absoluta de afectación en su anfitrión que Rampole pareció hallarse en su propia casa a los cinco minutos de haberlo conocido. Incluso antes, tuvo que reconocer el americano. El profesor le había escrito a Gideon Fell antes de que Rampole emprendiese el viaje, y recibió una casi indescifrable respuesta adornada con dibujitos de naturaleza cómica, con unos versos relativos a la Prohibición. Luego se había producido el encuentro casual en el tren, antes de llegar Rampole a Chatterham. Esta población del Lincolnshire se halla a unos doscientos kilómetros de Londres, y a muy poca distancia del mismo Lincoln. Cuando Rampole subió al tren al atardecer, se sintió bastante deprimido. El enorme Londres, de color gris, con sus humos y su denso tráfico, le resultó triste y solitario. Había soledad en la propia estación, llena de humo y polvo procedente de las locomotoras, y casi borrosa por la afluencia de los apresurados viajeros. Las salas de espera le parecieron sombrías, y los viajeros, que tomaban un trago en el bar que apestaba a humedad antes de la salida del tren, todavía le parecieron más sombríos. Remendados, deshilachados incluso, le parecieron, bajo las tamizadas luces, tan poco interesantes como él para ellos.

Tad Rampole acababa de salir de la universidad y, por lo tanto, se hallaba completamente deseoso de no parecer excesivamente provinciano. Había viajado mucho por Europa, pero siempre bajo la vigilancia paterna, según un plan trazado de antemano y diciéndole lo que podía mirar. Lo cual le había resultado una serie de visiones como las que pueden admirarse en las tarjetas postales, aderezado todo con conferencias. Ahora, solo, se encontraba aturdido, deprimido, y hasta resentido. Ante su propio horror, se encontró comparando aquella estación con la *Grand Central*... y tales comparaciones, según los mejores novelistas americanos, son un pecado.

¡Bueno, al diablo...!

Sonrió, adquiriendo una novela de intriga en el quiosco y se encaminó hacia su tren. Siempre tenía dificultad con los cambios de moneda; le parecía que el dinero

inglés se componía sólo de una gran variedad de monedas, todas ellas de inusitadas dimensiones. Calcular la suma adecuada era como solucionar un difícil rompecabezas; no podía efectuarse con prisas. Y como cualquier demora lo ponía frenético, casi siempre entregaba un billete de banco para la menor de las compras, haciendo así que fuese el vendedor quien tuviera que preocuparse del cambio. Como resultado, iba muy cargado de monedas que tintineaban entre sí a cada paso que daba.

Fue entonces cuando tropezó con la joven del vestido gris.

Tropezó con ella literalmente. Ello se debió a su aturdimiento al oír que sus bolsillos le sonaban como una caja registradora. Habíase metido las manos en los bolsillos, procurando amortiguar el sonido, y caminando de manera semejante a los cangrejos, sintiéndose tan preocupado que apenas se había dado cuenta de adónde iba. Tropezó con alguien, produciendo un sordo ruido, oyó un respingo y un «¡Oh!», casi debajo de su hombro.

Sus bolsillos se desbordaron. Apenas oyó una lluvia de monedas sobre el andén. Embarazado, se encontró sosteniendo dos lindos brazos y contemplando una graciosa Carita. De haber podido exclamar algo, ello habría sido «¡Uf...!». Luego se recobró lo bastante como para estudiar aquella cara. La luz del vagón de primera clase caía de lleno sobre la misma: una cara diminuta, con las cejas arqueadas críticamente. Era como si lo estuviese mirando a él desde cierta distancia, burlonamente; pero con una nota de simpatía en sus fruncidos labios. Llevaba un sombrero colocado con un toque de humor sobre su cabellera muy negra y sedosa; sus pupilas eran también muy oscuras, con un azul que parecía negro. Llevaba el cuello de su abrigo levantado, pero no ocultaba la expresión de su boca.

Ella vaciló un momento y luego habló, subrayadas sus palabras por una leve carcajada.

—¡Caramba! ¡Es usted un ricacho! ¿Le molestaría soltarme los brazos?

Consciente al instante de las diseminadas monedas, retrocedió apresuradamente.

—¡Dios mío, lo siento! Soy un oso torpón... Yo... ¿Le ha caído algo?

—Mi bolso y un libro.

Él se agachó para recuperar ambos objetos. Aun después, cuando el tren ya estaba adentrándose por entre una noche bastante desapacible, no fue capaz de recordar cómo habían iniciado la conversación. Un andén, borroso por la neblina, rodeados por el alboroto producido por los bultos de los equipajes, no debía haber sido mi sitio adecuado para una buena charla; y sin embargo, por lo visto, fue el mejor de los lugares. No se dijo nada brillante ni ingenioso. Más bien todo lo contrario. Se limitaron a pronunciar varias frases, y el cerebro de Rampole comenzó a cantar. Habían llegado al conocimiento de que el libro que él había comprado y el que a ella le había caído de las manos eran del mismo autor. Y como el autor en cuestión era Edgar Wallace, esta coincidencia apenas hubiera podido sorprender a un isleño, pero Rampole, en su calidad de extranjero, le había prestado un gran significado. Sabía que había intentado esforzadamente seguir charlando sobre el mismo tema. Le

parecía que a cada momento ella podía quedar sumida en un pavoroso silencio. Había oído hablar de la brusquedad y frialdad de las inglesas, y se preguntó si la joven se limitaba a mostrarse cortés. Pero había algo..., de naturaleza diferente, posiblemente en sus oscuras pupilas, que parecían brillar sólo para él. Estaba recostada contra el costado del vagón, tan despreocupadamente cómo un hombre, con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta gris; una pequeña figura que se balanceaba a impulsos del tren, con una graciosa sonrisa. Y Tad tuvo de repente la impresión de que la muchacha se sentía tan sola cómo él...

Tras haber mencionado su destino como Chatterham, él le preguntó por su equipaje. La joven se irguió en toda su estatura. Había una sombra en su expresión. Su voz, levemente gutural, con su crispado acento, pareció titubear al contestar:

—Mi hermano tiene las maletas —dijo en voz baja. Otra vacilación—. Él... bueno, perdió el tren, supongo. Bien, escuche el pito del tren. Será mejor que suba al vagón.

Aquel silbido, que resonó por la bóveda de la estación, le pareció insulso. Era como si algo hubiera quedado roto: tal vez el encanto. Una locomotora comenzó a arrojar humo y a jadear. El andén reflejó diversas luces.

—Mire —exclamó él en voz alta—, si toma otro tren...

—¡Corra, corra!

Y entonces Rampole se sintió tan inútil como el silbido.

—¡Al diablo el tren! —gritó—. Puedo coger otro. En realidad, no voy a ninguna parte. Yo...

La joven había elevado la voz. Y Tad tuvo la impresión de una sonrisa, brillante, bulliciosa, complacida.

—¡Tonto! Yo también voy a Chatterham. Probablemente le veré allí. ¡Lárguese!

—¿Seguro?

—Claro está.

—Bien, entonces toda va bien. Mire...

Ella le señaló el tren y él subió al vagón cuando se estaba poniendo en marcha. Iba andando por el pasillo y cuando encontró la apropiada ventanilla se asomó, tratando de localizar a la muchacha. Entonces fue cuando oyó la voz gutural que le gritaba algo, muy distintamente. La voz le dijo una cosa extraordinaria.

—¡Si ve algún fantasma, resérvelo para mí!

¡Qué diablo...! Rampole vio desfilar las filas de oscuros vagones detenidos en la estación, las luces de la estación que parecían estremecerse bajo la vibración del tren, y trató de comprender aquella última frase. Las palabras no eran exactamente muy extrañas, pero habían sido un poco..., bueno, sorprendentes. No podía expresarlo de otra manera. ¿Se había tratado de una broma? ¿Era ésta la versión inglesa de los acericos, los chasquidos de lengua o cualquier otro pintoresquismo de su propio país? Por un momento se sintió gratamente complacido. ¡No, maldición! No era esto. Un empleado del tren, que en aquel momento cruzó el pasillo, vio a un joven caballero

americano asomado a una ventanilla, como aspirando las cenizas procedentes de la locomotora, muy satisfecho, como si fuese el aire de las montañas.

La sensación deprimida se había desvanecido. Aquel pequeño y traqueteante tren, casi sin pasajeros, le hacía sentirse como si fuese en una lancha muy veloz. Londres no era ya grande y poderosa, ni la campiña un sitio solitario. Había bebido un licor muy fuerte en una tierra extraña y de repente se sentía completamente ligado a la misma.

¿El equipaje? Por un momento frunció el ceño antes de recordar que un mozo lo había metido poco antes en uno de los compartimientos. Bien, todo iba bien. Bajo sus plantas podía sentir la trepidación del suelo; el tren tomaba las curvas inclinándose y volvía a enderezarse en las rectas, con un rítmico rumor, y el silbato se dejaba oír cada vez que la locomotora aceleraba en medio de la noche.

Así principia una aventura.

—¡Si ve algún fantasma, resérvelo para mí!

Una voz enronquecida, como de una persona que está de puntillas... en un andén lleno de ruidos...

De haber sido ella americana, Tad habría podido preguntarle el nombre. De haber sido ella americana... De repente se dio cuenta de que no quería que fuese americana. Los azules ojos un poco separados, la cara, un poco irregular para llegar a ser una auténtica belleza, la sonriente boca, tan roja, todo resultaba exótico y honestamente anglosajón, como, por ejemplo, los sólidos ladrillos de Whitehall. Le gustaba la manera como ella pronunciaba las palabras, como burlándose a medias. Parecía fría y pulcra, como una persona que se dispone a cruzar un país. Apartándose de la ventanilla, Rampole sintió la fuerte tentación de chocar contra la puerta del compartimiento. Y lo habría hecho a no ser por la presencia de un individuo muy tieso y malhumorado, con una enorme pipa, que estaba asomado a una ventanilla contigua, con una gorra de viaje muy ladeada sobre una oreja. A Rampole le produjo la impresión de un inglés de caricatura, y seguramente habría ido exclamando por todo el corredor:

—¡Vaya, vaya, vaya, vaya! —de haberse permitido el joven tan inocente diversión.

El americano recordaría más adelante a aquel malhumorado ser, pero por el momento sólo sabía que se sentía contento, hambriento y sediento también. Recordó que en cabeza iba el coche-restaurante. Tras haber localizado su equipaje en un compartimiento para fumadores, se abrió paso entre los estrechos pasillos en busca de alimentos. El tren, ahora, iba pasando por entre los suburbios, balanceándose, curvándose y estremeciéndose bajo el ímpetu de su propio silbato, y unas fachadas pobremente iluminadas iban retrocediendo a cada lado ante el paso del tren. Ante la sorpresa de Rampole, el coche-restaurante estaba casi lleno, y ofrecía el olor a cerveza y aceite, tan característico de esta clase de vagones. Dejándose caer casi en la silla opuesta a otro comensal, pensó que sobre el mantel había más manchas y migas

de pan de lo necesario; pero acto seguido se maldijo por su maldito provincianismo. La mesa se estremecía e inclinaba a impulsos del tren, las luces parecían jugar con las sombras, y Tad se dedicó a observar al individuo que tenía delante, el cual acababa de deslizar un buen vaso de *Guinnes* bajo la sombra de su bigote. Tras un largo sorbo, dejó el vaso sobre el mantel y habló.

—Buenas noches. Usted es el joven Rampole, ¿verdad?

Si el desconocido le hubiese preguntado además: «Veo que viene usted de Afganistán», Rampole no se hubiera sentido más sobresaltado.

Una maliciosa sonrisa estremeció las diversas papadas de su interlocutor. Tenía una manera muy genial de sonreír: «¡je, je, je...!», exactamente igual que un villano en el escenario. Unos pequeños ojillos relucieron al posarse en el americano, a través de unas gafas sujetas por una cinta negra. Su enorme rostro se tornó más rubicundo; la gran mata de pelo comenzó a bailar sobre su frente, bien por la leve carcajada o por el vaivén del tren, o por ambas cosas. Extendió la mano.

—Soy Gideon Fell, ¿entiende?, Bob Melson me escribió respecto a usted, y comprendí que era usted el americano de quien mi amigo hablaba en su carta tan pronto como lo vi subir al vagón. Bien, debemos celebrar este encuentro con una botella de vino. Mejor será que sean dos botellas. Una para usted y otra para mí. ¿Entiende? ¡Je, je, je...! ¡Camarero!

Se movió en su silla como un barón feudal, bien arrellanado, tornándose imperioso su aspecto.

—Mi esposa —continuó después de haber dado la gargantuesca orden—, mi esposa no me hubiera perdonado jamás que no le hubiera hallado a usted. Ahora se halla muy angustiada con la cal desprendiéndose del mejor de los dormitorios, y la nueva regadera giratoria para el jardín, que no funcionará hasta que el rector, venga a bendecirla, y que seguramente le dejará empapado como la ducha del baño. ¡Je, je, je...! Tome un trago. No sé qué clase de vino nos han servido, y nunca lo pregunto. Es vino, y para mí ya es suficiente.

—A su salud, señor.

—Gracias, muchacho. Permíteme —añadió el doctor Fell, recordando aparentemente su estancia en América— que salte la barrera. *Nunc bibendum est*. ¡Je...! Te tutearé. De manera que tú eres el laureado de que me habló Bob Melson, ¿eh? Creo que mencionaba la Historia inglesa. ¿Piensas doctorarte en filosofía y dedicarte a la enseñanza?

Rampole de repente se sintió muy joven y muy tonto, a pesar de las amables miradas del doctor. Musitó algo apropiado y sin compromiso.

—Estupendo —le alabó el otro—. Bob hablaba muy bien de ti, pero añadía en su carta: «Demasiado imaginativo». Esto añadía. ¡Bah...! Yo digo: «Démosles la gloria, démosles la gloria». Cuando yo enseñé en vuestra Haverford, los alumnos tal vez no aprendieron gran cosa de historia inglesa; pero se animaban, muchacho, se entusiasmaban cuando les describía las batallas. Recuerdo —prosiguió el doctor, su

enorme cara resplandeciente como ante un gozoso crepúsculo, y jadeando al mismo tiempo—, recuerdo haberles hablado de la *Canción del Brindis* de los caballeros de Godofredo de Bouillon en la Primera Cruzada de 1187, y haber entonado yo mismo la célebre canción. Y todos prorrumpieron a cantar y a patear sobre el suelo llevando el compás. Y un maniático profesor de matemáticas entró en el aula con las manos a la cabeza y dijo (un tipo admirablemente educado) si haríamos el favor de impedir que siguieran balanceándose las pizarras de la clase de abajo.

»—¡Esto es una incorrección! —exclamó—. ¡La la ra la! ¡Muy incorrecto!

»—En absoluto —le repliqué yo—. Es el *Laus vini exercitus crucis*.

»—¡Y un rábano! —me contestó él—. ¿Cree que no sé reconocer el «No iremos a casa hasta mañana» cuando lo escucho?

»Y entonces me vi obligado a explicar la derivación clásica. ¡Hola, Payne! —continuó el doctor, bonachonamente, interrumpiéndose en su discurso para hacer volar la servilleta en dirección al pasillo.

Girando la cabeza, Rampole vio al tipo malhumorado de la pipa, que ya había visto antes en el pasillo de su vagón. Ahora iba sin la gorra, mostrando un cráneo bastante pelado, con algunas hebras plateadas, un rostro alargado y moreno, y el aspecto de embriaguez, que adoptan las personas en un tren cuando están buscando un asiento. Musitó algo, no muy amablemente, y se detuvo junto a la mesa.

—El señor Payne, el señor Rampole —efectuó el doctor Fell las presentaciones. Los ojos de Payne recayeron sobre él americano, con un sorprendente resplandor del blanco de los mismos; parecían demostrar cierta suspicacia—. El señor Payne es el consejero legal de Chatterham —explicó el doctor—. ¿Dónde está su acompañante? Me hubiera gustado que el joven Starberth tomase un vaso de vino con nosotros.

Una mano delgada subió hasta la barbilla de Payne y la acarició. Su voz era seca, con una nota rasposa y difícil, como si estuviera pensando lo que decía.

—No llegó —contestó brevemente el abogado.

—¡Hum...! ¡Je! ¿No llegó?

El vaivén del tren, pensó Rampole, podía descoyuntar los huesos de Payne. Éste parpadeó y siguió dándole masaje a su barbilla.

—No. Supongo —prosiguió, señalando de repente la botella de vino— que ya ha tomado demasiado vino. Tal vez el señor... ah... Rampole podría contárnoslo. Pensé que no le gustaría su corta hora en el «Rincón de la Bruja», aunque tampoco creí que las supersticiones de una prisión le mantendrían alejado. Naturalmente, todavía está a tiempo.

«Indudablemente —pensó Rampole—, ésta es la cosa más extravagante que he oído en toda mi vida».

«Su corta hora en el “Rincón de la Bruja”». «Supersticiones de la prisión». Y aquí estaba este individuo atezado, con profundas arrugas en torno a su nariz, girando sin cesar el blanco de sus ojos y mirando a Rampole con la misma mirada azul celeste y vidriosa con que había estado poco antes mirando por la ventanilla del vagón. El

americano empezó a sentirse algo colorado por efecto del vino. ¿A qué diablos venía tanta monserga?

—¿Cómo...? —comenzó a tartamudear, apartando de sí el vaso.

Otra nota rasposa en la garganta de Payne.

—Debo haberme confundido, señor. Pero me pareció verle conversando con la hermana del señor Starberth antes de arrancar el tren. Y pensé que tal vez...

—Con la hermana del señor Starberth, sí —contestó el americano, sintiendo un nudo en la garganta. Luego se armó de valor—. Pero no conozco al señor Starberth personalmente.

—¡Ah...! —exclamó Payne, guturalmente—. Claro... Bien...

Rampole se dio cuenta de la astuta mirada del doctor Fell, por encima de su vaso de vino y a través de sus gafas, que estudiaba atentamente a Payne.

—Yo diría, Payne —observó el doctor Fell—, que no teme conocer a alguien que va a ser colgado, ¿eh?

—No —contestó el abogado—. Y ahora, perdónenme, caballeros. Debo ir a cenar.

CAPÍTULO II

El resto del viaje lo recordó Rampole como un hundimiento en la profunda campiña; un vuelo a lugares frescos y misteriosos, a medida que las luces de las poblaciones se iban presentando a la vista con el paso de las horas, y el silbato de la locomotora parecía desafiar al cielo. El doctor Fell no volvió a referirse a Payne, salvo para descartarlo con un bufido.

—No me interesa —exclamó despreciativamente—. Es un porfiador en todo. Y lo peor, es un matemático. ¡Bah...! Un matemático —repitió el doctor Fell, mirando su ensalada como si esperase ver surgir un binomio de la lechuga—. No debería hablar.

El viejo lexicógrafo no manifestó la menor sorpresa al saber que el joven Rampole conocía a la hermana de Starberth, de lo que el americano se sintió muy agradecido. El joven, a su vez, refrenó su curiosidad con respecto a las asombrosas frases pronunciadas en el vagón restaurante. Permaneció sentado, paladeando el vino, y escuchó cortésmente la conversación de su anfitrión. Aunque no era un crítico en el asunto de mezclar bebidas, se quedó bastante aturdido ante el modo como el doctor Fell se servía el vino durante la cena, seguido por una jarra de cerveza al término de la misma. Pero el doctor no pareció achisparse en absoluto.

—En cuanto a esta bebida, amigo —dijo el doctor de pronto, dejando que su voz resonase por todo el ámbito del vagón—, en cuanto a esta bebida, estoy de acuerdo con lo que afirma Alvismal: «Se llama “ale” entre los hombres; pero los dioses la llaman cerveza». ¡Je, je, je...!

Su rojiza cara, que ahora despedía ceniza del cigarro hacia su corbata, parecía hablar sólo con la expresión, al tiempo que se movía constantemente en el asiento. Y sólo accedió a levantarse cuando los camareros comenzaron a retirar el servicio y a toser con suma discreción. Apoyándose en sus dos bastones, echó a andar delante de Rampole. A continuación se instalaron en dos asientos fronterizos de un departamento vacío. De manera fantasmal, aquel pequeño compartimiento, a la débil luz de las lámparas, parecía más oscuro que el paisaje exterior. El doctor Fell, atarugado en su rincón, era como una enorme figura recortada contra la desvaída tapicería colorada, y los indistinguibles cuadritos colocados más arriba de los respaldos. Ahora estaba callado. También poseía esta rara cualidad. Una fresca brisa estaba soplando desde el norte y había luna. Por la ventanilla, las colinas aparecían como fatigadas, viejas, muy ancianas, y los árboles no eran más que ramilletes agostados. Al final fue Rampole quien rompió el silencio. No pudo contenerse. Se hallaban detenidos en una estación. Reinaba un silencio absoluto, aparte los leves suspiros de la locomotora.

—¿Le molestaría decirme, señor, a qué se refirió el señor Payne al hablar de «una hora en el Rincón de la Bruja...» y todo lo demás?

El doctor Fell, como despertado de un ensueño, pareció sobresaltarse. Se inclinó hacia delante, reflejando sus anteojos el resplandor de la luna. En medio del silencio podía escucharse el jadeo de la máquina, como un caballo fatigado, y el zumbido de los insectos. Algo resonó a lo largo del tren. Una lámpara parpadeó y se extinguió.

—¡Caramba, muchacho... creí que conocías a Dorothy Starberth! No me gusta hacer preguntas, pero...

Por lo visto, la hermana. Había que ir con cuidado.

—Hoy la conocí —contestó Rampole—. Apenas sé nada de ella.

—¿Entonces no oíste hablar nunca de la prisión de Chatterham?

—Nunca.

El doctor chasqueó la lengua.

—Entonces, Payne se ha equivocado. Te tomó por un viejo amigo... Chatterham, ahora, no es una cárcel. Ha estado en uso desde 1837, pero se halla en ruinas.

Un furgón de equipajes retumbó. Hubo una breve claridad en la oscuridad y Rampole observó una curiosa expresión en la cara del doctor, momentáneamente.

—¿Sabe por qué la abandonaron? —preguntó.

—Naturalmente, por el cólera. El cólera... y algo más. Y dijeron que esto era peor.

Rampole sacó un cigarrillo y lo encendió. No pudo analizar sus sensaciones aunque sabía que eran agudas y constriñentes; más tarde pensó que había sido como si algo no funcionase bien en sus pulmones. En la oscuridad, aspiró una bocanada de aire frío y húmedo.

—La cárcel —continuó el doctor—, particularmente las prisiones de aquella época, eran unos verdaderos infiernos. Y construyeron ésta en torno al «Rincón de la Bruja».

—¿El «Rincón de la Bruja»?

—El lugar donde solían colgar a las brujas. Naturalmente, también todos los criminales eran colgados allí. ¡Hum...! —el doctor Fell se aclaró la garganta, al tiempo que el tren daba otra sacudida—. Nombré a las brujas porque fueron las que causaron más impacto en las mentes del pueblo... El país de las brujas es Lincolnshire, ya sabes. En la antigua Inglaterra se llamaba Lincoln *Llyn-Dune*, la ciudad-pantano. Los romanos la convirtieron en *Lindum-Colonia*. Chatterham se halla a cierta distancia de Lincoln, claro del moderno Lincoln. Nosotros no somos tan modernos. Tenemos el suelo, muy fértil, los marjales y las espesuras, el agua estancada, y el aire suave y denso... donde la gente ve cosas al atardecer. ¿Eh?

El tren volvía a traquetear. Rampole emitió una débil carcajada. En el coche restaurante aquel obeso hombrón le había parecido tan cordial como el costado de un buey puesto en movimiento, pero ahora parecía subyugado y un poco siniestro.

—¿Ve cosas, señor? —repitió el joven.

—Edificaron la prisión —prosiguió Fell— en torno al cadalso. Dos generaciones de la familia Starberth fueron gobernadores de la cárcel. En su país los llaman directores. Es tradicional, asimismo, que los Starberth mueran con el cuello roto. Lo cual no es un porvenir muy seductor, dicho sea en verdad.

Fell encendió una cerilla para su cigarro, y Rampole observó que no estaba riendo.

—No intento asustarlo con cuentos de fantasmas —añadió el doctor, después de haber succionado fervientemente el cigarro—. Sólo trato de prepararlo. Nosotros no tenemos la despreocupación americana. Está en el aire. Todo el país está lleno de creencias. No se ría, por lo tanto, si oye hablar de Peggy con la linterna, o del diablejo de la catedral de Lincoln, o más en particular, de algo relacionado con la prisión.

Hubo un silencio.

—No me siento inclinado a reír —repuso Rampole de improviso—. Toda mi vida he deseado ver una casa encantada. Naturalmente, no creo que esto frene mi interés. ¿Cuál es la historia relacionada con la prisión?

—Demasiado imaginativa —concedió el doctor, contemplando la ceniza de su cigarro—. Esto es lo que dijo Bob Melson. Mañana se enterará de toda la historia. Yo poseo copias de los documentos. Pero el joven Martin tendrá que pasar su hora en la Sala del Gobernador, abrir la caja fuerte y mirar lo que hay dentro. Como ve, durante doscientos años los Starberth han poseído la tierra en la que se construyó la prisión de Chatterham. Todavía la poseen. El Ayuntamiento no se incautó jamás de ella y no puede ser vendida. En la noche de su vigésimo primer cumpleaños, el mayor de los Starberth tiene que ir a la prisión, abrir la caja fuerte del Gobernador, en la Sala de su nombre, y correr el riesgo...

—¿Qué riesgo, señor?

—No lo sé. Nadie sabe lo que hay allí dentro. No debe ser mencionado en voz alta, y el heredero de los Starberth se lo guarda para sí, hasta que las llaves le son entregadas a *su* hijo.

Rampole se rebulló inquieto en su asiento. Su imaginación le describió una puerta de hierro, enmohecida, y un individuo con una linterna en la mano, sujetando una mohosa llave.

—¡Diantre! —exclamó—. Parece como... —pero no encontró las palabras apropiadas y sonrió.

—Es Inglaterra. ¿Qué le pasa?

—Estaba pensando que si fuese América, habría periodistas, cámaras de fotografiar y una enorme muchedumbre en torno a la prisión para ver qué sucedía.

Sabía que había dicho una tontería. Lo estaba ya descubriendo. Con los ingleses era como estrechar la mano de un amigo, al que crees conocer, y encontrarte de repente con que la mano se había transformado en una lengua de niebla. Existía un sitio donde las ideas no coincidían nunca, y la semejanza del lenguaje no podía tapar

la brecha. Vio cómo el doctor Fell lo miraba con taladrantes pupilas detrás de los anteojos; pero, ante su alivio, el lexicógrafo se echó a reír.

—Ya le dije que era Inglaterra. Nadie lo molestará. Todo el mundo se halla demasiado preocupado con la creencia de que los Starberth mueren con el cuello roto.

—¿Bien, señor?

—Esto es lo más raro —el doctor Fell inclinó su inmensa cabeza—. Generalmente, mueren así.

No se habló más del asunto. El vino de la cena parecía haber embotado el cerebro del doctor, o bien se hallaba ocupado con algunas meditaciones que apenas podían entreverse en la pulsación de sus sienes y la leve claridad de la punta de su cigarro. De pronto se echó por encima de los hombros una amplia bufanda y la espesa mata de su pelo se abatió hacia delante. Rampole le hubiera creído dormido, a no ser por el brillo que asomaba por debajo de sus entornados párpados, y la firmeza y la malicia que irradiaban de cuando en cuando sus pupilas por detrás de los anteojos sujetos con la cintita negra.

La sensación de irrealidad experimentada por el americano se hallaba en su grado máximo cuando llegaron a Chatterham. Ahora, las rojas luces del tren se alejaban en lontananza. Se oyó el pitido de la locomotora, y por el andén de la estación sopló un viento helado. Un perro ladró a lo lejos, al paso del tren, y otros le hicieron coro; pero pronto callaron. Los pasos del doctor resonaron agudamente en la grava y Rampole siguió a Fell hacia la salida de la estación.

Una carretera blanca, que daba vueltas entre altos árboles y prados muy llanos, le dejó entrever unos terrenos pantanosos, de los que se elevaba una neblina gris, y el resplandor de las negras aguas bajo la luz de la luna. Luego divisó setos de espinos olorosos; el pálido verdor del maíz extendiéndose a lo largo de amplios campos; el canto de los grillos y la fragancia de la hierba. El doctor Fell iba envuelto en su bufanda, con el sombrero negro en la cabeza, y apoyándose en dos bastones. Sólo había ido a Londres por un día, explicó, y no llevaba equipaje. Balanceando una pesada maleta, Rampole caminaba a su lado. Momentáneamente se había sobresaltado al divisar una figura delante de ellos, una figura con un abrigo indescriptible y una gorra de viaje, andando por la carretera, echando hacia atrás unas chispitas procedentes de su pipa. Después comprendió que era Payne. A pesar de su paso bamboleante, el abogado cubría el terreno con pasmosa rapidez. ¡Un perro poco sociable! Le pareció que el doctor gruñía para sí. Sin embargo, no era aquél el momento más apropiado para pensar en Payne. Aquí estaba ahora él, Rampole, en una tierra extraña, dónde ni siquiera las estrellas le resultaban familiares. Se sentía muy pequeño y extraviado en la antigua Inglaterra.

—Allí está la cárcel —le indicó el doctor Fell.

Habían llegado a lo alto de una ligera eminencia y los dos se detuvieron. El terreno descendía suavemente, dejando ver prados recortados por setos. A cierta distancia al frente, escondido en altos árboles, Rampole pudo distinguir el

campanario de la iglesia del pueblo, unas granjas dormidas, con ventanas plateadas, elevándose todo ello en medio de un suelo que olía a hierba húmeda. Cerca de ellos y a la izquierda, se erguía un alto edificio de ladrillo rojo, con ventanas de marcos blancos, austero en un parque situado más allá de una avenida de robles.

—El Ayuntamiento —le explicó el doctor Fell por encima del hombro.

Pero el americano estaba contemplando el promontorio de la derecha. Incongruente en aquel lugar, crudo y poderoso como Stonehenge, los muros pétreos de la cárcel de Chatterham parecían desafiar al cielo.

Eran bastante grandes, aunque parecían mucho mayores por la distorsión de la luz lunar. Pero «encorvado» era la palabra que mejor describía al edificio. Parecía surgir de la cresta de una colina. Unas parras trepaban alegremente por las tapias con retorcidos dedos contra la luna. Por encima de los muros corrían una serie de púas y podían divisarse las enhiestas chimeneas. El lugar parecía húmedo y pintado con limo, ocupado casi por completo por los lagartos; era como si los marjales hubiesen penetrado en su interior, tornándolo hediondo.

—Casi puedo sentir los insectos azotándose el rostro. ¿Le pasa a usted lo mismo? —exclamó Rampole.

Su voz pareció muy alta. Las ranas croaban no muy lejos, como quejosos inválidos. El doctor Fell señaló con un bastón.

—¿Ve aquello —resultó rara la forma como empleó la misma palabra— que parece encorvarse por el lado hacia el límite marcado por los álamos escoceses? Se construyó sobre un foso y es el «Rincón de la Bruja». Antaño, en los viejos días, cuando los cadalsos solían estar sobre el borde de la colina, los espectadores gozaban de un grato espectáculo cuando les anudaban una larga cuerda al cuello de los condenados y los lanzaban al vacío para que muriesen ahorcados. En aquella época no existían las trampas.

Rampole se estremeció, con el cerebro poblado de crueles imágenes. Un día caluroso, con toda la comarca como ardiendo en medio de un verdor oscuro, humeante la blanca carretera, y los prados plagados de amapolas. Una densa muchedumbre de individuos con levitas y calzones, el grupo ataviado de negro en lo alto de las colinas, y después alguien colgando como un péndulo por encima del «Rincón de la Bruja». Por primera vez, realmente, la comarca le pareció que se hallaba agitada por las voces murmurantes. Se volvió y halló la mirada del doctor fija en él.

—¿Qué hicieron cuando edificaron la cárcel?

—Conservarla. Pero era muy fácil la fuga, ya que los muros eran demasiado bajos y había demasiadas puertas. Con que cavaron una especie de zanja muy profunda. El terreno era pantanoso y la llenaron fácilmente. Si alguien intentaba la fuga y daba el salto caía inevitablemente en el foso y... bueno, ya no lo sacaban. No era muy agradable esta clase de muerte.

El doctor estaba golpeando el suelo con el pie y Rampole cogió la maleta con intención de reemprender la marcha. No resultaba agradable estar conversando allí; las voces resonaban con excesiva fuerza y, además, se experimentaba la desagradable sensación de ser escuchado.

—Esto —añadió el doctor Fell, tras media docena de pasos— tuvo la culpa de todo.

—¿Qué?

—Cuando cortaban la cuerda del tipo al que habían colgado, se limitaba a dejarlo caer en la zanja. Por lo cual se declaró el cólera...

A Rampole se le contrajo el estómago con una náusea convulsiva. Sabía que estaba sudando a pesar del aire helado. Por entre los árboles se escuchó un susurro.

—No vivo muy lejos de aquí —continuó el doctor, como si no hubiera dicho nada extraño. Incluso adoptó un acento placentero, como si pregonase las bellezas de una ciudad—. Nos hallamos en las afueras del pueblo. Desde allí se divisa muy bien el cadalso al lado de la cárcel... y también la ventana de la Sala del Gobernador.

Al cabo de otra media milla abandonaron la carretera y emprendieron la marcha por un sendero. No tardaron en hallarse frente a una vieja casona, achatada, enjabelgada, con vigas de roble por arriba y piedras cubiertas de hiedra por abajo. La luna, pálida, se reflejaba en las ventanas; las siemprevivas crecían en profusión muy cerca de la puerta, y el terreno circundante estaba lleno de margaritas. Un pájaro nocturno se quejaba amargamente en la hiedra.

—No despertaremos a mi mujer —dijo el doctor Fell—. Habrá algo de cena fría en la cocina y mucha cerveza. Yo... ¿qué pasa?

Se había sobresaltado. Giró sobre sí mismo y pegó un salto casi convulsivo porque Rampole pudo oír el golpe de un bastón en la húmeda hierba. El americano estaba mirando por entre los prados hacia el lugar donde, a menos de un cuarto de milla, se elevaba el lado de la cárcel de Chatterham por encima de los álamos escoceses en torno al «Rincón de la Bruja».

Rampole sintió un sudor frío que le recorría el cuerpo.

—Nada —dijo en voz alta. Comenzó a hablar con gran vigor—. Mire, señor, no quiero molestarle en absoluto. Yo hubiera cogido otro tren, pero no había ninguno que llegara aquí a una hora propicia. Podría irme a Chatterham y dormir en un hotel o...

El lexicógrafo soltó una risotada. En aquel lugar resultó un sonido tranquilizador.

—¡Tonterías! —bufó, y le dio a Rampole un manotazo en el hombro.

«Piensa que estoy asustado», se dijo el joven para sí. Y asintió alegremente.

Mientras el doctor Fell buscaba la llave, el americano volvió a contemplar la prisión.

Aquellos cuentos de vieja le habían trastornado. Pero por un momento hubiera jurado que había visto algo mirando por encima del muro de la prisión de Chatterham. Y tuvo la impresión horrible de que ese «algo» estaba mojado...

CAPÍTULO III

Sentado ahora en el estudio del doctor Fell, la tarde de su primer día de estancia en la «Casa del Tejo», se sentía inclinado a formular toda clase de preguntas con respecto a cosas fantásticas. Esta sólida casita, con sus lámparas de petróleo y su primitiva instalación, le hacía sentirse como si estuviese de vacaciones en algún *Cottage* de caza de los Adirondaks. No tardaría en regresar a Nueva York, y la portezuela del coche resonaría con fuerza, después de ser abierta por el portero del edificio de apartamentos donde vivía.

Pero no, estaba aquí, en Inglaterra, y las abejas zumbaban en el jardín, y podía ver el reloj de sol y las pajareras, y notar el olor a madera vieja y persianas nuevas; no se parecía a nada más que a Inglaterra. El tocino y los huevos tenían aquí un sabor que no había encontrado en ningún otro lugar y que jamás había apreciado antes tan por completo. El campo no parecía artificial como suele serlo durante el verano; ni los arbustos se parecían en absoluto a las plantas existentes en el tejado de un ático.

Y aquí estaba el doctor Fell, recorriendo su jardín para cuidar sus flores, con un sombrero blanco de ala ancha, medio adormilado y sin hacer nada en absoluto, completamente a conciencia. Y aquí estaba la señora Fell, una mujer diminuta y muy simpática, a la que siempre se le caían los objetos de la mano. Veinte veces por la mañana se la oía gritar «¡Caramba!», cuando algo se estrellaba contra el suelo. Luego seguía adelante con sus tareas domésticas hasta la siguiente rotura. Tenía, además, la costumbre de asomarse a una de las ventanas, y luego a otra, hasta recorrerlas todas, para dirigirle alguna pregunta a su marido. Uno pensaba que se hallaba en la parte delantera de la casa cuando, de pronto, surgía por una de las ventanas traseras, como un cuco de un reloj, para saludar amablemente a Rampole y preguntarle a su esposo dónde estaba alguna cosa que ella necesitaba. Rampole siempre se quedaba ligeramente sorprendido, y el doctor nunca sabía donde se hallaba el objeto. Por lo tanto, ella volvía al interior para asomarse poco después por otra ventana con una almohada o un plumero en la mano. A Rampole, sentado en una mecedora debajo un limonero, fumando la pipa, la señora Fell le sugería uno de esos barómetros suizos donde hay unas figuritas que dan vueltas, entrando y saliendo de una casita rústica para indicar los cambios de tiempo.

Las mañanas y parte de las tardes el doctor Fell, usualmente, las dedicaba a la composición de su gran obra, *Las costumbres de los bebedores de Inglaterra desde los primeros tiempos*, un trabajo monumental en el que había invertido seis años, de incesantes investigaciones. Le gustaba trazar el origen de términos tales como «beber *supernaugulum*», el tonel de los jaraneros, beber a largos tragos *upse freez crosse*, y

con «salud», «guantes», «bocados», «juergas», y otros curiosos vocablos del buen bebedor. Incluso al hablar de ello con Rampole, se indignaba al comentar los tratados debidos a autores tales como Tom Nash (*Pierce Pennillesse*, 1595), y George Gascoigne (*Una dieta delicada para las remilgadas bocas de los bebedores, donde el tremendo abuso de las juergas y los largos tragos de vino y otras bebidas es honradamente reprochado*, 1576).

La mañana transcurría con los cantos de los mirlos en los prados y la luz del sol que ahuyentaba toda negra sugerencia de maldad de la prisión de Chatterham. Pero la fresca de la tarde le llevó aquel día al despacho del doctor Fell, donde éste estaba taponando su pipa con tabaco. El doctor Fell llevaba una vieja chaqueta de caza, y su sombrero blanco colgaba de una esquina de la repisa de la chimenea. Sobre la mesa había varios papeles, a los que dirigía furtivas miradas.

—Habrán invitados para el té —aclaró el doctor—. Vendrá el rector y también el joven Martin Starberth con su hermana. Como sabes, viven en el «Hall»; el cartero me dijo que llegaron esta mañana. Tal vez también vendrá el primo de los Starberth, aunque es un tipo bastante fosco y tan voraz como un perro para el dinero. Supongo que deseas saber algo más con respecto a la prisión, ¿no es verdad?

—Bueno, si no es...

—¿Violar una confidencia? Oh, no... Todo el mundo lo sabe. Yo mismo tengo curiosidad por ver al joven Martin. Estuvo en América dos años, y su hermana ha tenido que estar al frente del «Hall» desde que falleció su padre. Una gran muchacha. Y el viejo Timothy murió de un modo bastante extraño.

—¿El cuello roto? —inquirió Rampole, al ver titubear a su interlocutor.

—Si no se rompió el cuello —gruñó el doctor Fell—, se rompió la mayor parte de su cuerpo. Quedó completamente aplastado. Estaba cabalgando al atardecer y el caballo lo arrojó al suelo, aparentemente mientras iba descendiendo por la colina de la prisión, cerca del «Rincón de la Bruja». Lo hallaron por la noche, tendido en la espesura. El caballo estaba cerca, relinchando aterrado. El viejo Jenkins, uno de sus aparceros, lo encontró, y luego contó que los relinchos del animal habían sido una de las peores experiencias de su vida. La víctima murió al día siguiente, sin haber perdido el conocimiento ni un solo instante.

Varias veces durante su estancia, Rampole albergó la sospecha de que su anfitrión se burlaba de él, por su condición de americano. Pero ahora opinaba de distinta manera. El doctor Fell gustaba de recordar tales anécdotas, porque algo lo mantenía preocupado. Hablaba para aliviarse a sí mismo, para descargar parte de sus preocupaciones. Detrás de sus movibles ojos, y sus movimientos en la butaca, había duda, sospecha, incluso temor. Sus asmáticas aspiraciones sonaban muy altas en la sosegada estancia, ya casi en la penumbra bajo el sol del atardecer.

—Supongo que el suceso hizo revivir antiguas supersticiones —observó Rampole.

—Claro está. Pero por aquí siempre están vivas las supersticiones. No, el asunto sugirió algo peor.

—¿Se refiere a...?

—Asesinato —estableció el doctor Fell.

Estaba inclinado hacia delante. Sus ojos parecían ampliados tras sus gruesas gafas, y el rostro había adoptado una expresión contraída. Comenzó a hablar atropelladamente:

—Claro que no he dicho nada. Tal vez sean sólo figuraciones mías. ¡Hum...! Pero el doctor Markley, el *coroner*, dijo que había recibido un fuerte golpe en la base del cráneo que podía haber sido causado por la caída; aunque también podía no haberlo sido. Según me pareció, era más bien como si alguien le hubiese machacado el cráneo. Y no me refiero a un caballo. Otra cosa: era una noche húmeda de octubre, y el desdichado estaba tendido en un terreno pantanoso; pero no tanto como para haber empapado el cuerpo de aquella manera.

Rampole miró fijamente al doctor. Los dedos de éste se hallaban firmemente asidos a los brazos de la butaca.

—Pero usted dijo que tenía todo el conocimiento. ¿No habló?

—Yo, naturalmente, no estuve presente todo el tiempo. Lo supe casi todo por el rector y Payne. ¿Se acuerda de Payne? Sí, habló. No sólo habló sino que pareció hallarse muy animado. Pero al romper el alba comprendió que se estaba muriendo. Había estado escribiendo, dijo el doctor Markley, sobre una tabla encajada junto a su pecho; quisieron impedirlo, pero les enseñó los dientes. «Instrucciones para mi hijo», dijo, Martin estaba en América, como ya le conté, y añadió: «Tiene que saber muchas cosas».

El doctor Fell calló para encender la pipa. Acercó la llama con fuerza a la cazoleta, como si desease ver con claridad a través de sus pensamientos.

—Vacilaran en llamar a Saunders, el rector, porque Timothy era un viejo pecador, y un enconado perseguidor de la Iglesia. Pero según Saunders siempre había sido un hombre honrado, aunque no estuviese de acuerdo con él, de forma que lo llamaron al amanecer por si quería rezar una plegaria por el moribundo. Vio a Timothy a solas, y poco después salió del cuarto enjugándose el sudor de la frente. «¡Dios mío!, exclamó el rector, como si aún estuviera orando, ese hombre no está en sus cabales. Alguien tiene que volver a entrar conmigo». «¿Quiere oír la recomendación del alma?», preguntó el sobrino de Timothy, que era un poco excéntrico. «Sí, sí, afirmó el rector, pero no es esto. Es la forma como habla». «¿Qué ha dicho?», preguntó el sobrino. «No estoy autorizado a repetirlo, objetó el rector, pero ojalá pudiera».

»En el dormitorio pudieron oír a Timothy gruñendo fieramente, aunque no podía moverse por el enyesado. Luego pidió ver a Dorothy, a solas, y después a Payne, su abogado. Fue éste quien dijo que Timothy se estaba acabando por momentos. Y precisamente cuando la luz del alba se filtraba por la ventana, todos irrumpieron en el dormitorio, donde había un lecho endoselado. Timothy apenas podía ya hablar, pero

pronunció una palabra con toda claridad: «Pañuelo», y a continuación pareció sonreír. Todos se arrodillaron mientras el rector pronunciaba sus oraciones, y en el momento en que Saunders estaba haciendo la señal de la Cruz, algo pareció salir por la boca de Timothy, el cual hizo una convulsión y falleció.

Durante un largo silencio, Rampole pudo escuchar el canto de los mirlos en el exterior. El sol iba mostrándose cada vez más bajo en el horizonte.

—Es muy raro —manifestó el americano al fin—. Pero si no dijo nada, usted no puede tener motivos para sospechar un asesinato.

—¿De veras? —farfulló el doctor Fell—. Bueno, tal vez no. ¡Hum...! La misma noche, me refiero al día que murió, la misma noche hubo luz en la ventana de la Sala del Gobernador.

—¿Investigó alguien?

—No. No es posible conseguir que los lugareños se acerquen allí después de oscurecido ni por un centenar de libras.

—Oh, bien, su imaginación supersticiosa...

—No fue una imaginación supersticiosa —objetó el doctor, meneando la cabeza—. Al menos, yo no lo creo así. Yo mismo vi la luz.

—Y esta noche —dijo Rampole, lentamente—, Martin Starberth pasará una hora en la Sala del Gobernador.

—Exactamente. Si no se asusta. Siempre ha sido un chico nervioso, soñador, y ha tenido cierta aprensión con respecto a la cárcel. La última vez que estuvo en Chatterham fue un año atrás, cuando vino para la lectura del testamento de Timothy. Una de las especificaciones de la herencia, desde luego, fue que debería pasar, naturalmente, una hora en la Sala del Gobernador. Luego, dejó a su hermana y a su primo Herbert a cargo del «Hall», y regresó a América. Sólo viene a Inglaterra por las festividades.

Rampole meneó la cabeza.

—Me ha contado usted muchas cosas —observó—, menos el origen. No comprendo el motivo de esta tradición.

El doctor Fell se quitó los lentes y se colocó otros, más apropiados para la lectura. Por un momento permaneció inclinado sobre las hojas de papel de la mesa, con las manos apoyadas en las sienes.

—Tengo aquí copias de los diarios oficiales, llevados día a día como el diario de a bordo, por Anthony Starberth, Caballero, Gobernador de la Prisión de Chatterham, 1797-1820, y de Martin Starberth, Caballero, Gobernador desde 1821 a 1837. Los originales se conservan en el «Hall»; el viejo Timothy me dio permiso para copiarlos. Algún día serán publicados en forma de libros, como esclarecimiento sobre los métodos penales de aquella época —continuó algún tiempo con la cabeza gacha, chupando lentamente la pipa y mirando fijamente con ojos sanguinolentos el tintero—. Antes de la última parte del siglo dieciocho había muy pocas prisiones «de detención» en Europa. Los criminales eran colgados inmediatamente, o bien

marcados o mutilados y dejados en libertad, o deportados a las colonias. Había excepciones como los deudores, pero en general no se hacían distinciones entre los que habían sido ya juzgados y los que estaban esperando serlo; todos eran tratados por un mismo y malvado sistema.

»Un tipo llamado John Howard inició una agitación en pro de las prisiones de detención. La de Chatterham fue fundada incluso antes que la de Milbank, que generalmente se supone la más antigua. Fue construida por los convictos que iban a ocuparla, con piedras arrancadas en los terrenos de los Starberth, bajo los mosquetes de una tropa de casacas rojas enviadas por Jorge III con este fin. Se usó libremente el gato de siete colas y los remisos eran colgados boca abajo y torturados sin piedad. Cada piedra, por lo tanto, significaba sangre.

Hizo una pausa y Rampole repitió una vieja frase que le revoloteaba por la mente:

—Hubo un gran llanto sobre toda la tierra...

—Sí, grande y amargo. El cargo de Gobernador, naturalmente, le fue concedido a Anthony Starberth. Su familia se había ocupado de tales cosas desde largo tiempo atrás. El padre de Anthony, según creo, había sido comisario sheriff del distrito de Lincoln. Se decía —agregó el doctor Fell, arrugando la nariz— que cada día, durante la construcción de la prisión, con luz o a oscuras, con sol o con niebla, Anthony cabalgaba en una yegua para ir a contemplar las obras. Los convictos lo conocían bien y lo odiaban. Siempre lo veían sobre la yegua, recortado contra el cielo y la oscura línea de los marjales, con su sombrero de tres picos y la levita azul.

»A Anthony le complacían los duelos. Era bastante elegante, aunque bastante miserable, menos en lo tocante a su persona; era vengativo y cruel; escribía malos versos y odiaba a su familia por ridiculizarlos. Creo que solía amenazar con duros castigos a quienes se burlaban de sus versos.

»La prisión quedó terminada en 1797, y Anthony se trasladó a ella. Fue el que instituyó el reglamento de que el hijo mayor tenía que contemplar lo que él había dejado en la caja fuerte de la Sala del Gobernador. No hay que decir que su mandato fue peor que infernal, y le aseguro que no exagero ni pizca. Su único ojo y su sonrisa... eran horrorosos —afirmó el doctor Fell, colocando las palmas de sus manos sobre los papeles como si tratara de impedir que volasen—. Hizo varios arreglos, y fue muy oportuno el momento en que los hizo, para cuando le llegase la muerte.

—¿Qué le ocurrió?

—¡Gideon! —llamó una voz con tono de reproche, seguida de una salva de golpes a la puerta, que hicieron saltar a Rampole—. ¡Gideon! ¡El té!

—¿Eh? —exclamó el doctor Fell, levantando la vista.

La señora Fell exhaló un lamento.

—¡El té, Gideon! Y quisiera que dejases esta cerveza, pues bien sabe Dios que los pastelillos de mantequilla ya son bastante malos. Además, todo está demasiado

cerrado y veo ya al rector y la señorita Starberth viniendo por la senda —se produjo el sonido de una profunda aspiración y luego la señora Fell repitió—. ¡El té!

El doctor se levantó con un suspiro y ambos oyeron a la mujer que se alejaba por el pasillo, murmurando:

—¡Qué lata, qué lata, qué lata! —como el tubo de escape de un automóvil.

—Bien, vámonos —dijo el doctor Fell.

Dorothy Starberth estaba subiendo por el sendero, a largas zancadas, junto a un individuo grueso y calvo, que se abanicaba con el sombrero. Rampole sintió un impulso involuntario.

«¡Calma! ¡No te comporte como un chiquillo!».

Pudo oír la suave y burlona voz de la joven. Ésta llevaba una blusa amarilla de cuello alto, con una falda marrón y una chaqueta en cuyos bolsillos parecían perderse sus manos. El sol brillaba en su cabello negro, recogido descuidadamente en torno a la cabeza, y cuando giraba ésta de lado a lado era posible distinguir su bello perfil, tan recortado como el ala de un pájaro. Subían ambos por el sendero y las pupilas de un azul profundo estaban fijas en el joven, a través de las largas pestañas.

—Creo que ya conoces a la señorita Starberth —dijo el doctor Fell—. Señor Saunders, éste es Rampole, de América. Pasa una temporada con nosotros.

Rampole halló que el apretón del rector era muy fuerte para su cristianismo. Thomas Saunders estaba sonriendo profesionalmente, relucientes sus bien afeitadas mejillas; era uno de esos clérigos a quienes la gente cree alabar diciendo que no lo parecen. Tenía húmeda la frente, pero sus ojillos azules estaban tan alertas como los de un sabueso. Saunders tenía unos cuarenta años y parecía mucho más joven. Servía a su religión con la misma humildad y perseverancia con que había asistido a Eton (o Harrow, o Winchester, o la universidad que fuese), sirviéndole en los campos de juego. En torno a su rotundo cráneo lucía una coronilla de pelo rubio, y llevaba un enorme reloj con una gruesa cadena.

—Encantado de conocerlo, caballero —dijo el rector—. Yo... ah... tuve la dicha de conocer a muchos compatriotas suyos durante la guerra. Primos del otro lado del mar. ¡Sí, unos primos no muy lejanos!

Rió, ligera y profesionalmente. Su aspecto de suavidad profesional irritó al americano. Murmuró algo cortés y se volvió hacia Dorothy Starberth.

—¿Qué tal? —le saludó, ella, tendiéndole una fría mano—. Me alegra volver a verlo. ¿Cómo dejó a nuestros mutuos amigos, los Harris?

Rampole estaba a punto de preguntar «¿a quiénes?» cuando captó la inocencia de la mirada de la joven y la semisonrisa que le animó.

—¡Ah, los Harris! ¡Espléndidos! Gracias. ¡Sí, espléndidos! —y en un alarde de inspiración, añadió—: Muriel va a arrancarse una muela.

Como nadie pareció impresionado por su talento, y él se sintió un poco nervioso con respecto al sello de autenticidad con que lo había dicho, estaba a punto de agregar otros detalles íntimos de los Harris, cuando apareció de repente la señora Fell

por la puerta principal, con otra de sus apariciones estilo cuco, y se hizo cargo de todos ellos. Dejó oír una serie de observaciones ininteligibles que se referían, al parecer, a la cerveza, las pastas de mantequilla y la querida escrupulosidad del rector... y si se había ya recobrado por completo del chaparrón proporcionado por aquella regadera. ¿Estaba seguro de no haber atrapado una pulmonía? Saunders tosió a guisa de experimento y contestó que no.

—¡Qué suerte! —exclamó la señora Fell, yendo hacia las plantas—. ¡Qué suerte, querido señor Saunders! Ah... y querida —dio media vuelta hacia la joven— ¿dónde está tu hermano? Dijiste que vendría.

Momentáneamente, el rostro de Dorothy Starberth se ensombreció, como Rampole lo había visto la noche anterior. Vaciló y se llevó una mano a la muñeca como para consultar la hora en su reloj, pero la retiró inmediatamente.

—¡Oh, ya vendrá! Está en el pueblo comprando varias cosas. Vendrá directamente.

La mesa del té estaba instalada en el jardín, detrás de la casa; le caía la sombra de un enorme limonero y unos metros más allá cantaba un plácido arrójatelo. Rampole y la joven fueron andando hacia allí a la retaguardia de los demás.

—El pequeño Eadwig —dijo Rampole— tiene paperas...

—¡El sarampión, animal! Creí que iba a delatarme. Y en una comunidad como ésta... Pero oiga, ¿cómo sabían que ya nos conocíamos?

—Un abogado idiota nos vio hablando en el andén. Pero pensé que era usted la que iba a descubrirme.

Ante esta extraordinaria coincidencia se miraron mutuamente, relucientes de nuevo las pupilas de ella. Él se sintió divertido, aunque aguijoneado.

—Je, je, je... —rió como el doctor Fell, y al observar las sombras que parecían temblar en la hierba, ambos se echaron a reír.

—No sé cómo explicarme —prosiguió ella después, en voz baja—. Con una cosa y otra, anoche me sentía tremendamente desesperada. Y Londres es tan inmenso... y todo me salió tan mal. Necesitaba hablar con alguien. Y entonces fue cuando usted tropezó conmigo y me pareció tan simpático... que inicié la conversación con usted.

Rampole sintió el deseo de darle un ligero golpecito en la mejilla. Imaginativamente, lo hizo. También experimentó la sensación de que alguien le estaba inhalando aire en los pulmones.

—Me alegro de que lo hiciera —dijo con poco ingenio, pero con naturalidad u honestidad para consigo mismo.

—También yo.

—¿Contenta?

—Contenta.

—¡Ah! —exclamó Rampole, con acento de triunfo.

Un poco más adelante oyeron la voz de la señora Fell.

—Azaleas, betunias, geranios, malvarrosas, madreselvas y englantinas —voceó, como si estuviera pregonando la mercancía—. No puedo verlas, debido a ser tan corta de vista, pero sé dónde están todas ellas —con una vaga sonrisa asió a los invitados y los empujó hacia las sillas—. Oh, Gideon, amor mío, ¿no irás a beber tu cerveza, verdad?

El doctor Fell estaba ya inclinado sobre el arroyuelo. Bufando trabajosamente, extrajo varias botellas y luego se puso de pie con la ayuda de un bastón.

—Fíjese, Rampole —dijo el rector, con aspecto de tolerancia—, a veces pienso... —continuó como si estuviera lanzando una terrible acusación; pero mitigándola con una sonrisa—, a veces pienso que el buen doctor no es posible que sea inglés. Este bárbaro hábito de beber cerveza a la hora del té... ¡Mi querido señor! Bueno, no es muy inglés, la verdad.

El doctor Fell compuso un fiero semblante.

—Señor —repuso—, es el té lo que no es inglés, permítame que se lo manifieste. Quiero que lea el apéndice de mi obra; nota 86, capítulo 9, dedicado a tales brebajes como el té, el cacao, y esa bebida repugnante conocida con el nombre de soda helada. El té, verá usted allí, fue importado a Inglaterra desde Holanda, en 1666. Desde Holanda, su peor enemigo; y en Holanda lo llamaban desdeñosamente «agua de paja». Ni siquiera los franceses podían soportarlos. Patín denomina al té *l'impertinente nouveauté du siècle*, y el doctor Duncan, en su *Tratado de los licores cálidos*...

—¡Y delante del buen rector! —exclamó la señora Fell, interrumpiéndole.

—¿Cómo? —preguntóle el doctor—. ¿A qué te refieres?

—A la cerveza —contestóle su mujer.

—¡Oh, diablo! —gritó el doctor con violencia—. Perdóneme, Saunders —se volvió hacia Rampole—. ¿Quieres tomar cerveza conmigo, muchacho?

—Pues... sí —contestó el otro con gratitud—. Gracias, sí.

—... y volviendo a lo del agua fría, seguramente le ocasionará una pulmonía —continuó la señora Fell. Parecía que el tema de la pulmonía era su *idée fixe*—. No sé qué va a pasar... (más té, señor Saunders, y los pastelillos están a su lado) con tanta gente pillando pulmonías, y ahora ese pobre joven teniendo que pasar una hora en la Sala del Gobernador esta noche. Seguramente, también atrapará una pulmo...

Se produjo un abrupto silencio. Saunders, acto seguido, comenzó a hablar con volubilidad sobre las flores, señalando un cuadro de geranios; parecía tratar de alterar el curso de las ideas que poblaban los cerebros de todos los reunidos. El doctor Fell le hizo eco, al tiempo que parecía querer asesinar a su esposa con la mirada. Aquélla, sin embargo, no parecía darse cuenta de haber tocado un tema prohibido. Pero parecía como si hubiese caído un telón sobre la reunión.

El jardín comenzaba a verse teñido con un tono rojizo, aunque todavía faltaban varias horas para la llegada de la noche. Todos estaban mohínos e incluso el doctor Fell se sentía inclinado a mostrarse silencioso, contemplando la mesita del té. Una

silla de mimbre crujió pesadamente. A lo lejos se oyó el tañido de una campana. Rampole se imaginó las vacas, sueltas en algún prado lejano, siendo conducidas al establo a través del misterioso crepúsculo. Un extraño zumbido pareció poblar la atmósfera.

Dorothy Starberth se levantó de repente.

—¡Estúpida de mí! Por poco si me olvido. Debo ir al pueblo a comprar cigarrillos antes de que cierren el estanco —les sonrió a todos, con una mueca afectada que no engañó a nadie. La sonrisa era como una máscara. Consultó su relojito—. Aquí se está muy bien, señora Fell. Tiene que venir al «Hall» cuanto antes. Oiga —se dirigió a Rampole, como con una súbita inspiración— ¿no le agradecería acompañarme? Creo que todavía no conoce el pueblo, ¿verdad? Tenemos una iglesia gótica muy interesante, como puede decirle el señor Saunders.

—Sí, en efecto —el rector pareció vacilar y los miró de manera paternal, agitando la mano—. Váyanse, váyanse. Yo me quedaré a tomar otra tacita de té, si no le molesta a la señora Fell. Aquí se está muy cómodo y uno casi tiene que avergonzarse de mostrarse tan perezoso.

Se retrepó en la silla, con aire de decir: «¡Ah, yo también fui joven!», pero a Rampole le dio la impresión de que no le gustaba en absoluto. De pronto, el americano comprendió que aquel individuo imperioso de cabeza calva (*sic*, según las ideas inflamadas del joven) tenía un interés muy poco clerical en Dorothy Starberth. ¡Maldito fuese...! Pensándolo bien, del modo como le había tocado antes el hombro a la muchacha, suavemente, cuando ambos subían por el sendero...

—Tenía que salir de allí —le explicó la joven, casi falta de aliento. Sus rápidos pasos hacían crujir la hierba—. Quería irme a toda marcha.

—Lo sé.

—Cuando se anda —continuó ella, con el mismo tono de voz— uno se siente libre; no hay que dejar flotando las cosas en el aire, como un malabarista, y esforzarse para que caiga una... ¡Oh!

Estaban descendiendo por el sendero, donde la hierba ahogaba sus pisadas. Su unión con la carretera quedaba oculta por los setos, pero de pronto oyeron el ruido de unos pies que se arrastraban sobre la tierra y un murmullo de voces. Bruscamente, una de las voces subió de tono. Les llegó a través del aire, cálida, viva, repulsiva.

—Conozco la palabra exacta —dijo la voz—. La palabra es «cadalso». Sí, la conozco muy bien.

La voz se echó a reír. Dorothy Starberth se detuvo en seco, y su cara, muy blanca contra el seto verde, fue la máscara del temor.

CAPÍTULO IV

Tendré que apresurarme si quiero llegar a tiempo al estanco —musitó al instante la muchacha. Levantó la voz con insistencia—. ¡Santo cielo! ¡Son más de las seis! Siempre me reservan un paquete de mi marca preferida y... ¡Ah, hola, Martin!

La joven salió a la carretera, indicándole a Rampole que la siguiera. El murmullo de voces había cesado. De pie en medio de la carretera, todavía con la mano medio levantada, un joven bastante corpulento había torcido el cuello para mirar a Dorothy. Tenía la piel manchada que generalmente gusta a las mujeres, con cabello oscuro y una boca desdeñosa; y parecía hallarse ligeramente bebido. Se balanceaba un poco. Detrás suyo, Rampole divisó una serie de huellas en el polvo, zigzagueantes, que señalaban su marcha.

—¡Hola, Dot! —exclamó con brusquedad—. Ciertamente, sabes descubrir la gente.

Hablaba con un acento que quería ser típicamente americano. Poniendo una mano sobre el brazo de la persona que estaba con él, procuró asumir cierto aire de dignidad. El otro, con toda seguridad, era pariente suyo; sus rasgos, empero, eran toscos cuando en el primero eran delicados, y sus ropas no eran tan buenas, tal vez, y su sombrero no mostraba la misma curva despreocupada que el de Martin Starberth; pero ambos poseían una innegable semejanza. Parecía aturdido y sus manos excesivamente grandes.

—¿Estuviste... estuviste en el té, Dorothy? Siento haber llegado tarde. Nos... nos vimos detenidos.

—Claro —respondió la joven, impasible—. Voy a presentaros: el señor Rampole, Martin Starberth, y Herbert Starberth. El señor Rampole es paisano tuyo, Martin.

—¿Americano? —preguntó el aludido, animadamente—. ¡Magnífico! ¿De dónde, de Nueva York? ¡Excelente! Acabo de salir de allí. Trabajo en asuntos públicos. ¿Dónde se aloja? ¿En casa de Fell? Ese viejo zorro... Bueno, venga a casa y tomaremos un trago.

—Vamos a tomar té, Martin —le recordó Herbert, con estólida paciencia.

—Ah, al diablo esa bazofia de té. Mire, venga a casa y...

—Será mejor que no vayas a tomar té, Martin —intervino su hermana—, y, por favor, no más tragos. No me importaría sino fuese por lo que ya sabes.

Martin la miró fijamente.

—Voy a tomar té —aseguró, avanzando el cuello— y, lo que es más, voy a tomar otro trago. Vamos, Bert.

Había olvidado a Rampole, por lo que el americano se sintió agradecido. Se ajustó el sombrero. Se cepilló los brazos y los hombros, aunque no estaba polvoriento, y se enderezó, aclarándose la garganta. Mientras el estólido Herbert lo guiaba, Dorothy murmuró:

—No le permitas que llegue hasta allí y, por favor, haz que llegue a tiempo a la hora de cenar. ¿Me oyes?

Martin también la había oído. Se giró, ladeó la cabeza y se cruzó de brazos.

—Piensas que estoy borracho, ¿verdad?

—¡Por favor, Martin!

—¡Bien, yo te mostraré si estoy borracho o no! ¡Vamos, Bert!

Rampole apretó el paso junto a la muchacha, al marcharse por el otro lado. Cuando doblaron una curva del camino oyeron la discusión que sostenían ambos primos, Herbert en voz baja, y Martin con tono tempestuoso, el sombrero hundido casi hasta las cejas.

Durante cierto tiempo anduvieron en silencio. Aquel encuentro momentáneo parecía haber incluso esfumado la fragancia de los setos; pero aquella impresión no tardó en desvanecerse bajo la brisa suave que inclinaba la hierba de los prados circundantes. El cielo mostraba mi color amarillento, luminoso como el cristal, por occidente; los álamos temblaban, oscuros, contra el mismo, y el agua de los pantanos tenía cierta claridad dorada. Se hallaban en las tierras bajas, y desde cierta distancia las ovejas blancas parecían de juguete.

—No piense —comenzó a decir la chica, mirando al frente y en voz muy baja— que siempre está así. No lo está. Pero ahora está sumamente preocupado y trata de disimularlo bebiendo para darse ánimos.

—Lo sé. No se le puede censurar.

—¿Se lo contó el doctor Fell?

—Algo. Dijo que no era secreto.

La muchacha entrecruzó las manos.

—Oh, no. Esto es lo peor. No es un secreto. Todo el mundo lo sabe y siempre apartan la mirada. Se está a solas con ello, ¿entiende? No pueden hablar de ello en público. No pueden comentarlo conmigo. Ni tampoco puedo mencionarlo yo...

Una pausa. Después se volvió hacia él fieramente, añadiendo:

—Usted ha dicho que lo entiende, y es muy amable al decir que lo entiende, pero no es cierto. Hemos crecido con esto en nuestro interior. Recuerdo cuando Martin y yo éramos unos niños, que nuestra madre nos llevaba a la ventana para que pudiéramos ver la prisión. Ahora está muerta, lo mismo que papá.

—¿No cree que están dándole demasiada importancia a una leyenda?

—Ya le dije que no lo entendía.

Su tono era seco y monótono, y a él le hizo el efecto de una puñalada. Buscó desesperadamente algo que replicar, pero iba rechazando ideas una a una por inadecuadas, y sin embargo, se sentía de acuerdo con ella por completo.

—No tengo inteligencia para las cosas prácticas —manifestó al fin—. Cuando me aparto de los libros o el fútbol, y me pongo en medio del mundo, me confundo. Pero creo que, sea lo que sea que usted me diga, tengo que comprenderlo, puesto que le concierne a usted.

A través de las tierras bajas resonó el tañido de una campanada. Un sonido lento, triste, antiguo, que pareció suspenderse del aire y formar parte del mismo. Al frente, el campanario rodeado de robles relucía con los últimos destellos de luz. Los pájaros cantaban, volando, mientras el tañido de la campana se difuminaba. Se habían ambos detenido en un puente de piedra que cruzaba un ancho riachuelo. Dorothy se volvió y lo miró.

—Si puede usted decir esto, es cuanto puedo yo pedir.

Movía los labios lentamente, con una débil sonrisa, y la brisa jugueteaba en su oscuro cabello.

—Odio ser práctica —continuó ella, con súbita vehemencia—. He tenido que serlo desde que murió papá. Herbert es tan bueno como un jamelgo, con tanta imaginación como un pajar. Y hay la señora del coronel Granby, y Leutitio Markley, y la señora Payne que utiliza el velador espiritista, y la señora Porterson que se vuelve loca por leer nuevos libros... Está Wilfrid Denim, que viene a verme cada jueves por la noche, a las nueve en punto exactamente, deja de hablar de temas nuevos a las nueve y cinco, y continúa refiriéndose a una comedia que vio en Londres hace tres años, o comienza a hacer pases de tenis hasta que una piensa que tiene el mal de san Vito. Oh, sí... y el señor Saunders. San Jorge por la alegre Inglaterra, y si Harrow vence este año al Eton el país estará en manos de los socialistas. ¡Ufff!

Había hablado con tanta vehemencia que le faltó el aliento. Luego sonrió, algo avergonzada.

—No sé qué pensará de mí por hablar de esta manera...

—¡Pienso que tiene toda la razón! —replicó Rampole, con entusiasmo. Particularmente le había gustado el comentario sobre Saunders—. ¡Abajo los tableros espiritistas! ¡Abajo el tenis! Y espero que Harrow gane al Eton por un puñado de tantos... Lo que quiero decir es que tiene usted toda la razón y que viva el socialismo.

—No dije nada del socialismo.

—Bueno, pues diga algo, entonces —se ofreció magnánimo—. Vamos, diga algo. ¡Hurra por Norman Thomas! ¡Que Dios bendiga...!

—¿Pero por qué, tonto, por qué?

—Porque no le gusta a Saunders —explicó Rampole. La tesis le pareció muy buena, aunque vaga. Pero le asaltó otra idea y preguntó, suspicazmente—. ¿Quién es ese tal Wilfrid que viene a visitarle todos los jueves por la noche? Además, Wilfrid es un nombre muy feo. Parece alguien con el pelo ondulado.

La joven bajó de la barandilla del puente, pareciendo muy libre en la fuerza de su esbelto cuerpo. Su risa —real y cascabelera, como la había escuchado la noche anterior—, también parecía haber salido de su prisión.

—Oiga, no podré comprar mis cigarrillos si no nos apresuramos. Me gusta su charla. ¿Corremos un poco? Pero toméselo con calma. Hay casi un quilómetro.

—¡Vamos! —exclamó Rampole, y ambos echaron a correr con el viento azotándoles el rostro. Dorothy todavía iba riendo.

—Espero encontrar a la señora del coronel Granby —dijo, falta de aliento. Le debió parecer una idea perversa y se le animaron las pupilas—. ¡Sería muy divertido! Uff... Menos mal que llevo zapatos de tacón bajo.

—¿Quiere correr más?

—¡Tonto! Estoy ya muy acalorada. ¿Es usted un atleta?

—Hum... Un poco.

Un poco. Por su cerebro pasaron letras blancas sobre una tabla negra, en un cuarto oscuro fuera de la universidad, donde había copas de plata en urnas de cristal y pelotas de fútbol con fechas pintadas. Luego recordó otra escena de tanta exaltación como la presente. Noviembre, con una marejada de sonoros sonidos, el jadeo de la respiración, y la espalda agarrotada. Una enorme jaqueca. Unos alambres en sus piernas, muy tirantes, y unos dedos fríos, sin sentirlos. De repente, el aire helado azotando su rostro, una sensación de estar volando sobre blancas cuerdas con las piernas atadas como las de un monigote, y un objeto fangoso que él dejó caer del aire bajo los puestos previstos... De nuevo oyó el atronador ruido y sintió abrírselo y cerrársele el estómago como la tapa de una marmita. Esto había sido el último otoño, pero parecían haber transcurrido ya miles de años. Y ahora se hallaba en plena aventura, al lado de una bella muchacha, cuya presencia era como el tañido de esos perdidos, atronadores miles de años.

—Un poco, un poco —repitió, de repente, respirando hondamente.

Se hallaban en las afueras del pueblo, donde los árboles muy copudos arrojaban sus sombras contra las encaladas fachadas de las tiendas, y las losetas de las aceras formaban unos dibujos como los del cuaderno de ejercicios de un escolar. Una mujer se detuvo a mirarlos. Y un individuo montado en bicicleta se desvió de su camino y se metió en una zanja, lanzando un juramento.

Recostada contra un árbol, encendida y jadeando, Dorothy se echó a reír.

—¡Oh, ya está bien de este juego! —exclamó, los ojos muy animados—. ¡Pero me siento mucho mejor!

De la furiosa excitación que los había poseído, sin saber por qué, pasaron a un profundo contento y se tornaron cuidadosamente dignos. Compraron los cigarrillos, tras haberles dicho el estanquero que los estaba guardando desde hacía varias horas, y Rampole le obsequió con el deseo de adquirir una pipa de guardián de iglesia. Estaba intrigado por la tienda del químico, con su enorme caldera de cristal, roja y verde, y su impresionante colección de drogas, como en un cuento medieval. Había una posada llamada «La Comida del Fraile», y una taberna denominada «La Cabra y el Racimo». Rampole se vio apartado de allí por la joven al negarse ésta

inexplicablemente a entrar en el bar. En conjunto, el joven se quedó muy impresionado.

—Es posible afeitarse y cortarse el pelo en el estanco —comentó luego, divertido—. En realidad, esto no es tan distinto de América.

Se sentía tan bien dispuesto que ni siquiera las duras pruebas a que se vio sometido fueron nada. Encontraron a la señora Theodosia Payne, la esposa del abogado, que iba por la calle Alta con el velador espiritista plegado bajo el brazo. La señora Payne llevaba un sombrero formidable. Movía las mandíbulas como un monigote de ventrílocuo, pero hablaba como un sargento mayor. Sin embargo, Rampole escuchó con suma cortesía las explicaciones de la dama respecto a Lucius, su «control», por lo visto un errático y disipado miembro del mundo espectral, que pegaba fuerte sobre el velador y delectaba con un fuerte acento *cockney*^[2]. Dorothy observó que el rostro de su compañero se tornaba apoplético y se despidió de la señora Payne antes de que ambos estallasen en una carcajada.

Eran casi las ocho antes de que pensaran en regresar. Todo les había complacido a ambos, desde las farolas callejeras (que parecían ataúdes de cristal, y ardían gracias a cierta clase ignorada de gas), hasta la pequeña tienda con una campanita sobre la puerta, donde podían adquirirse animales de pan de jengibre y las letrillas de canciones hartamente olvidadas ya. Rampole siempre se había sentido apasionado por comprar cosas inútiles, fundándose en los dos sanos principios de que no lo necesitaba y tenía dinero para poder gastar, por lo que, al encontrarse con un espíritu comprensivo, se permitió ése lujo. Regresaron por entre un crepúsculo luminoso, con las hojas de las canciones sujetadas entre ambos como un himno, en forma de lamento llamado: «¿Adónde fuiste Harry, en la última fiesta?», al tiempo que ambos cantaban la popular canción, en tanto Dorothy tenía que reprimir su hilaridad en los pasajes más patéticos.

—Ha sido estupendo —exclamó la muchacha cuando llegaron de nuevo a la senda que conducía a casa del doctor Fell—. Nunca había pensado que en Chatterham todo fuese tan maravilloso. Siento tener que irme a casa.

—Tampoco se me había ocurrido a mí —asintió él.

Meditaron un instante, contemplándose mutuamente.

—Aún nos queda tiempo para otra canción —sugirió él, como si ello fuese lo más importante del mundo—. ¿Quiere que probemos «La Rosa de la Plaza Bloomsbury»?

—Oh, no, el doctor Fell es una buena persona, pero yo tengo que preservar mi dignidad. Vi a la señora del coronel Granby atisbando por detrás de los visillos todo el rato que hemos estado en el pueblo. Además, ya es tarde...

—Bien...

—Por lo tanto...

Ambos vacilaron. Rampole se sentía un poco irreal, y el corazón le latía con furia inaudita. Arriba, el cielo amarillo se había trocado en un borde de luz oscura, tildada de púrpura. La fragancia de los setos era arrolladora. Los ojos de la joven eran muy

poderosos, vividos y, sin embargo, se hallaban velados por el pesar. Escrutaban el rostro de Rampole con desesperación. Aunque no las miraba, le pareció que ella extendía las manos hacia él...

Se las cogió.

—Déjeme que la acompañe a casa —solicitó—. Déjeme...

—¡Alto! —gritó una voz por el sendero—. ¡Alto! Esperad un momento.

Rampole sintió que se le quebraba físicamente el corazón. Estaba temblando y sintió por el contacto de aquellas manos que ella también temblaba. La voz tenía un acento de emoción tal que ambos se sintieron asombrados. Y de repente, la joven se echó a reír.

El doctor Fell estaba a su lado, jadeando por efectos de su paso apresurado. Detrás, Rampole distinguió una figura familiar. Sí, era Payne, con la curvada pipa en su boca. Parecía estar mascándola.

El miedo volvió a presentarse al cabo de unas breves horas.

El doctor parecía muy grave. Se detuvo para reemprender la respiración, apoyándose con el bastón sostenido junto a su pierna.

—No deseo alarmarte, Dorothy —empezó a decir—, y sé que el tema es tabú; pero de todos modos, éste es el momento para hablar sinceramente de...

—¡Eh! —le interrumpió Payne, rasposa la garganta—. ¿Y el... el invitado?

—Lo sabe todo. Bien, jovencita, no es asunto de mi incumbencia, pero...

—¡Hable, por favor! —suplicó la muchacha, retorciendo las manos.

—Tu hermano estuvo aquí. Todos nos mostramos bastante preocupados por el estado en que se hallaba. No me refiero a la borrachera. Esto pasa, pero estaba mareado, y en realidad casi completamente sereno cuando se marchó. Es el terror que lo atosiga. Pude observarlo en el modo retador como actuaba. Bien, no queremos que sufra daño alguno con este asunto idiota. ¿Entiendes?

—¡Siga, por favor!

—El rector y tu primo lo llevaron a casa. Saunders se halla muy inquieto con todo esto. Bien, te seré absolutamente sincero. Naturalmente, ya sabes que antes de que tu padre muriese le dijo algo a Saunders bajo secreto de confesión, y Saunders creyó entonces que desvariaba. Pero luego comenzó a meditar. Bien tal vez no sea nada, pero por si acaso, vamos a montar la guardia. La ventana de la Sala del Gobernador es claramente visible desde aquí, y mi casa no se halla a más de trescientos metros de la prisión.

—¿Y qué más?

—Saunders y yo, y Rampole si quiere, estaremos de centinela constantemente. Habrá luna y podremos distinguir a Martin cuando entre allá. Todo lo que hay que hacer es situarse delante mismo del camino y se consigue una magnífica vista de la puerta principal. Cualquier ruido, cualquier contratiempo, cualquier cosa sospechosa... y Saunders, yo y el joven aquí presente cruzaremos el prado antes de que el fantasma pueda desvanecerse. Sé que todo esto son figuraciones —sonrió,

apoyando una mano en el hombro de la muchacha—, y que yo soy un viejo chiflado. Pero conozco a los de tu familia desde hace mucho tiempo. Bien ¿desde que hora debe comenzar la vigilancia?

—A las once en punto.

—De acuerdo. Bueno, tan pronto como el chico salga del «Hall», telefonéanos. Estaremos de guardia. Naturalmente, no tienes que contarle a él nada de todo esto, de lo contrario podría ponerse tan nervioso que echase por tierra todos nuestros planes. Pero sí puedes sugerirle que se siente cerca de la ventana, con su linterna.

Dorothy exhaló un profundo suspiro.

—Sabía que pasaba algo, que algo me ocultaban... ¡Oh, Dios mío! ¿Por qué tiene que ir a la prisión? ¿Por qué no podemos quebrantar esta vieja costumbre y...?

—No, a menos que quieras perder la heredad —la atajó Payne, ásperamente—. Lo siento, pero así está dispuesto. Y yo tengo que hacerlo cumplir. Tengo que entregar varias llaves... hay más de una puerta que debe abrir, el heredero. Cuando me las devuelva, debe mostrarme cierto objeto del interior de la caja fuerte, lo que sea, para demostrarme que la ha abierto.

Otra vez, los dientes del abogado apretaron la pipa con fuerza. El blanco de sus ojos parecieron brillar en la creciente oscuridad.

—La señorita Starberth ya conocía todo esto, si los demás o algunos de ustedes lo ignoraban —rezongó—. Ahora hemos puesto las cosas bien en claro. Bien, ahora permítame que siga hablando con toda franqueza. Mi padre gozaba de la plena confianza de los Starberth antes que yo. Lo mismo que mi abuelo y el suyo. Pongo de manifiesto estos datos, caballeros, a fin de no parecer un hombre ávido de tecnicismos legales. Aunque quisiera quebrantar la ley, opino sinceramente que no podría quebrantar esta confianza.

—Bueno, entonces que pierda la heredad. ¿Piensa que a ninguno de nosotros nos importaría un comino...?

—Pero él no es tan loco —objetó Payne, imperiosamente—, si usted y Bert opinan de otro modo. Buen Dios, muchacha, ¿quieres convertirte en una desdichada, además del hazmerreír de todo el pueblo? Este procedimiento puede ser una chifladura, de acuerdo. Pero es la ley y un depósito sagrado —juntó las palmas de las manos con un sonido hueco—. Te diré lo que es más tonto. Tus temores. Ningún Starberth ha sufrido el menor daño desde 1837. Sólo porque a tu padre se le desbocó el caballo cerca del Rincón de la Bruja...

—¡No! —chilló la joven agudamente.

Le temblaban las manos y Rampole dio un paso adelante. No habló; tenía seca la garganta y se sentía furioso.

«Si vuelvo a oír la voz de ese tipo un minuto más, le romperé el pescuezo», pensó Rampole en cambio.

—¿No cree que ya ha hablado bastante, Payne? —fue el doctor Fell quien gruñó.

—Ah, sí —reconoció el abogado.

La cólera estaba en el aire. Oyeron el ruidito que hizo Payne al chascar sus curtidas mejillas contra los dientes.

—Sí —repitió con baja y seca voz, aunque todos sabían que estaba ardiendo por dentro.

»Si me perdonan, caballeros —continuó, impasible—, acompañaré a la señorita Starberth. No, caballeros —se dirigió a Rampole, que se había movido—, en esta ocasión, no. Hay asuntos confidenciales de los que debo hablarle. Sin interferencias. Ya he cumplido parte de mis obligaciones al entregarle las llaves a Martin Starberth. Lo demás aún queda en pie. Ah... posiblemente en calidad de amigo más antiguo que ustedes —en su voz había un acento rasposo e hiriente—, posiblemente puedo permitirme el lujo de mantener algunos asuntos confidenciales.

Rampole estaba tan furioso que casi cometió una incorrección.

—¿Dijo usted «asuntos»? ¿De qué clase?

—Calma —le aconsejó el doctor Fell.

—Vamos, señorita Starberth —la invitó el abogado.

Lo vieron alejarse con su cojera y la furia retratada en sus ojos cuando miró hacia atrás por encima del hombro. Rampole apretó la mano de la joven entre las suyas. Luego, ambos habían desaparecido.

—¡Tutut! —se quejó el doctor, tras una pausa—. No hay que enfadarse. Está celoso de su posición como consejero de la familia. Pero me hallo un poco inquieto. Tenía una teoría, pero... No sé. Todo está al revés, completamente al revés. Vámonos a cenar.

Musitando consigo mismo, comenzó a subir por el sendero. Algo gritaba alto en el corazón de Rampole, y el crepúsculo estaba poblado de fantasmas. Por un momento entrevió de nuevo la alegre criatura que le había acompañado al pueblo, que había estado sentada en el pretil del puente, y luego, de repente, la palidez en el rostro, el terror en sus ojos al regresar.

«No permitas que le pase nada. Vigílala de cerca, para que ningún mal pueda alcanzarla. Vigila bien, ya que él es su hermano».

Sus pasos crujieron sobre la hierba y el zumbido de los insectos continuó en la oscuridad. A lo lejos, hacia occidente, retumbó el desagradable ruido del trueno.

CAPÍTULO V

Calor. Calor denso y nauseabundo, con ráfagas de brisa que susurraban entre los árboles y luego morían. Si la casita hubiera sido de veras un barómetro suizo, las figuritas ahora habrían estado danzando enloquecidas.

Cenaron a la luz de las velas, en la diminuta estancia de roble con platos pintados colgados en las paredes. La habitación estaba tan caliente como la cena, y el vino más todavía. El rostro del doctor Fell fue enrojeciéndose a medida que llenaba y volvía a llenar su vaso. Pero su fácil oratoria y sus golpes de humor habíanse desvanecido. Hasta su esposa estaba callada, aunque no quieta. Seguía pasando los platos con muchas equivocaciones, pero ahora nadie reparaba en ello.

No se demoraron con el café, los cigarros y el vino de Oporto, como era costumbre del doctor. Después, Rampole subió a su cuarto. Encendió la lámpara de petróleo y comenzó a cambiarse de ropa. Unos pantalones y zapatos de tenis y una camisa cómoda. Su cuarto era pequeño, con un techo inclinado, bajo los desvanes, y la única ventana mirando hacia la prisión de Chatterham y el «Rincón de la Bruja». Un moscardón golpeó contra el cristal de la ventana, sobresaltándolo, y una alevilla rondaba la lámpara.

Era un alivio hacer algo. Terminó de vestirse y dio unos cuantos pasos por la estancia. El calor era pegajoso, con un olor a madera rancia, como un ático; incluso la pasta que se había secado tras el floreado papel de las paredes parecía desprender un olor desagradable, y la lámpara era lo peor de todo. Colocando la cabeza junto a la persiana, atisbo hacia fuera. La lima se estaba levantando, como un círculo grande y amarillento; eran ya más de las diez. ¡Maldita incertidumbre! Un reloj marchaba con irritante indolencia sobre la mesilla de noche. El calendario situado en la parte inferior de la caja del reloj mostraba la fecha de doce de julio pasado; fecha que no pudo recordar dónde la había pasado. Otra ráfaga de viento silbó entre los árboles. Calor... El calor parecía inundar el cuarto, empapándolo de sudor. Calor... Apagó la lámpara.

Metiéndose la pipa y el tabaco en el bolsillo, descendió la escalera. Una mecedora crujía incansablemente en el saloncito, donde la señora Fell estaba leyendo un diario con grabados. Rampole atravesó el jardín. El doctor había traído dos sillas de mimbre del otro lado de la casa, colocándolas de cara a la prisión, paraje que quedaba muy oscuro y considerablemente frío. De color rojo, la cazoleta de la pipa del doctor se movía por allí. Rampole se encontró con un vaso en la mano al sentarse.

—Bien, sólo tenemos que aguardar —dijo el doctor Fell.

El trueno se oyó de nuevo, muy distante, hacia occidente, con un ruido parecido al de los bolos al correr por la pista sin tocar en realidad ningún poste. Rampole se bebió un largo trago de la helada cerveza. ¡Esto era mejor! La luna no era aún muy clara, pero bañaba ya el prado con una tenue luminosidad que parecía arrastrarse por los muros.

—¿Cuál es la ventana de la Sala del Gobernador? —preguntó en voz baja.

La roja cazoleta hizo un gesto.

—La más amplia, la única ancha. Se halla casi en línea recta desde aquí. ¿La ves? Al lado hay una puerta de hierro que se abre a un balcón de piedra. Allí es donde se situaba el gobernador para contemplar a gusto las ejecuciones.

Rampole asintió. Todo el lado de la cárcel estaba recubierto por la hiedra, que abultaba en ciertos lugares donde el peso de la mampostería había hecho hundir la edificación dentro de la cima de la colina. A la débil luz de la lima, pudo ver los tallos que colgaban de los poderosos barrotes de la ventana. Inmediatamente debajo del balcón, pero muy abajo, había otra puerta de hierro. Delante de la misma, la colina descendía en pendiente muy pronunciada hacia los álamos del «Rincón de la Bruja».

—Y la puerta de abajo —continuó explicando el doctor— es por donde se sacaban a los condenados.

—Ya.

—Todavía se ven tres bloques de piedra, con agujeros, que sostenían el ensamblaje del cadalso. La canilla del foso queda oculta por los árboles. Naturalmente, cuando el foso era utilizado, esos árboles no estaban allí.

—¿Todos los muertos eran arrojados al foso?

—Oh, sí. No es de extrañar que toda la comarca esté todavía infectada, aun después de cien años. En realidad, el foso es el hogar ideal para toda clase de bichos y gusanos. El doctor Markley ha estado protestando por este estado de cosas durante los últimos quince años; pero no ha podido lograr que el consejo o el ayuntamiento tomen una disposición al respecto, porque se trata del terreno de los Starberth. ¡Hum...!

—¿Y no permiten que se vacíe?

—No, esto también es tabú. Una reliquia del siglo dieciocho. Una reliquia del viejo Anthony. He vuelto a estudiar el diario de Anthony. Y cuando pienso en la forma como murió, y en ciertas referencias contenidas en el diario, a veces creo...

—Todavía no me contó cómo murió —le recordó Rampole.

Al hablar se preguntó si de veras quería saberlo. La noche anterior había estado seguro de divisar algo mojado que parecía estar atisbando desde el muro de la prisión. A la luz del día no había observado nada, pero ahora notaba un claro olor a pantano, que parecía flotar por todo el prado desde el «Rincón de la Bruja».

—Lo olvidé —se excusó el viejo lexicógrafo—. Iba a leérselo esta tarde cuando mi mujer nos interrumpió. Tome —oyó el crujido de varios papeles y el doctor le

puso un manajo de hojas en la mano—. Lléveselo arriba más tarde. Quiero que lo lea y luego me dé su opinión.

¿Croaban las ranas? Podía oírlas claramente por encima del zumbido de los insectos. El olor que exhalaba el pantano era muy fuerte, no una ilusión. Debía existir alguna explicación natural, el calor del día que se desprendía de la tierra, o algo por el estilo. Le hubiera gustado estar más enterado de las cosas de la naturaleza. Los árboles habían comenzado a murmurar de nuevo. Dentro de la casa, un reloj dejó oír una sola nota.

—Las diez y media —gruñó su anfitrión—. Y me parece que el coche del rector sube ya por el camino.

Unos faros brillaban inciertamente. Traqueteando y encabritándose, un viejo «Ford» modelo T (de la clase que se presta a los chistes fáciles) frenó poco después, con el rector encaramado ante el volante. Corrió bajo la luz de la luna, en busca de una silla. No se mostraba tan profesional, y Rampole presumió que sus afectados modales tenían un efecto social, para cubrir una intensa vanidad. No era posible divisarlo muy bien en la penumbra, pero sabía que estaba sudando. Al sentarse jadeaba todavía.

—He cenado apresuradamente —explicó— y he vuelto en seguida. ¿Quedó todo arreglado?

—Todo. Ella telefonará cuando su hermano se marche. Vaya, tome un cigarro y un vaso de cerveza. ¿Cómo estaba cuando lo vio por última vez?

Una botella tintineó contra el borde de un vaso.

—Lo bastante sereno como para sentirse asustado —replicó el rector—. Fue seguidamente al aparador tan pronto como llegamos al «Hall». No supe si impedirle beber más. Herbert lo tomó por su cuenta. Cuando me marché del «Hall» estaba sentado en su habitación, encendiendo un cigarrillo detrás de otro; debe haberse fumado todo un paquete mientras estuve allí. Yo... eh... le indiqué los efectos deletéreos del tabaco... No, gracias, no quiero fumar... sobre su sistema nervioso, y me fulminó con la mirada.

Todos quedaron en silencio. Rampole escuchaba atentamente el reloj. Martin Starberth también debía estar muy atento en otra casa. De pronto, en el interior, el teléfono sonó con estridencia.

—Ya está. ¿Quieres coger el recado, muchacho? —rugió el doctor Fell, respirando más de prisa—. Tú eres más ligero que yo.

Rampole casi tropezó con los peldaños de la entrada con las prisas. El teléfono pertenecía al tipo antiguo, colgado en la pared, y la señora Fell fue quien le entregó el receptor.

—Ya ha salido —le dijo la voz de Dorothy Starberth. Se hallaba completamente tranquila—. Vigilen la carretera. Lleva un gran faro de bicicleta.

—¿Cómo está?

—Habla con voz gruesa, pero bastante sereno —añadió anhelante—. ¿Y usted, está bien?

—Sí, no se inquiete, por favor. Nos cuidaremos de él. No se halla en peligro, querida.

Hasta que hubo salido de la casa no se dio cuenta de cuál había sido la última palabra que había pronunciado ante el teléfono. Incluso en medio de su agitación se sintió aturdido. En aquel momento no le había parecido fuera de lugar.

—¿Bien, señor Rampole? —inquirió el rector desde la oscuridad.

—Ya está en camino. ¿A cuánto está el «Hall» de la prisión?

—A medio quilómetro, en la dirección de la estación. Debió pasar anoche por el lado.

Saunders hablaba con voz ausente, pero parecía más tranquilo ahora que el asunto estaba en marcha. Él y el doctor se habían situado algo más lejos de la casa. El rector se volvió hacia el joven diciéndole:

—Todo el día me he estado imaginando... bueno, cosas terribles. Cuando este asunto sé halla lejos, me río de él. Pero cuando vuelve a estar presente... Bien, el viejo Timothy Starberth...

Algo parecía estar royendo la conciencia del rector de Eton. Se secó la frente con un pañuelo.

—¿Estaba Herbert allí, señor Rampole? —añadió.

—¿Por qué Herbert? —quiso saber agudamente el doctor.

—Es que... eh... sólo que deseo que esté allí. Este joven es muy de fiar. Sólido y listo. Sin nervios. Admirable, muy inglés y muy admirable.

De nuevo se oyó retumbar el trueno a lo lejos. Una fresca brisa sopló en el jardín, y los blancos capullos bailaron. Hubo el resplandor de un relámpago, tan breve, que pareció una chispa eléctrica, como cuando se prueban los focos antes del comienzo de una comedia.

—Será mejor que vigilemos para ver si llega hasta allí sano y salvo —sugirió el doctor, con un gruñido—. Si está bebido, puede dar un traspies y caerse. ¿Dijo su hermana si estaba bebido?

—No mucho.

Anduvieron a lo largo del jardín. La prisión estaba en sombras por aquel lado, pero el doctor Fell señaló la posición aproximada de la puerta de entrada.

—Naturalmente, es una verja, pero la brecha carece de puerta —explicó.

La colina rocosa se hallaba claramente alumbrada por la luna; un sendero de vacas llegaba casi hasta la sombra de la fortaleza. Nadie habló durante lo que parecieron unos diez minutos. Rampole intentó contar los segundos mediante el canto de un grillo, y se extravió entre un laberinto de números. La brisa soplaba por entre la tela de su camisa.

—Allí está —anunció repentinamente Saunders.

Un foco luminoso se destacó en la colina. Luego, una figura, moviéndose lenta, pero constantemente, apareció en la cima con tal raro efecto que pareció surgir de la misma tierra. Trató de moverse a un ritmo seguido, con paso recto, pero la luz temblaba continuamente... como si a cada ligero ruido Martin Starberth enviase la luz en su dirección. Contemplándolo, Rampole sintió el terror que debía de estar anidando en el corazón de aquel desdichado joven. Muy pequeño a la distancia, vaciló ante la puerta. La luz permaneció inmóvil, jugueteando sobre la arcada. Después fue tragada por el interior.

Los centinelas retrocedieron y se hundieron de nuevo en las sillas.

Dentro de la casita, el reloj dio las once.

—¡Si al menos ella le ha aconsejado —el rector debía haber estado hablando hacía ya unos segundos, pero Rampole no le oyó hasta ahora— que se instale cerca de la ventana...! —extendió las manos hacia delante—. Pero, al fin y al cabo, debemos pensar, caballeros... debemos pensar... ¿qué puede sucederle? Saben ustedes tan bien como yo, caballeros, que...

¡Bong!, resonó el reloj lentamente. ¡Bong!, tres, cuatro, cinco...

—Tomemos más cerveza —propuso el doctor Fell. La untuosa, estridente voz del rector parecía haberle irritado.

Volvieron a vigilar. Un eco de pisadas en la prisión, una algarabía de ratas y lagartos ante la luz; Rampole creyó oír los ligeros murmullos. Unas líneas de Dickens volvieron a su memoria, un relámpago del pasado Newgate, en una noche tormentosa y viendo a través de una ventana enrejada al carcelero sentado junto al fuego, con su sombra en la encalada pared.

Ahora se observó un destello en la Sala del Gobernador. No tembló. El faro de bicicleta era poderoso, formando como una cinta horizontal contra la cual las rejas de la ventana cortaban verticalmente. El faro había sido colocado, evidentemente, sobre una mesa, enviando sus rayos luminosos a un rincón de la estancia sin movimiento alguno. Esto fue todo... el pequeño haz de rayos detrás de las rejas rodeadas por la hiedra, solitarios contra la mole ensombrecida de la prisión. La sombra de un hombre se recortó allí un instante y luego se desvaneció.

Aquella sombra parecía tener un cuello increíblemente largo.

Ante su sorpresa, Rampole descubrió que su corazón latía a gran velocidad. Tenía que hacer algo, tenía que concentrarse...

—Si no le importa, señor —le dijo al doctor Fell—, me gustaría subir a mi cuarto y estudiar los diarios de ambos gobernadores. Mientras tanto, puedo seguir mirando por la ventana de cuando en cuando. «Necesito» saber.

De repente le parecía sumamente importante conocer de qué manera aquellos hombres habían hallado la muerte. Hojeó las páginas, que encontró húmedas por el calor de su mano, recordando que incluso las había llevado durante el rato que había estado en el teléfono. El doctor Fell gruñó, sin oírle al parecer.

El trueno continuaba retumbando, estremeciendo los vidrios de las ventanas, mientras Rampole subía la escalera. Su cuarto estaba ahora barrido por una intensa brisa, pero seguía exudando calor. Encendiendo la lámpara, colocó la mesa junto a la ventana y arrojó encima las hojas del manuscrito. Miró en torno antes de sentarse. Los ejemplares de las canciones que habían comprado aquella tarde estaban esparcidas sobre la cama, así como la pipa.

Tuvo la vaga sensación de que si fumaba en aquella pipa de caño retorcido, ello le acercaría a Dorothy Starberth. Pero pensó que era una tontería y se maldijo tan pronto la hubo cogido. Cuando estaba a punto de volver a dejarla, un leve ruido lo sobresaltó y la pipa, resbalándole de entre las manos, cayó al suelo, rompiéndose.

Le sorprendió como si se tratara de un objeto vivo. La miró fijamente por un instante y después se apresuró a instalarse frente a la ventana. Los insectos comenzaban a agolparse contra los cristales. Al otro lado del prado se veía la leve luz del faro de bicicleta en la ventana de la prisión, y pudo oír las voces del rector y el doctor Fell murmurando abajo.

«A. Starberth, Sqr. Su Diario.

PRIVADO

(Ocho setiembre 1797. Primer Año de los Buenos Oficios de la Prisión de Chatterham, en el Condado de Lincoln. Año trigésimo séptimo del Peinado de Su Soberana Majestad Jorge III).

QUAE INFRA NOS NIHIL AD NOS.

Estas hojas mecanografiadas poseían una vívida sugestión, mucho más, pensó Rampole, que los originales amarillentos. La de éstos debía de ser una escritura pequeña, apretada. A continuación había algunas composiciones fantásticas, en el mejor estilo literario del siglo, sobre la majestad de la justicia y la nobleza de castigar a los malhechores. De repente, todo cambiaba de aspecto:

«PARA SER COLGADOS, jueves, diez, los siguientes:

»John Hepditch, como salteador de caminos.
»Lewis Martens, como falsificador de billetes de Banco de dos libras.

»Coste de la madera para erigir el cadalso, 2 chelines, 4 peniques. Limosna al párroco, 10 peniques. No lo habría hecho venir, pero está ordenado por la ley, a pesar de que esos desdichados son de baja cuna y apenas necesitan los consuelos de la religión.

»Hoy he hecho llenar el foso hasta una profundidad conveniente, 25 pies, y 18 pies en la parte más ancha, ya que es necesaria más una balsa que un foso, por estar destinado a conservar los huesos de los malhechores, ahorrándonos así los gastos de un innecesario entierro, además de resultar una precaución excelente por este lado de la cárcel. He ordenado colocar una serie de pinchos de hierro en el reborde del foso.

»Me siento vejado, ya que mi nuevo traje escarlata junto con el sombrero de encajes, que ordené hace seis semanas, todavía no ha llegado. He resuelto ofrecer una buena apariencia —escarlata como un juez, y estoy convencido de que haré una buena figura—, ante los ejecutados, y he preparado ya unas palabras para efectuar un discurso desde mi balcón. Este John Hepditch (me han dicho) tiene un gran talento para hacer discursos, aunque sea de baja cuna, y no querría que me sobrepujase.

»Me ha informado el carcelero que existe cierto descontento en los corredores subterráneos, debido a una especie de grandes ratas que se comen el pan de los encarcelados, y no se dejan asustar fácilmente; estos hombres, además, se quejan de que, debido a la oscuridad natural, no pueden divisar las ratas hasta que se hallan sobre sus brazos y se llevan la comida. *Master* Nick Threnlow me preguntó:

»—¿Qué vamos a hacer?

»A lo que le repliqué:

»—La culpa la tienen ellos por haber vivido con malas costumbres, y ahora no tienen más remedio que soportarlo.

»Y añadí que esto tal vez induciría a los malhechores a portarse mucho mejor.

»Esta noche comencé a componer una nueva balada, al estilo francés, y creo que es muy buena».

Rampole se rebulló en su asiento, y levantó la mirada con inquietud, divisando de nuevo la luz al otro lado del prado. Abajo, en el sendero, oyó como el doctor Fell exponía algunos extremos en relación con las costumbres de los bebedores en Inglaterra, a lo que el rector protestaba en cierto modo. Continuó leyendo, tragándose las páginas. No estaban completas. Se habían omitido varios años, y en otros parajes sólo había leves apuntes. Pero el horror estaba retratado por doquier, mientras el viejo Anthony seguía componiendo sus versos.

Pronto notó un cambio en el estilo del escritor. El viejo había empezado a quejarse en su diario.

«Me llaman un *cojo Herrick* (esto es de 1812), un *Dryden falso*. Pero he empezado a imaginar un plan. Cordialmente, aborrezco y maldigo a todos los que por desdicha se hallan unidos a mí por los lazos de la sangre. Hay cosas que uno puede comprar y cosas que pueden hacerse para derrotarlos. Y ahora recuerdo que las ratas son más abundantes últimamente. Vienen ya a mi habitación y puedo verlas más allá del círculo luminoso de mi lámpara».

Había desarrollado un nuevo estilo con el paso de los años, pero su furor también crecía como una manía. En el año 1814 sólo había una indicación.

«Debo ir despacio con las compras. Cada año, cada año... Ahora, las ratas parecen conocerme».

Aparte del resto, un pasaje asombró extrañamente a Rampole.

«Junio, 23. Me estoy desgastando y hallo difícil dormir. Varias veces he creído oír una llamada fuera de la puerta de hierro que da a mi balcón. Pero cuando la abro no hay nunca nadie. Mi lámpara ahuma más que nunca, y creo notar cosas en mi cama. Pero tengo mis primores a salvo. Además, aún tengo mucha fuerza en los brazos».

El viento estaba soplando con furia en la ventana, casi arrebatando las hojas de las manos de Rampole. Éste experimentó la súbita sensación de que las páginas pretendían huir de él, y el zumbido de los insectos en el exterior no contribuía a mitigar su inquietud. La llama de la lámpara se agitó visiblemente, pero continuó brillando quietamente. Un relámpago iluminó la prisión, y a continuación se oyó un nuevo y fortísimo trueno.

Todavía no había concluido el diario de Anthony, y aún le faltaba leer otro. Pero se hallaba demasiado fascinado para leer de prisa; había estado viendo al gobernador bizco a través de los años, llevando ahora su sombrero alto y su levita de talle estrecho, y el bastón de puño de oro que mencionaba con frecuencia. De repente, la placidez del diario quedó rota.

«Junio, 9. ¡Oh, Dios mío, gran dispensador de mercedes a los desvalidos, ven a mí y ayúdame! No sé por qué, pero no puedo dormir, y puedo meter los dedos por entre mis costillas. ¿Se me están comiendo mis furores?»

»Ayer colgamos a un individuo por asesinato, como ya anoté. Llevaba una levita blanca y azul al subir al cadalso. La multitud me injurió.

»Duermo ahora con dos lámparas ardiendo. Hay un soldado a la puerta de mi habitación. Pero la noche pasada, mientras estaba redactando el informe de la ejecución, oí rumores en mi habitación, a los que traté de no prestar atención. Había dispuesto ya la vela junto a la cama, y me había puesto el gorro de dormir, preparándome a leer en cama, cuando observé un movimiento por entre las ropas de aquella. Cogí mi pistola cargada de la mesa y llamé al soldado para que apartase las ropas. Cuando lo hubo hecho, a menos que yo esté loco, vi en el lecho una rata enorme, de color gris. Estaba mojada y en la cama había un gran charco de agua; la rata estaba muy gorda y parecía estar destrozando con sus afilados dientes un pedazo de tela blanca y azul.

»El soldado la mató con la culata del mosquetón, ya que el animal no estaba en condiciones de correr. Por la noche no pude dormir en cama. Hice que encendieran un buen fuego y dormité en un sillón junto a la chimenea, con ron caliente al alcance. Creo que estaba dormitando cuando oí el murmullo de muchas voces más allá de la puerta del balcón —aunque esto es imposible, ya que se halla a muchos pies del suelo—, y una voz baja que susurraba por la cerradura:

»—Señor, ¿quieres salir y hablar con nosotros?

»Y, cuando fui a mirar, me pareció que había agua que corría por debajo de la puerta».

Rampole se retrepó en la silla con la garganta contraída y las manos completamente húmedas. En aquel momento estalló la tormenta, abatiéndose la lluvia por entre los árboles como una cortina de agua. Oyó gritar al doctor Fell:

—¡Entre esas sillas! ¡Podemos seguir vigilando desde el comedor!

El rector contestó algo ininteligible.

Los ojos del joven estaban fijos en la nota trazada a lápiz al final del diario. Era la escritura del doctor Fell, y estaba firmada G. F.

«Fue hallado muerto la mañana del 10 de setiembre de 1820. La noche antes había sido tormentosa, con fuerte viento, y es improbable que los carceleros o los soldados le oyeran gritar, en caso de haberlo hecho. Lo hallaron tendido con el cuello roto sobre el reborde de piedra del foso. Dos de los pinchos de hierro le habían atravesado el cuerpo, empalándolo con la cabeza hacia el foso.

»Hubo cierta sugerencia de juego sucio. Pero no había señales visibles de lucha, y se indicó que, aun en el caso de haber sido atacado, incluso por varios atacantes, habría sabido defenderse. A

pesar de su edad, conservaba toda su fuerza en los brazos y hombros. Este es un hecho muy curioso, puesto que parece que dicha fuerza se le desarrolló después de haberse hecho cargo del mando de la prisión, acrecentándosele con el paso de los años. Más tarde, vivió exclusivamente en la cárcel, visitando muy raras veces a su familia en el “Hall”. La excéntrica conducta de su vida posterior influyó en las averiguaciones del jurado del coroner, que dictó: “Muerte por accidente, en posesión de una mente desequilibrada”.

»G. F. Casita del Tejo, 1923».

Metiendo la bolsa del tabaco sobre las hojas para impedir que volasen, Rampole volvió a retrepase. Estaba contemplando la lluvia, pero en realidad visualizando aquella escena. Automáticamente elevó los ojos hacia la ventana de la Sala del Gobernador. Y en aquel instante se puso rígido.

La luz de la Sala del Gobernador se había apagado.

Sólo había ante su mirada una cortina de agua. Se levantó espasmódicamente, sintiéndose tan débil que ni siquiera pudo empujar atrás la silla, y miró por encima del hombro hacia el reloj.

Faltaban más de diez minutos para las doce. Una horrible sensación de irrealidad lo sobrecogió, y le pareció que tenía la silla pegada a sus piernas. Entonces oyó como el doctor gritaba algo. También se habían dado cuenta. No podía hacer más que unos segundos. Ahora no podía apartar la mirada de las manecillas del reloj, u oír otra cosa que su tic tac en medio del agobiante silencio.

Al instante siguiente había asido el picaporte de la puerta, precipitándose hacia abajo, experimentando una náusea física. Apenas logró divisar al doctor Fell y al rector, con las cabezas desnudas bajo la lluvia, mirando hacia la prisión. El doctor todavía llevaba una silla bajo el brazo. Le cogió de una mano.

—¡Un momento! ¿Qué te pasa, muchacho? —le preguntó el doctor Fell—. Estás tan pálido como un fantasma. ¿Qué...?

—¡Tenemos que ir allí! ¡La luz se ha apagado! La...

Todos jadeaban ligeramente, con la lluvia azotándoles el rostro. Por un momento, Rampole no pudo ver, debido a las gotas de agua que se escurrían hacia sus ojos.

—No vayamos tan de prisa —aconsejóle Saunders—. Todo es por culpa de esta bazofia que ha estado leyendo. No se lo crea. Puede haber calculado mal el tiempo... ¡Espere! ¡No conoce el camino!

Rampole se había desasido de la mano del doctor y estaba ya corriendo por entre la maleza hacia el prado. Oyeron como exclamaba:

—¡Se lo prometí a ella!

El rector echó a correr también. A pesar de su mole, Saunders era un atleta. Juntos atravesaron el fangoso prado, y Rampole sintió como el agua empapaba sus zapatos

de tenis. Tropezó contra una valla. La saltó, subió por una ladera por en medio de alta hierba. Poco podían ver debido a la cascada de lluvia, pero inconscientemente se dio cuenta de que había derivado a la izquierda, hacia el «Rincón de la Bruja». No era por allí, no era éste el camino; pero el recuerdo del diario de Anthony se hallaba aún demasiado vivo en su memoria. Saunders gritó algo detrás suyo, pero un trueno ahogó las palabras. A la luz del relámpago siguiente vio a Saunders gesticulando, indicándole que se apartara a la derecha, hacia la entrada de la prisión, pero el joven continuó por su camino sin hacerle caso.

Jamás logró recordar cómo llegó al «Rincón de la Bruja». La maleza le había desgarrado la camisa y no podía ver nada excepto que estaba tropezando ciegamente contra los álamos y que al frente había un precipicio. Le dolía respirar y tenía que restregarse continuamente los ojos para apartar las gotas de agua. Pero sabía que «él» estaba allí. En torno al lugar resonaban horribles murmullos, chapoteos, y había una serie de cosas que se arrastraban o reptaban, y lo peor de todo, el olor.

También había cosas que le azotaban la cara. Alargando la mano hacia delante, halló un bajo muro de piedra rústica, y sintió el aguijón de una púa de hierro. Debía haber algo en aquel lugar que hacía zumbar la cabeza, acelerar la circulación de la sangre y flojear las piernas. Entonces rasgó un relámpago la oscuridad por entre los árboles... Sí, estaba mirando el foso, al nivel del pecho, oyendo el chapoteo del agua abajo.

No había nada.

No había ninguna cabeza colgando del reborde del foso, ni empalado ningún cuerpo en un pincho. En medio de las tinieblas, fue contorneando el foso, asiéndose a los pinchos, deseoso de saber. Hasta que llegó debajo del borde del acantilado y empezó a respirar más aliviado, su pie no tropezó con algo blando.

Tanteó en la oscuridad, y notó un rostro helado, unos ojos abiertos, un cabello mojado, y un cuello que parecía tan flojo como si fuese de goma, porque estaba roto. No necesitó la luz de ningún relámpago para comprender que se trataba de Martin Starberth.

Cedieron sus piernas y tuvo que apoyarse en un árbol, a quince metros debajo del balcón del gobernador, que un momento antes había estado completamente a oscuras, a pesar del resplandor del relámpago. Se estremeció, sintiéndose extraviado y dolorido, sólo con un pensamiento desolador: le había fallado a Dorothy Starberth. La lluvia se precipitaba sobre él, parecía como si el barro se endureciera entre sus manos, y el rumor de la lluvia se acrecentaba. Cuando levantó unos ojos estúpidos, vio de repente al otro lado del prado, en la casita del doctor Fell, la amarillenta luz de la lámpara de su propia habitación. En aquel momento las únicas imágenes que atravesaron por su mente fueron las hojas de música esparcidas sobre su lecho... y los fragmentos de una pipa que yacían diseminados por el suelo de su cuarto.

CAPÍTULO VI

Budge, el mayordomo, estaba efectuando su ronda acostumbrada por el «Hall» para vigilar que todas las ventanas estuviesen debidamente ajustadas antes de retirarse a descansar a su respetable lecho de soltero. El señor Budge sabía que todas las ventanas estaban bien cerradas, ya que lo habían estado cada noche durante los quince años de su cargo; y sabía que continuarían así hasta que el enorme edificio de ladrillo rojo cayese hecho pedazos, o que fuese adquirido por los americanos; destino que siempre preveía la señora Bundle, el ama de llaves, con su tremebunda voz como si estuviese contando una terrible historia de fantasmas. El señor Budge se sentía terriblemente suspicaz con las doncellas. Sabía que, cuando volvía él la espalda, todas las doncellas deseaban escurrirse fuera, abriendo las ventanas, con lo cual podían introducirse dentro los vagabundos. Su imaginación no llegaba a los ladrones.

Al atravesar la vasta galería de arriba con una lámpara en la mano, siempre se mostraba sumamente cuidadoso. No tardaría mucho en llover. No estaba preocupado por la vigilia de su joven amo en la Sala del Gobernador. Era una tradición, una conclusión ya prevista de antemano, como servir a la patria en tiempo de guerra, que se aceptaba estoicamente; como la guerra tenía sus peligros, pero nada más. El señor Budge era un hombre razonable. Sabía que existían seres tales como los malos espíritus, como sabía que había sapos y murciélagos. Pero sospechaba que hasta los aparecidos eran ahora menos abundantes en estos días degenerados en que las doncellas tenían tantas horas libres. No era como en los viejos tiempos en que había servido su padre. Su principal preocupación era procurar que hubiese un buen fuego en la biblioteca, esperando el regreso del joven amo, con una bandeja de bocadillos y una botella de whisky.

No, ahora había cosas más graves en su mente. Cuando llegó a la mitad de la galería recubierta de roble, donde estaban colgados los retratos, hizo una pausa, como de costumbre, para sostener la lámpara hacia el retrato del viejo Anthony. Un artista del siglo dieciocho lo había pintado vestido de negro, con las condecoraciones en el pecho, y sentado a una mesa, con una calavera en la mano. Budge tenía todo su pelo y una esbelta figura. Le gustaba imaginar que existía cierta semejanza entre él y el porte del primer gobernador, a pesar de la historia del mismo; y Budge siempre andaba con paso más digno cuando acababa de contemplar aquel retrato. Nadie habría supuesto su culpable secreto: que lloraba durante las partes sentimentales de las películas, a las que era muy aficionado; y que una vez había estado muchas noches desvelado temiendo que la señora Tarpon, la esposa del químico, le hubiese

visto en tal estado durante la proyección de una cinta americana titulada *Camino del Oeste*, en Lincoln.

Lo cual le recordó algo. Tras haber terminado su inspección del piso superior, bajó con suma dignidad la gran escalinata. El gas ardía convenientemente en el vestíbulo anterior, si bien en la tercera bujía de la izquierda parecía temblar un poco. No tardarían ya en tener electricidad. Otra cosa americana. El señor Martin estaba ya corrompido por los yanquis; siempre había sido un poco salvaje, aunque un auténtico caballero hasta que había empezado con aquella jerga poco menos que ininteligible, de la que sólo podía entenderse las palabras bar y bebida, seguidas de nombres de piratas... También la palabra «gin», que no era adecuada para nadie salvo para las viejas y los borrachos; así, y también llevar un revólver. Tom Collins, éste era el nombre de un pirata, y había otro llamado John Silver. Y algo respecto a un «sidecar»...

«Sidecar». Esto le sugirió la motocicleta del señor Herbert. Budge se sintió angustiado.

—¡Budge! —le llamó una voz desde la biblioteca.

La costumbre aclaró la mente de Budge al propio tiempo que su cara. Dejando cuidadosamente su lámpara sobre la mesita del vestíbulo, entró en la otra estancia con la apropiada expresión de la persona insegura de haber sido llamada.

—¿Me llamaba, señorita Dorothy? —preguntó la cara pública del señor Budge.

Aunque su mente era como una pizarra esponjosa, no pudo por menos que observar un hecho inusitado, casi asombroso. La caja fuerte de la pared estaba abierta. Conocía su posición, detrás del retrato del señor Timothy, su último amo, ya difunto; pero en los quince años que desempeñaba su cargo nunca la había visto abierta. Lo observó antes de que su mirada se dirigiese automáticamente a la chimenea, para observar si la leña ardía bien. La señorita Dorothy estaba sentada en uno de los altos sillones, con un periódico en la mano.

—Budge, ¿quiere rogarle al señor Herbert que baje?

Una vacilación.

—El señor Herbert no está en su habitación, señorita Dorothy.

—¿Quiere buscarlo, por favor?

—Creo que el señor Herbert no está en la casa —repuso Budge, como si le hubiesen planteado un difícil problema y hubiera llegado a la solución.

La joven dejó caer el periódico sobre la falda.

—¿Qué quiere decir, Budge?

—Eh... ¿no le mencionó su partida, señorita Dorothy? Gracias.

—¡No, santo cielo! ¿Dónde puede haber ido?

—He mencionado el asunto, señorita Dorothy, porque tuve ocasión de subir a su habitación después de cenar. Me pareció que estaba haciendo una maleta.

Budge volvió a vacilar. Se sentía inquieto porque la cara de la joven había adquirido una extraña expresión. Dorothy se puso de pie.

—¿Cuándo salió de la casa?

Budge consultó el reloj que había encima de la repisa de la chimenea. Las manecillas señalaban las once cuarenta y cinco.

—No estoy seguro, señorita Dorothy —replicó—. Creo que casi en seguida después de cenar. Se marchó con su motocicleta. El señor Martin me había pedido que le buscara un faro de bicicleta, que creía más conveniente para... ejem... su estancia en la prisión. Fue entonces cuando observé la marcha del señor Herbert. Salí al establo para quitar la lámpara de una de las máquinas y... eh... el señor Herbert pasó por mi lado.

(¡Era extraña la manera como se lo estaba tomando la señorita Dorothy! Naturalmente, tenía derecho a sentirse trastornada con aquella partida del señor Herbert sin avisarla, y con la caja fuerte abierta por primera vez en quince años; pero a Budge no le gustaba verla en tal estado. Se sentía lo mismo que aquella vez en que aplicó el ojo a la cerradura y vio... Budge prontamente se desembarazó de aquellas ideas que le recordaban su juventud).

—Es raro que no le haya visto —estaba diciendo ella, mirando fijamente a Budge—. Estuve sentada una hora junto al camino después de cenar.

Budge tosió.

—Iba a comunicárselo, señorita Dorothy. No se marchó por el camino. Salió por los pastos, hacia el Sendero Shooter. Me fijé en ello porque tardé algún tiempo en conseguir una lámpara apropiada para el señor Martin. Vi como el señor Herbert se dirigía hacia el sitio que acabo de mencionar.

—¿Se lo contó al señor Martin?

Budge se permitió un aspecto ligeramente ofendido.

—No, señorita Dorothy —contestó en tono de reproche—. Le entregué el faro, como usted sabe; pero no me creí en el deber de explicarle...

—Gracias, Budge. No necesita esperar al señor Martin.

Budge inclinó la cabeza, observando por el rabillo del ojo que los bocadillos y el whisky se hallaban en su debido lugar, y se retiró. Ahora ya podía dejar su compostura y volver de nuevo a ser Budge solamente. La joven ama era muy extraña. Claro que con esto no quería ser irrespetuoso. Muy envarada, con su espalda muy erguida y aquellos ojos helados. Sin sentimientos. Ni corazón. La había visto crecer... veamos, cumplió veintiuno en abril pasado... desde los seis años. Una niña sin condescendencia, ni tan segura de sí como el señor Martin, ni tan agradecida a sus atenciones como el señor Herbert, pero muy extraña...

Ahora tronaba con más frecuencia, observó, y los relámpagos iluminaban los más oscuros rincones de la casa. ¡Había obrado bien al encender el fuego! El reloj del abuelo en el vestíbulo necesitaba cuerda. Mientras estaba dándosela, continuó pensando en las rarezas de la señorita Dorothy, de niña. Revivió una escena: la mesa a la hora de la cena, con él mismo al fondo, en vida de los amos. El señorito Martin y el señorito Herbert habían estado jugando en la huerta, con otros chicos; hablando de

ello mientras cenaban, el señorito Martin había reñido a su primo por no haber querido trepar a las ramas del arce más alto, como punto de vigía. El señorito Martin era el jefe, y Herbert siempre le obedecía con humildad, pero esta vez se había negado a obedecer las órdenes.

—¡No quiero! ¡Aquellas ramas están podridas!

—Es cierto, Bert —le había dicho el ama, con su gentileza acostumbrada—. Recuerda que, incluso en la guerra hay que tener cautela.

Y entonces la pequeña Dorothy los había dejado asombrados a todos al exclamar, con tono violento:

—¡Cuando yo sea mayor, me casaré con un hombre que no tenga nada de cautela!

El ama la había reñido por sus palabras, y el amo se había limitado a sonreír con su peculiar sequedad. Era raro recordar ahora todo esto...

Estaba lloviendo. Cuando terminó de darle cuerda al reloj, éste empezó a dar la hora. Budge se sorprendió, preguntándose por qué. El reloj estaba tocando la medianoche. Bien, todo iba bien, a menos que...

No, algo iba mal. Algo se había alborotado en su cerebro automático. Aturdido, frunció el ceño, mirando el paisaje que había pintado en la parte anterior de la caja del reloj. ¡Ah, sí! Hacía sólo unos instantes había estado hablando con la señorita Dorothy, y el reloj de la biblioteca había señalado las once y cuarenta y cinco. El reloj de la biblioteca debía andar mal.

Sacó su propio reloj de oro, que no había fallado en muchos años, y lo abrió. Las doce menos diez. No, el reloj de la biblioteca marchaba bien; era el del abuelo el que se había adelantado en más de diez minutos. Bridge lanzó un gruñido, que afortunadamente no fue oído por nadie. Bien, antes de poder retirarse tendría que inspeccionar los demás relojes.

El del vestíbulo repitió las doce.

Y en aquel momento sonó el teléfono. Budge observó el rostro pálido de la señorita Dorothy en la puerta de la biblioteca, mientras él se disponía a contestar la llamada.

CAPÍTULO VII

Sir Benjamín Arnold, el comisario, estaba instalado tras la mesa del despacho del doctor Fell, con sus huesudas manos cruzadas, como un maestro. Parecía en realidad un profesor, salvo por el color tostado de su tez. Sus cabellos grises y abundantes estaban peinados hacia arriba. Sus ojos parecían muy vivaces tras sus anteojos.

—Creí que era preferible hacerme personalmente cargo de este asunto —dijo—. Se sugirió que enviasen un inspector de Lincoln. Sin embargo, yo conozco a los Starberth, y al doctor Fell en particular, por lo que creí mejor venir aquí, para supervisar a la policía de Chatterham. De esta forma evitaremos el escándalo en lo posible. Vaciló, aclarándose la garganta.

—Usted, doctor, y usted, señor Saunders, saben que jamás he tenido la ocasión de ocuparme de un caso de asesinato. Y estoy casi seguro de no encontrarme en éste a mis anchas. Si algo falla tendremos que llamar a Scotland Yard. Pero tal vez entre nosotros logremos desentrañar el misterio de este desdichado asunto.

El sol estaba ya muy alto en la clara y calurosa mañana, pero en el despacho aún había poca luz. Durante un largo silencio pudieron oír a un agente que se paseaba por el vestíbulo. Saunders asintió en forma meditativa. El doctor Fell continuó con el ceño fruncido y hosco el semblante. Rampole estaba demasiado cansado e inquieto para prestar atención.

—¿Dijo... asesinato, sir Benjamín? —inquirió el rector.

—Naturalmente, conozco la leyenda de los Starberth —asintió el comisario—, y debo confesar que poseo una teoría al respecto. Tal vez no hubiera debido hablar de «asesinato» en el sentido lato de la palabra. Un accidente puede quedar fuera de toda duda. Pero ya llegaremos a esto... Ahora usted, doctor.

Se cuadró de hombros, echando los labios hacia dentro y apretando los dedos, dejando ver sus nudillos. Se removi6 ligeramente como un conferenciante a punto de referirse a un tema de importancia.

—Ahora usted, doctor. Nos ha contado todo lo que ocurri6 hasta el momento en que la luz se apag6 en la ventana de la Sala del Gobernador. ¿Qué sucedi6 cuando fueron ustedes a investigar?

Malhumorado, el doctor Fell golpe6 el borde de la mesa con el bast6n. Se mordi6 tambi6n el bigote.

—Yo no fui. Gracias por el cumplido, pero no puedo moverme con tanta rapidez como los dem6s. ¡Humm... no! Ser6 mejor que 6stos se lo cuenten a usted.

—Bien. Creo que fue usted, se6or Rampole, quien descubri6 el cad6ver.

Aquel procedimiento casi oficial mantenía inquieto al joven. No podía hablar con naturalidad, y pensaba que podían utilizar contra él alguna triquiñuela legal. ¡La justicia!... Siempre resulta, en realidad, una cosa enervante. Se sentía culpable de algo, sin saber de qué.

—Exacto.

—Dígame, entonces: ¿por qué se le ocurrió ir directamente al foso lateral en vez de pasar por la entrada y subir a la Sala del Gobernador? ¿Tenía algún motivo para sospechar lo ocurrido?

—No... no lo sé. Todo el día lo he estado meditando. Fue algo automático. Había estado leyendo aquellos diarios... la historia de la leyenda y... —hizo un ademán de desvalimiento.

—Entiendo. ¿Qué hizo después?

—Bien, estaba tan aturdido que me senté sobre el suelo de la colina. Luego recordé donde estaba y llamé al señor Saunders.

—En cuanto a mí, sir Benjamín —dijo el rector, dándole al «sir» todo su valor —, me hallaba casi a la entrada de la prisión cuando oí la llamada del señor Rampole. Pensé que era extraño que se hubiese desviado en aquella dirección, hacia el «Rincón de la Bruja», y traté de llamarlo a mi vez. Pero no eran momentos para pensar mucho —añadió, frunciendo el ceño.

—Entiendo. Cuando tropezó usted con el cuerpo, señor Rampole ¿estaba tendido sobre el borde del foso, directamente, debajo del balcón?

—Sí.

—¿Tendido cómo? Quiero decir ¿de cara o de espaldas?

Rampole reflexionó, cerrando los ojos. Sólo podía recordar la empapada cara.

—Creo que de lado. Sí, estoy seguro.

—¿Del lado derecho o el izquierdo?

—No sé... ¡Un momento! Del derecho.

El doctor Fell se inclinó hacia delante inesperadamente, golpeando la mesa con el bastón.

—¿Está seguro? —preguntó—. ¿Está seguro, muchacho? Recuérdelo, que es muy fácil confundirse.

El otro asintió. Sí. Estaba viendo el cuello del muerto, como él se había inclinado encima y luego se había apartado. Asintió de nuevo, como para apartar de sí aquella imagen.

—El derecho —repitió—. Puedo jurarlo.

—Esto es correcto, sir Benjamín —afirmó el rector, juntando las puntas de los dedos.

—Muy bien. ¿Qué hizo a continuación, señor Rampole?

—Bien, eh señor Saunders llegó allí y no sabíamos qué hacer. Lo único que se nos ocurrió fue apartarlo del agua. Al principio, pensamos traerle aquí, pero no quisimos asustar a la señora Fell. Conque lo levantamos y lo trasladamos a una

habitación de la cárcel. Oh, sí... hallamos el faro de bicicleta que él había utilizado para alumbrarse. Intenté encenderlo, pero estaba roto.

—¿Dónde estaba el faro? ¿En su mano?

—No, a cierta distancia del cuerpo. Parecía como si lo hubieran arrojado por el balcón. Quiero decir, que estaba demasiado lejos para que lo hubiera soltado él.

El comisario tabaleó con los dedos sobre la mesa. Una espiral de arrugas ascendió por su apergaminado cuello, al ladear la cabeza para mirar fijamente a Rampole.

—Esto puede ser de la máxima importancia para el veredicto del *coroner* entre accidente, suicidio o asesinato. Según el doctor Markley, el joven Starberth tenía el cráneo fracturado, bien por la caída o por algún golpe muy fuerte dado con lo que generalmente llamamos un instrumento romo; tenía el cuello roto y había otras contusiones debidas a la caída. Pero ya volveremos sobre esto más tarde. ¿Qué más, señor Rampole?

—Estuve con él mientras el señor Saunders bajaba a comunicarle lo ocurrido al doctor Fell, y luego se iba a Chatterham en busca del doctor Markley. Esperé, encendiendo cerillas y... bueno, estuve esperando.

Se estremeció.

—Gracias. ¿Señor Saunders?

—Poco más puedo añadir, sir Benjamín —contestó el aludido, buscando los detalles en su mente—. Fui con el auto hasta Chatterham, después de quedar con el doctor Fell que llamaría al «Hall», para hablar con Budge, el mayordomo, y comunicarle lo sucedido...

—¡El muy idiota! —estalló el doctor Fell. Cuando el rector le contempló, asombrado, continuó—. Budge. No vale nada en una crisis. Repitió en voz alta lo que yo le decía por teléfono, y oí un chillido. En vez de esperar a que alguien se lo dijese con suavidad a la pobre joven, ésta tuvo que enterarse en aquel mismo instante.

—Como iba diciéndole, sir Benjamín... Naturalmente, doctor, tiene usted toda la razón, Budge fue de verdad muy inoportuno. Como iba diciendo —prosiguió el rector, con el aspecto de una persona que intenta complacer a varios a la vez—, fui en busca del doctor Markley, deteniéndome solo en la rectoría para coger un impermeable; luego regresé, llevándome al doctor Fell a la prisión con nosotros. Después de un breve examen, el doctor Markley aseguró que sólo cabía avisar a la policía. Llevamos el cadáver al «Hall» en mi coche.

Pareció a punto de añadir algo más, pero cerró los labios de repente. Se produjo un largo y profundo silencio, como si todos temiesen romper a hablar. El comisario abrió una navajita y comenzó a afilar un lápiz. El raspado de la hoja contra la punta del lápiz sonó tan extraño que el propio comisario sir Benjamín alzó la vista agudamente.

—¿Interrogaron a la gente del «Hall»? —preguntó.

—Sí —replicó el doctor Fell—. Dorothy lo soportó admirablemente. Obtuvimos un relato conciso y claro de todo lo que había sucedido durante la velada, tanto de

ella como de Budge. Los otros sirvientes no fueron molestados.

—No importa. Será mejor que yo hable con ellos. ¿Hablaron con el joven Herbert?

—Pues... no —respondió el doctor, tras una leve pausa—. Según Budge, inmediatamente después de cenar, Herbert hizo su maleta y se marchó del «Hall» en su motocicleta. No ha regresado.

Sir Benjamín dejó caer el lápiz y la navaja sobre la mesa. Estaba sentado rígidamente, mirando fijamente a los otros. Se sacó las gafas, las frotó con un pañuelo, y sus ojillos, sin aquella protección, parecieron de pronto cansados y hundidos.

—Su implicación es absurda —dijo al cabo.

—Completamente —le hizo eco el rector, mirando rectamente al frente.

—No es ninguna implicación —gruñó el doctor Fell, golpeando con el bastón en el suelo—. Usted dijo que quería hechos. Pero no los quiere en absoluto. Usted desea que yo le diga algo así: «Naturalmente, existe el pequeño detalle de que Herbert Starberth se marchó a Lincoln, al cine, llevándose al propio tiempo algunas prendas de ropa a la lavandería, y salió tan tarde del espectáculo que indudablemente decidió pasar el resto de la noche en casa de algún conocido». Estas implicaciones serían lo que usted denomina hechos. Pero yo le doy hechos concretos, y usted es quien los llama implicaciones.

—¡Por Júpiter! —tronó el rector, pensativamente—. Esto es exactamente lo que pudo haber hecho.

—De acuerdo —concedió el doctor Fell—. Y ahora le contaremos a todo el mundo que esto fue lo que hizo. Pero no lo llamaremos un hecho. Esto es lo importante.

El comisario esbozó un gesto de irritación.

—¿No dijo a nadie adónde iba?

—No, a menos que se lo indicase a alguien que no fuese su prima o el mayordomo.

—Ah, bien, hablaré con los otros. No necesito saber más... Pero ¿existiría cierta animadversión entre él y Martin?

—Si existía, la ocultaban admirablemente.

Saunders, acariciándose su barbilla, dijo:

—Tal vez haya regresado ya. No hemos estado en el «Hall» desde anoche.

El doctor Fell gruñó. Levantándose con clara repugnancia, sir Benjamín hizo una mueca de verdadero maestro, comprimiendo los labios.

—Si no les importa, caballeros, será mejor que vayamos a echar un vistazo a la Sala del Gobernador. Creo que ninguno de ustedes subió allá anoche. Bien. Entonces podremos obrar mejor sin prejuicios preconcebidos.

—Me pregunto... —comenzó a decir el doctor Fell. Pero le interrumpió una exclamación, y al salir todos del despacho vieron a la señora Fell corriendo por el

pasillo. Pudieron ver también al agente de policía con expresión angustiada, señal de que la esposa del doctor Fell había estado hablando con él. El agente sostenía en la mano un enorme puñuelo.

—Trágame esto, Withers —le ordenó el comisario— y venga con nosotros. ¿Ha apostado a un hombre en la prisión? Perfecto. Vamos.

Salieron al camino. Sir Benjamín iba en cabeza con su chaqueta Norfolk, muy ancha, y un maltratado sombrero encajado a un lado de la cabeza. Nadie habló hasta que se hallaron delante de la gran entrada de la prisión. Las portaladas de hierro que antaño habían impedido el paso a la prisión, ahora estaban mohosas y desgonzadas por completo. Rampole recordó cómo habían rechinado al llevar el cadáver de Martin Starberth al interior. Un pasadizo oscuro, helado y lleno de mosquitos, corría al frente. Entrar en la prisión, después de la claridad del exterior, era como penetrar en una verdadera cárcel.

—He estado aquí ya una o dos veces —dijo el comisario, mirando a su alrededor con curiosidad—, pero no recuerdo la disposición de las salas. ¿Quiere abrir camino, doctor?... La parte que pertenece a los aposentos del gobernador está cerrada, ¿verdad? Supongo que el joven Starberth cerró la puerta exterior de la sala cuando entró. ¿Cómo nos las arreglaremos? Debí coger las llaves de su traje.

—Si alguien le arrojó por el balcón —gruñó el doctor Fell—, puedo asegurarle que después el asesino salió a su vez de la Sala del Gobernador. Y seguro que no intentó un descenso de quince metros. Hallaremos la puerta abierta.

—Esto está miserablemente oscuro —se quejó sir Benjamín. Alargando el cuello, señaló una puerta a la derecha—. ¿Fue por allí por donde metieron anoche al pobre Martin?

Rampole asintió, y el comisario abrió levemente la puerta de roble para atisbar adentro.

—Casi no hay nada —anunció—. ¡Hum...! ¡Malditas telarañas! El suelo de piedra, una ventana enrejada, una chimenea... y nada más. No hay mucha luz —apartó unos invisibles insectos de su cara.

—Esta era la sala de espera de los carceleros y la oficina de la prisión queda más allá —explicó el doctor Fell—. Era allí donde el gobernador interrogaba a sus inquilinos y les hacía las fichas de registro antes de asignarlos a una celda.

—Todo está lleno de ratas —observó Rampole, con tanta brusquedad, que todos lo miraron.

El olor a tierra podrida del lugar parecía inundar la prisión, como la noche anterior.

—Lleno de ratas —repitió.

—Oh... indudablemente —asintió el rector—. ¿Bien, caballeros?

Avanzaron por el corredor. Los muros estaban formados de losas desiguales, y las grietas estaban llenas de musgo húmedo; un sitio muy extraño, pensó Rampole, muy

a propósito para las fiebres tifoideas. Apenas podía distinguirse nada; por lo que iban avanzando casi hombro con hombro.

—Debimos traer una linterna —gruñó sir Benjamín—. Hay una obstrucción...

Algo resonó en el suelo con un golpe sordo y todos retrocedieron involuntariamente.

—Argollas —explicó el doctor Fell, que iba en cabeza—. Para las piernas. Las hay también colgando de las paredes. Esto significa que entramos en las salas donde custodiaban a los presos. Bien, busquemos la puerta.

Era imposible, pensó Rampole, hallar el pasadizo que conducía a la Sala del Gobernador, entre tantos oscuros corredores; aunque cuando hubieron atravesado la primera de las puertas, se filtró cierta luz. En un punto dado, una ventana enrejada, hundida en un muro de metro y medio de espesor, daba a un patio. Éste había estado antaño pavimentado, pero ahora estaba cubierto por la cizaña y demás hierbajos. A un lado una serie de puertas de celdas colgaban como dientes podridos. Y en el centro de aquel desolado patio crecía un gran manzano en sazón.

—¡La sala de los condenados! —explicó el doctor Fell.

Nadie habló después. No exploraron más ni le rogaron a su guía que les contase el significado de ciertas cosas que vieron. Pero, en la sala sin ventilación que había delante de la escalinata que conducía al segundo piso, vieron la «Doncella de Hierro» a la luz de las cerillas; y también distinguieron los hornos para ciertos fuegos de carbón. Había arañas en torno a la boca de la Doncella. Y murciélagos volando por toda la sala, por toda la sala, por lo que no se detuvieron largo rato en la misma.

Rampole mantenía las manos estrechamente enlazadas; sólo pensaba en los bichos que le rozaban el rostro de cuando en cuando, y en la sensación de que algo iba reptando por su espinazo. Podían oírse los ruidos producidos por las ratas. Cuando por fin se detuvieron delante de una gran puerta, toda de hierro, en una galería del segundo piso, Rampole pensó que ya no podía más.

—¿Está... está abierta? —preguntó el rector, su voz extrañamente alta.

La puerta rechinó y se quejó siniestramente cuando el doctor Fell la empujó, ayudado por el comisario. Estaba combada y resultaba difícil moverla. El suelo estaba completamente cubierto de polvo.

Acto seguido se hallaron en el umbral de la Sala del Gobernador, mirando en torno.

—Diría que no teníamos que haber venido —musitó sir Benjamín, tras cierta pausa—. ¿Ninguno de ustedes había estado anteriormente en esta sala? ¿No? Ya me lo imaginaba... ¡Hum...! No pueden haber cambiado mucho los muebles, ¿verdad?

—La mayor parte del mobiliario pertenece aún al viejo Anthony —le informó el doctor Fell—. El resto pertenecía a su hijo Martin, que fue gobernador hasta que falleció en... en 1837. Ambos dejaron instrucciones para que no se alterase el aspecto de la cámara.

Era una sala relativamente amplia, aunque con un techo bastante bajo. Directamente enfrente de la puerta en la que estaban se hallaba una ventana. Aquel lado de la prisión estaba en sombras y la hiedra que trepaba por la ventana, en torno a las rejas, no facilitaba la visión; unos charcos de agua de lluvia se veían todavía en el suelo enlosado. A unos dos metros a la izquierda de la ventana estaba la puerta que daba al balcón. Estaba abierta, casi en ángulo recto con el muro, con restos de enredadera, rota al ser abierta la puerta. Por allí penetraba gran parte de la claridad que iluminaba la estancia.

Evidentemente, había significado un gran esfuerzo, en aquella época, darle cierta apariencia de comodidad a la sala. Los muros recubiertos de madera de castaño, ahora ya podrida, habían sido originariamente de losas mal ensambladas. En el muro, hacia la izquierda de los miradores, entre un alto guardarropa y una librería llena de descoloridos volúmenes encuadernados en piel, había una chimenea monumental con un par de candelabros en la repisa. Una butaca de alto respaldo había sido arrastrada hasta la chimenea. Allí, recordó Rampole, se había sentado el viejo Anthony, con su gorro de dormir, delante del fuego, cuando oyó la llamada a la puerta del balcón y una invitación susurrada para salir y reunirse con los muertos...

En el centro de la sala había una mesa, con una espesa capa de polvo, y una silla de madera al lado. Rampole lo miró todo fijamente. También la mesa. Sí, en medio del polvo había un espacio rectangular donde la noche antes había estado colocado el faro de la bicicleta; allí, en aquella silla de recto respaldo era donde Martin Starberth había estado sentado con el rayo de la lámpara directamente hacia...

Sí. En el centro de la pared a mano derecha, bien empotrada, se hallaba la caja de seguridad... o como quiera que se llamase. Una puerta rectangular de dos metros de altura y quince centímetros de grosor, ahora completamente enmohecida. Debajo de la manilla de hierro había una especie de cajita, con un agujero de cerradura a un extremo, y en el otro lo que parecía una rebaba de metal sobre un diminuto picaporte.

—Los informes eran correctos —dijo bruscamente el doctor Fell—. Ya me lo figuraba. De otro modo, todo habría sido demasiado sencillo.

—¿Cómo? —se sobresaltó el comisario, algo irritado.

El doctor señaló con el bastón.

—Supongamos que un ladrón quisiera robar esta caja. Con sólo una cerradura a plena vista, habría podido sacar una impresión de la misma y fabricarse una llave, aunque habría sido una llave infernal. Pero con este «ingenioso arreglo» no habría conseguido sus propósitos, a menos de volar la caja entera con dinamita.

—¿Qué arreglo?

—Una combinación de letras. Ya había oído decir que había una. No es una idea nueva. Metternich tenía una, y Talleyrand se refiere a otra, al decir: «*Me porte qu'on peut ouvrir avec un mot, comme les quarante voleurs de Scherezade*». ¿Ven el picaporte, con la plaquita de metal deslizante encima? La pieza de metal cubre un cuadrante, como en una moderna caja fuerte, pero en vez de cifras se hallan grabadas

las letras del alfabeto. Se gira el picaporte y se compone una palabra —una palabra previamente ideada—, para que pueda abrirse la puerta. Sin esta palabra, la llave no sirve de nada.

—Suponiendo que alguien quisiera abrir la caja —rezongó sir Benjamín.

De nuevo se produjo un incómodo silencio. El rector se estaba enjugando la frente con su pañuelo y contemplando la amplia cama endoselada, situada contra el muro de la derecha. Todavía tenía encima las sábanas podridas, y fragmentos de los cortinajes colgaban en el testero. Al lado había una mesita de noche, con una palmatoria. Rampole recordó las líneas del manuscrito de Anthony:

«Había ya dispuesto la vela junto a la cama, y me había puesto el gorro de dormir, preparándome a leer en cama, cuando observé un movimiento por entre las ropas de aquélla...».

El americano apartó los ojos rápidamente. Bien, otra persona había vivido y muerto en aquella sala después que Anthony. Más allá de la caja fuerte había una mesa de escribir con puertecitas de cristal. Encima pudo distinguir un busto de Minerva y una gran Biblia. Ninguno, con excepción del doctor Fell, podía desprenderse de una sensación de peligro en aquel lugar donde no tenían que moverse mucho y apenas tocar nada. El comisario sintió un escalofrío.

—Bien, ya estamos aquí —dijo—. Que me cuelguen si sé qué vamos a hacer ahora. Allí estuvo sentado el pobre muchacho. Y allá colocó la lámpara. No hay señales de lucha, nada roto...

—A propósito —le interrumpió el doctor Fell—, me pregunto si aún estará abierta la caja.

Rampole sintió un nudo en la garganta.

—Mi querido doctor... —exclamó Saunders— ¿cree que los Starberth aprobarían...?

El doctor Fell, sin hacerle caso, ya se había aproximado a la caja, golpeando el suelo con sus bastones. Volviéndose ásperamente hacia Saunders, el comisario se cuadró de espaldas.

—¡Esto es un asesinato! Tenemos que verlo todo. ¡Pero espere... aguarde un momento, doctor! —se acercó al nombrado, con su largo cuello hacia delante. Con voz más baja añadió—. ¿Cree que es prudente?

—Yo también siento curiosidad —estaba reflexionando el doctor para sí, sin hacer caso de la policía— por saber qué letras forman la combinación. ¿Quiere apartarse un momento, amigo...? ¡Aquí...! ¡Caramba! ¡Esto está aceitado!

Comenzó a levantar y bajar la corredera de metal mientras los demás estaban agrupados detrás.

Está en la letra O. Tal vez sea ésta la última letra de la palabra, y tal vez no.

Se volvió con una sonrisa que estremeció sus papadas, mirándolos a todos con sus ojillos burlones, al tiempo que asía el asa de la caja fuerte.

—¿Preparados? ¡Miren, ahora!

Torció el asa y lentamente la puerta rechinó sobre sus goznes. Uno de sus bastones cayó al suelo con fuerte estrépito.

Del interior no salió nada...

CAPÍTULO VIII

Rampole no sabía qué esperaba ver. Se sostuvo de pie a pesar del terrible codazo del doctor Gideon Fell, si bien los demás retrocedieron instintivamente. Durante un instante de silencio oyeron las ratas que correteaban por detrás del maderamen.

—¿Bien? —inquirió el rector.

—No veo nada —confesó el doctor Fell—. Aquí, muchacho... enciende una cerilla, ¿quieres?

Rampole se maldijo a sí mismo cuando rompió la cabeza de la primera cerilla. Rascó otra, pero el aire de la caja fuerte la apagó tan pronto como trató de meterla dentro. Metiéndose él mismo en el interior, probó otra. Las telarañas le rozaban la cara. Pero una débil llama brilló en el hueco de su mano.

Un cubículo de piedra, de dos metros de altura por uno de profundidad. Estanterías al fondo y lo que parecían unos libracos podridos. Esto era todo. Tuvo que esforzarse para asegurar la mano.

—Nada —dijo.

—A menos —sonrió el doctor Fell— que ya lo hayan sacado.

—Algún granuja ¿verdad? —preguntó sir Benjamín—. La verdad es que nos hemos estado arrastrando en medio de una pesadilla. Yo soy un hombre práctico, un hombre sensible. Pero les aseguro, caballeros, que este maldito lugar me ha afectado por unos instantes.

Saunders se acarició el mentón con el pañuelo. De pronto, estaba reluciente, sudoroso, y trataba de aspirar ávidamente grandes bocanadas de aire.

—Mi querido sir Benjamín —protestó—, nada de esto. Como usted dijo, somos hombres prácticos. Como humilde servidor de la Iglesia, yo debo ser una persona muy práctica en todo, particularmente en asuntos de... ejem... de esta clase. ¡Tonterías! ¡Tonterías!

Se mostraba tan complacido, al mismo tiempo, que parecía a punto de estrecharle la mano a sir Benjamín. Éste estaba con el ceño fruncido, detrás de Rampole.

—¿Algo más? —quiso saber.

El americano asintió. Estaba sosteniendo la llamita de la cerilla junto a la puerta, moviéndola de lado a lado. Allí había habido algo, ya que estaba marcado en el polvo: un rectángulo de unos cuarenta y cinco centímetros por veinticinco. Fuese lo que fuese, lo habían sacado. Pero apenas oyó al comisario que le conminaba a cerrar de nuevo la caja. La última letra de la combinación era una O. Recordó algo, altamente odioso. Una conversación sorprendida junto al seto de la carretera, entre

Herbert Starberth y Martin, borracho, cuando ambos habían subido a casa del doctor la tarde del día anterior.

—Conozco la palabra exacta —había dicho Martin—. La palabra es «cadalso»...

Levantándose y sacudiéndose el polvo de las rodillas, cerró la puerta. Algo había habido en el cofre... una caja, según todas las probabilidades, y la persona que había matado a Martin Starberth la había robado.

—Alguien cogió... —dijo de manera involuntaria.

—Sí —convino sir Benjamín—. Esto parece muy claro. No habrían trabajado tan arduamente para elaborar una combinación tan complicada para mantener cerrada la caja sin algún secreto en su interior. Pero pudo ser otra cosa. Pudo haber algo más. ¿Qué opina, doctor Fell?

El aludido estaba dando vueltas en torno a la mesa central, como si la estuviera olfateando. Hurgó en la silla con el bastón. Se inclinó, con la mata de pelo en la frente, para mirar debajo. Después, se levantó de nuevo con expresión perpleja.

—¿Eh? —musitó—. Perdón. Estaba pensando en otra cosa. ¿Qué decía...?

El comisario volvió a asumir su aspecto escolástico, sacando la barbilla y contrayendo los labios para indicar que iba a sacar a relucir un tema de importancia.

—¿No piensa que es algo más que una coincidencia que varios miembros de la familia Starberth hayan fallecido de esta manera?

El doctor Fell adoptó la expresión de un hombre al que acaban de golpear en la cabeza con un garrote, en una película cómica.

—¡Brillante! —exclamó—. ¡Muy brillante! Sí. A pesar de mi obtusa inteligencia, había ya llegado a la misma conclusión. ¿Y qué más?

Sir Benjamín no se echó a reír. Se cruzó de brazos.

—Creo, caballeros —dirigiéndose a todos en general—, que llevaremos mucho mejor esta investigación si tienen en cuenta que yo soy el comisario de policía, y que me ha costado muchísimo hacer que me encargasen...

—¡Hombre! Ya lo sé. No quise molestarlo —el doctor Fell se mordió el bigote para ocultar una sonrisa—. Fue su manera infernalmente solemne de decir lo más obvio, esto es todo. Pronto llegará a estadista, muchacho. Por favor, prosiga.

—Con su permiso —el comisario trató de recobrar su aspecto de profesor ante los alumnos, pero una sonrisa se dibujó en su expresión. Se frotó la nariz bonachonamente y continuó con menos ampulosidad—. Veamos. Todos ustedes estuvieron sentados en el sendero mirando la ventana, ¿cierto? Y hubieran observado cualquier cosa inusitada que hubiese ocurrido aquí, ¿verdad? Una pelea, unos golpes... algo. ¿Eh? Ciertamente, habrían oído un grito.

—Probablemente.

—Y no hubo ninguna pelea. Miren donde estaba sentado el joven Starberth. Sólo podía ver la puerta de esta sala; y seguramente la había cerrado por dentro, si estaba tan nervioso cómo aseguran. Incluso si un asesino se hubiese ya hallado escondido en

la estancia, no hay sitio alguno donde poder ocultarse... a menos... ¡esperen! ¡El guardarropa!

Cruzó la cámara y abrió las puertas del armario, haciendo revolotear una nube de polvo.

—No hay sitio, tampoco. Sólo polvo y vestidos apolillados... Vaya, hay una casaca del tiempo de Jorge IV... ¡Oh, arañas! —cerró la puerta de golpe y volvió a su sitio—. Nadie estuvo escondido aquí, puedo jurarlo. Y no hay otro sitio. En otras palabras, el joven Starberth no pudo ser cogido de sorpresa, sin pelea o, al menos, sin unos gritos... Bien, ¿cómo saben que el asesino no entró aquí después que el joven Starberth hubo caído por el balcón?

—¿De qué diablos está hablando?

La boca de sir Benjamín se frunció en una misteriosa sonrisa.

—Supongámoslo así. ¿Vieron ustedes al asesino arrojando el cuerpo por el balcón? ¿Vieron caer a la víctima?

—No, en realidad, no lo vimos, sir Benjamín —replicó el rector, que evidentemente pensaba que ya había estado callado demasiado tiempo. Parecía pensativo—. Pero era casi imposible que lo hubiésemos divisado. Llovía mucho, como ya sabe, y estaba muy oscuro. Además, la luz de la ventana se había extinguido. El faro estaba colocado encima de esta mesa. Observen que el zócalo de la lámpara estaba apoyado aquí, donde se ve este círculo en el polvo, lo cual significa que la luz estaba enfocada sobre la caja fuerte. Una persona situada a dos metros de distancia, al otro lado, donde se halla el balcón, habría estado en completa oscuridad.

El comisario se encogió de hombros y se golpeó la sien con un dedo.

—Lo que estoy tratando de establecer, caballeros, es eso: Puede haber habido un asesino, pero éste no tuvo forzosamente necesidad de subir, machacar la cabeza de su víctima y arrojarla luego por el balcón; quiero decir que pudo *no* haber dos personas en el balcón. ¿Qué me dicen de una trampa mortal?

—¡Ah...! —exclamó el doctor Fell, cuadrándose de hombros—. Bueno...

—Caballeros —prosiguió sir Benjamín, volviéndose hacia los otros, en un arranque de verbosidad—. Al menos, dos Starberth han hallado la muerte cayendo por este balcón, antes del joven cuya muerte nos ocupa. Supongamos, entonces, que en este balcón existe algo... un mecanismo... ¿eh?

Rampole giró su mirada hacia la puerta del balcón. Más allá de la destrozada hiedra logró divisar una balaustrada de piedra baja, muy sugestiva. Toda la estancia se le presentó, en contraste, más oscura, más siniestra.

—Sí —asintió—. Como en las novelas. Recuerdo una que leí de niño, que me causó una poderosa impresión. Era algo respecto a un sillón atornillado al suelo, en una vieja casona, y caía un objeto muy pesado del techo y mataba indefectiblemente a quien estaba sentado en el sillón mortal. Pero en la vida real no suceden estas cosas. Además, hay que hacer que alguien prepare la trampa mortal, lo cual significa tener al menos un testigo...

—No necesariamente. Puede haber habido un asesino, y éste morir hace doscientos años. —Sir Benjamín abrió mucho los ojos, para volver a entornarlos—. ¡Caramba! ¡Creo que *no lo* estoy haciendo mal del todo! Se me acaba de ocurrir: supongamos que el joven Martin abre la caja, halla el objeto... digamos un cofrecito, y en el mismo hay instrucciones para que salga al balcón... por cualquier motivo. Bien, entonces algo sucede. Él cae, el cofrecito también, yendo a parar al foso... y la lámpara cae en otra dirección, yendo a parar al sitio donde ustedes la encontraron más tarde. ¿Eh, qué tal?

Cualquier teoría entusiasta tenía el apoyo de Rampole. Volvió a recordar el manuscrito de Anthony:

«Pero he empezado a imaginar un plan. Cordialmente, aborrezco y maldigo a todos los que por desdicha se hallan unidos a mí por los lazos de la sangre... Y ahora recuerdo que las ratas son más abundantes últimamente».

Y sin embargo... no. Incluso en su exaltación, las dudas se abrían paso en su cerebro ante aquella singular hipótesis.

—Diantre, caballero —protestó—, no iré a decirnos en serio que el viejo Anthony planeó una trampa mortal para todos sus descendientes. Aunque así fuese, no habría sido muy práctico. Solamente hubiera podido matar a una sola persona. La víctima coge el cofrecito, lee el documento o lo que haya en el mismo, sale al balcón y cae. Pero al día siguiente se habría descubierto el secreto.

—O no. Supongamos que las instrucciones dijeran: «Lee este papel, devuélvelo al cofre, cierra de nuevo la caja fuerte, y haz lo que se te ha ordenado». Pero esta vez —añadió sir Benjamín, cada momento más excitado, hasta el punto de apuntar al pecho de Rampole con el índice extendido—, esta vez la víctima, por la causa que sea, coge el cofrecito y el papel, y sin devolverlos a la caja, se cae por la trampa del balcón...

—Bien; entonces, ¿qué me dice de los otros Starberth que no han fallecido así? Hubo varios entre el Martin del año 1837 y el Martin de 1930. Timothy se rompió el pescuezo en el «Rincón de la Bruja», pero esto no significa...

El comisario se afirmó las gafas sobre el puente de la nariz, con cierta benignidad. Era un profesor haciendo un discurso para su alumno predilecto.

—Mi querido Rampole, seguramente sería esperar demasiado de un mecanismo, que debe de ser bastante simple, que hubiese matado a todos los descendientes, ¿verdad? No, no. Naturalmente, no siempre sirvió, por una causa u otra. Anthony pudo morir al probarla... Claro está, si lo prefiere, puede aceptar la primera de las teorías apuntadas. Confieso que, por el momento, lo había olvidado. Me refiero al asesino que deseaba robar algo de la caja fuerte. Preparó la trampa mortal del balcón, utilizando el mecanismo del viejo Anthony para sus propios fines. Esperó hasta que el joven Martin hubo abierto la caja. Entonces, por algún medio ignorado, atrajo a Martin al balcón, donde el mecanismo obra su efecto fatal. Se rompe el faro de bicicleta a caer abajo. El asesino (que no ha tenido que tocar a su víctima para nada)

se marcha con el botín. En esto, pues, hay dos teorías, ambas girando en torno a un mecanismo mortal creado en tiempos pretéritos por Anthony Starberth.

—¡Eh! —gritó una poderosa voz.

Por aquel entonces, los dos personajes que habían estado discutiendo las teorías expuestas por el comisario habían estado tan absortos en sus propias argumentaciones, que se habían olvidado por completo de los otros dos. La violenta exclamación del doctor Fell los hizo sobresaltarse. Aquélla fue seguida por pesados bastonazos dados en el suelo. Rampole se volvió, viendo la enorme mole del doctor ocupando la silla situada al lado de la mesa; les estaba contemplando, agitando el bastón en el aire.

—Ustedes dos poseen las dos mentes más lógicas que he conocido en toda mi vida. No intentan solucionar nada. Están simplemente discutiendo con respecto a cuál de los dos puede forjar el mejor de los cuentos. Pues bien —aquí dejó oír un estrepitoso ruido lanzado por su nariz, como un grito de batalla. Luego continuó, más tranquilizado—: a mí me encantan esta clase de cuentos. He estado mejorando mi imaginación con cierta variedad de la serie de «La mano sangrienta» durante los últimos cuarenta años. Por lo tanto, conozco todo lo referente a las convencionales trampas de la muerte: la escalera que te hace caer en la oscuridad, el lecho con el dosel que desciende sobre la víctima, el mueble con la aguja envenenada, el reloj que dispara balas o cuchillos, el revólver dentro de la caja fuerte, un objeto pesado en el techo, la cama que despide el aroma mortal cuando la calienta el calor del cuerpo del durmiente, y toda la bazofia por el estilo... probable o improbable. Y confieso —añadió el doctor Fell— que cuanto más improbables son, más me encantan. Poseo, sencillamente, una mente melodramática, caballeros, y por esto me gustaría mucho poder creerlos. ¿Han visto, acaso, *Sweeney Todd, el barbero demoniaco de la calle de la Flota*? Pues debieran verla. Fue una de las primeras comedias de «intriga», muy conocida y popular a principios del siglo pasado. Todo gira en torno a un diabólico sillón de barbero que envía a los clientes al sótano, a fin de que el barbero les pueda cortar el pescuezo a su placer. *Pero...*

—¡Un instante! —gritó, irritado, sir Benjamín—. ¿Significa toda esta garrulería que usted piensa que mi teoría es demasiado..., ejem..., elaborada?

—El romance gótico en particular —continuó el doctor Fell— está lleno de... ¿eh? —se interrumpió, levantando la mirada—. ¿Elaborada? ¡No, así Dios bendiga mi alma! Algunas de las trampas mortales más elaboradas fueron reales, como el barco de Nerón, o los guantes envenenados que mataron a Carlos VII. No, no... No me importa que su teoría sea improbable. Lo interesante es que ustedes no poseen ninguna base para pensar que lo sea. En esto se hallan ustedes retrasados con respecto a los relatos detectivescos. Éstos pueden llegar a conclusiones improbables, pero siempre tienen la fortaleza de la verdad de la evidencia improbable que está a plena vista. ¿Cómo saben, por ejemplo, que había un cofrecito dentro de la caja fuerte?

—Bueno, no lo sabemos, naturalmente, pero...

—Exactamente. Y tan pronto como se han imaginado la cajita, o el cofrecito, le han puesto un papel dentro. Después, han cogido ese papel y lo han atiborrado de instrucciones. El joven Starberth sale al balcón; la cajita se torna inconveniente, de modo que ustedes hacen que él caiga con ella. ¡Espléndido! Ahora, no sólo han creado el cofrecito y el papel, sino que los han hecho desaparecer, y el caso está completo. Como diría nuestro joven amigo americano: ¡Cáscaras!

—Bien, entonces —replicó el comisario, contrariado—, si gusta, puede examinar el balcón. Yo no, por supuesto.

El doctor Fell se puso de pie.

—Oh, claro que voy a examinarlo. No digo que no haya ninguna trampa mortal. En esto, ustedes pueden estar en lo cierto —miraba al frente, muy intensa la mirada y colorado el semblante—. Pero debo recordarles que sólo hay una cosa de la que estemos absolutamente seguros: que Starberth estaba tendido bajo este balcón, con el cuello roto. Nada más.

—Celebro que al menos encuentre alguna cualidad en mi teoría. Yo he adelantado dos posibilidades fundamentales en una trampa mortal, posibilidades bastante buenas y...

—Son fantásticas —le cortó el doctor Fell. Estaba contemplando la puerta del balcón y parecía preocupado.

—Gracias.

—Oh, está bien —murmuró el doctor, débilmente—. Si quiere, se lo demostraré. Las dos teorías se basan en que el joven Starberth fue atraído al balcón, bien *a*) mediante instrucciones halladas en el cofrecito o en la caja fuerte, simplemente, y *b*) por la estratagema de alguna persona que deseaba robar la caja, y después hizo salir al balcón a su víctima a fin de terminar su villana acción. ¿Eh?

—Muy bien.

—Ahora, póngase usted en el lugar de Starberth. Usted está sentado a la mesa, con el faro de bicicleta al lado. Se halla muy nervioso... o muy sereno, como más le agrade. ¿Capta la escena?

—Perfectamente, gracias.

—Con el propósito que sea, usted se levanta y va hacia la puerta del balcón, que no ha sido abierta en muchos años; no sólo trata de abrir dicha puerta, firmemente encajada, sino que trata de salir a un balcón que está más negro que un pozo... ¿Qué hará usted?

—Bueno, coger la lámpara y...

—Precisamente. Esto es. Esta es toda la historia. Usted sostiene la lámpara mientras abre la puerta y proyecta la luz por el balcón, a fin de alumbrarlo, antes de poner un pie fuera... Bien, pues esto es precisamente lo que la víctima no hizo. Si por la abertura de esta puerta se hubiera asomado el menor resquicio de luz, nosotros lo habríamos observado desde mi jardín. Pero no fue así.

Hubo un largo silencio. Sir Benjamín se ladeó más el sombrero y lanzó un gruñido.

—¡Por Júpiter! Esto suena razonable. Sin embargo... ¡Oh, no, hay algo que no anda! No entiendo cómo un asesino pudo entrar en esta estancia sin que, al menos, Martin profiriera un agudo grito...

—Tampoco lo entiendo —le animó el doctor Fell—. Yo... —se interrumpió, y una expresión sobresaltada se dibujó en su semblante al fijarse en la puerta de hierro del balcón—. ¡Oh, Mercurio y Baco juntos! ¡Oh, por mi viejo sombrero!

Se precipitó a la puerta. Primero se arrodilló y examinó el polvoriento suelo, donde habían ido a parar ínfimos fragmentos de piedra al ser abierta la puerta. Pasó la mano por los mismos. Luego, incorporándose, examinó la superficie exterior de la puerta; después la cerró parcialmente y estudió el agujero de la cerradura.

—Abrió con una llave, indudablemente —murmuró—. Hay un rasguño en el orín, donde la llave arañó...

—Entonces —le interrumpió el comisario—, al fin y al cabo, Martin Starberth abrió esta puerta...

—No, no, no lo creo así. Esto lo hizo el asesino —el doctor Fell añadió algo más, pero resultó inaudible porque ya había salido al balcón, casi saltando por entre la espesa hiedra.

Los demás se quedaron contemplándolo con inquietud. Rampole estaba más asustado ante la vista de aquel balcón que lo había estado ante la caja fuerte. Pero también avanzó, con sir Benjamín a su lado. El rector, según vio el joven al mirar por encima del hombro, estaba examinando intensamente los títulos de los libros encuadernados en piel de becerro de los estantes situados a la derecha de la chimenea monumental. Parecía reacio a apartarse de allí, aunque sus pies parecían querer moverse en dirección al balcón.

Apartando la hiedra, Rampole salió al exterior. El balcón no era ancho; apenas más que un reborde de piedra ante la base de la puerta, con una balaustrada de piedra construida a la altura de una cintura humana. Apenas quedaba sitio para los tres, cuando él y sir Benjamín se colocaron uno a cada lado del doctor.

Nadie habló. El sol todavía no brillaba sobre la prisión, y los muros, la colina y el «Rincón de la Bruja», algo más abajo, estaban todavía en sombras. Unos seis metros más abajo, Rampole pudo divisar el borde del acantilado lleno de barro y cizaña, y el triángulo de bloques de piedra que antaño había sostenido el cadalso. A través de la pequeña puerta del lado de la prisión sacaban a los condenados, desde la antecámara de la muerte, donde el herrero les quitaba los grillos antes del último salto. Era desde el balcón, de donde Anthony lo había contemplado muchas veces «con su nuevo vestido escarlata y el sombrero con encajes». Inclinandose, Rampole distinguió el foso que discurría entre los álamos. Pensó que podría divisar la tonalidad verdosa del agua, pero estaba demasiado en sombras.

No había más que aquel foso, coronado de pinchos de hierro, a unos quince metros más abajo del balcón. Más allá, los prados del norte estaban iluminados por la luz del sol, salpicados de blancas florecitas. Podían divisarse las tierras bajas, cortadas por setos, como un tablero cuadriculado; la blanca carretera, el riachuelo espejeante, las casitas blancas entre los árboles y el campanario de la iglesia. Paz. Los prados no estaban ahora poblados de caras que contemplaban las ejecuciones. Rampole vio un camión que jadeaba por la carretera.

—Parece bastante sólido —oyó el joven que estaba diciendo sir Benjamín— y nosotros pesamos bastante. Aunque no me gustaría estar mucho rato aquí. ¡Eh! ¿Qué hace usted?

El doctor Fell, arrancando la hiedra de encima de la balaustrada, dijo:

—Siempre he deseado examinar esto, pero no pensé llegar a tener la oportunidad. ¡Hum...! ¿Cederá toda la hiedra o no? —añadió como para sí. Se oyó el ruido producido por la hierba al quedar arrancada de cuajo.

—Yo procuraría tener más cuidado en su lugar. Aunque...

—¡Ah! —exclamó el doctor, falto de aliento—. *Drinc heil!*, como dice el antiguo brindis sajón. ¡Barro en los ojos! Nunca soñé con poder hallarlo, pero aquí está. ¡Je! ¡Je, je, je! —se volvió con resplandeciente semblante—. Miren esto, en el borde exterior de la balaustrada. Hay un sitio desgastado donde puedo encajar mi pulgar. Y otro, no tan desgastado, en el lado que mira hacia nosotros.

—¿Y qué? —preguntó sir Benjamín, con impaciencia.

—Una investigación de anticuario. Debemos celebrarlo. Vamos, caballeros. No creo que haya nada más aquí fuera.

Sir Benjamín lo contempló con suspicacia cuando volvieron a hallarse dentro de la Sala del Gobernador.

—Si usted vio algo, que me aspen. ¿Qué tiene que ver todo esto con el asesinato?

—¡Tal vez nada, hombre! Pero sí indirectamente —explicó sibilinamente el doctor Fell—. Naturalmente, si no fuese por esos dos sitios desgastados de la balaustrada... Sin embargo, aún no lo sé —se frotó las manos—. ¿Recuerdan cuál era el lema del viejo Anthony? Lo había hecho estampar en sus libros, en sus anillos y sabe Dios dónde más. ¿Lo han visto alguna vez?

—Entonces —el comisario entornó los ojos—, volvemos de nuevo a Anthony, ¿eh? No. No he visto nunca su lema. Pero a menos que tenga usted algo mejor que sugerir, será mejor que salgamos de aquí y vayamos a visitar el «Hall». Pero diga, ¿a qué se refiere al hablar del lema?

El doctor Fell paseó su mirada por la habitación en penumbra.

—El lema era: *Omnia mea mecum porto*. Todo lo que tengo lo llevo, conmigo. ¿Eh? Mediten en ello. Y ahora, ¿qué les parece una botellita de cerveza?

CAPÍTULO IX

Un camino de grava, tortuoso. Palomas grises que anadeaban suspicazmente bajo los olmos. Jardines bien cuidados, y las sombras de los pájaros proyectadas por el sol. La casa alta y alargada de ladrillos rojos, con la fachada blanca y una cúpula del mismo color coronada por una veleta, envejeciendo graciosamente desde los días en que la reina era Ana. Avispas que zumbaban, y en el aire flotando el aroma de la paja.

Rampole no lo había visto así la noche anterior. Cuando el «Ford» del rector le había llevado allí estaba lloviendo, y él y Saunders habían transportado el ligero y rígido cuerpo hasta lo alto de los peldaños. Ante él se había abierto el vestíbulo, como si de repente se hubiera encontrado en un bien iluminado escenario, con su carga, delante de un millar de personas. Ahora, al volver a recorrer el trayecto con sus compañeros, se sentía emocionado ante la idea de volver a verla. Así había sido: sobre un escenario, sin arrugas, ofuscado, fútil, sin ropas, tal como a veces se ve uno en sueños. Entonces ella no había estado en el vestíbulo. Únicamente el mayordomo, ¿cuál era su nombre?, ligeramente encorvado, enlazadas las manos. Había preparado una litera en el estudio.

La joven salió de la biblioteca. Sus ojos enrojecidos demostraban que había llorado abundantemente, en un horrible paroxismo de desesperación; pero al salir se mostró serena, muy pálida, y estrujando un pañuelo. Él no había dicho nada. ¿Qué diablos hubiera podido decir? Una palabra, un movimiento, todo hubiese resultado tosco, torpe. No sabía por qué, pero así habría sido. Se había limitado a permanecer clavado junto a la puerta, con sus ropas empapadas, y se marchó tan pronto le fue posible. Recordaba cómo había sido su partida. Un momento antes había dejado de llover, y el reloj del abuelo estaba tocando. A pesar de su ofuscamiento, recordó una cosa: la lluvia había cesado a la una en punto. La lluvia había cesado a la una en punto. Tenía que recordar esto. ¿Por qué?

No podía sentirse apenado por la muerte de Martin Starberth. No le había gustado Martin Starberth. Pero había algo más. La expresión dolorida de la cara de Dorothy cuando se acercó al muerto; la forma como había estrujado el pañuelo, una contracción de su cara, como si el pesar hubiese sido demasiado profundo para demostrarlo. El immaculado Martin parecía tan miserable y tan manchado en la muerte... Llevaba unos pantalones de franela y una chaqueta de cheviot medio rota... ¿Cómo se sentiría ahora Dorothy? Divisó los postigos cerrados y el crespón en la puerta, y parpadeó.

Budge les abrió la puerta, pareciendo aliviado cuando vio al comisario.

—Sí, caballeros. ¿Debo avisar a la señorita Dorothy?

Sir Benjamín sobresacó su labio inferior. Estaba inquieto.

—No, no por el momento. ¿Dónde está?

—Arriba, caballeros.

—¿Y el señor Starberth?

—También. Los enterradores están aquí.

—¿Hay alguien más?

—Creo que el señor Payne vendrá ahora, señor. He de llamar al doctor Markley; me dijo que deseaba verlo a usted, señor, tan pronto como hubiese terminado su ronda matinal.

—Ah, sí, entiendo. A propósito, Budge... los enterradores. Necesito ver las ropas que el señor Starberth llevaba la noche pasada, y el contenido de sus bolsillos.

Budge inclinó su voluminosa cabeza hacia el doctor Fell.

—Sí, señor. El doctor Fell mencionó anoche esta posibilidad. Me tomé la libertad de conservarlo todo sin sacar nada de los bolsillos.

—Bien hecho. Llévelo todo a la biblioteca... Y... oiga usted, Budge...

—¿Sí, señor?

—Si ve a la señorita Starberth —tartamudeó el comisario—, envíele mis más profundos..., ¡ejem! Sí —vaciló, enrojeciendo ante lo que evidentemente consideraba decepción por parte de sus amigos—. Y me gustaría ver al señor Herbert Starberth lo antes posible.

—Oh... ah... El señor Herbert todavía no ha regresado.

—Oh... entiendo. Bien, traiga esas ropas.

Pasaron todos a la ensombrecida biblioteca. Son las mujeres las que se muestran más eficientes en una casa donde reina la muerte, donde la emoción y el sentimiento se hallan en sus formas más álgidas; los hombres, como aquellos cuatro, se muestran más callados y desvalidos. Saunders era el único que ostentaba cierta tranquilidad; había vuelto a reemprender sus untuosos modales, y parecía estar tan sereno *como* si leyese su libro de rezos.

—Si me perdonan, caballeros —dijo—, creo que sería mejor ver si la señorita Starberth quiere recibirme. Es un momento de prueba, la verdad, un momento de prueba muy duro para ella, y tal vez yo podría consolarla y...

—De acuerdo —concedió el comisario con un gruñido. Cuando hubo desaparecido el rector, comenzó a pasearse arriba y abajo—. Claro que son unos momentos de prueba. ¿Pero por qué demonios lo ha tenido que decir? No me gusta esto.

Rampole estaba completamente de acuerdo con él. Penetraron en la vasta y antigua habitación, y sir Benjamín abrió algunos postigos. El reloj del vestíbulo dejó oír sus argentinas campanadas, que resonaron como si tocasen bajo la bóveda de una catedral. En la biblioteca todo parecía viejo, sólido y convencional; había un globo terráqueo que nunca hacía girar nadie, hileras y más hileras de libros de grandes autores que nadie leía nunca, y encima de la repisa de la chimenea había un enorme

pez espada disecado que (ello era seguro) nadie había pescado. En una de las ventanas había colgada una bola de cristal, como amuleto contra las brujas.

Budge regresó, con una cesta de lavandería.

—Todo está aquí, señor —anunció—, con excepción de la ropa interior. No ha sido sacado nada de los bolsillos.

—Gracias. Quédese, Budge. Necesito formularle ciertas preguntas.

El doctor Fell y Rampole se acercaron cuando sir Benjamín depositó la cesta sobre la mesa del centro y procedió a sacar las prendas. Una chaqueta gris, llena de barro seco, con la tela arrugada y rota, y con varios botones perdidos.

—Bien, bien —gruñó el comisario, hurgando en los bolsillos—. Un paquete de cigarrillos... Ah, de buena marca. Lleno de cigarrillos americanos. Sí, «Lucky Strike». Una cajita de cerillas... Un frasco de bolsillo, de coñac, lleno sólo en un tercio... Bien, aquí nada más.

Volvió a rebuscar.

—La camisa, vieja, sin nada en el bolsillo. Los calcetines. Ah, los pantalones, también muy remendados. Claro, sabía que no podía ir muy elegantemente vestido en aquella mugrienta prisión. Aquí está la cartera, en el bolsillo de atrás. —Sir Benjamín hizo una pausa—. Supongo que será mejor examinarla. ¡Hum...! Un billete de diez chelines, dos de una libra y otro de cinco. Cartas. Todas dirigidas a él, a América, con estampillado americano. «Martin Starberth, 40 Oeste calle 24, N. Y.». ¿No es posible que alguien que lo odiase le siguiera desde América...?

—Lo dudo —replicó el doctor Fell—. Pero puede ponerlas aparte.

—Una agenda llena de cifras. «A & S», 25; «Buenos Rousterers», 10; «Caravanas estrepitosas», 3; «Edipo se eleva»; «Faldas deportivas», 25; «Buenos...». ¿Qué es esto?

—Seguramente pedidos —contestó Rampole—. Me contó que trabajaba en asuntos públicos. ¿Algo más?

—Unas cuantas tarjetas. «El Club de la Libertad, 65, Calle 51, Oeste». Todas son de clubs, hay varias docenas. «Valhalla Cordial. Entregamos. 342, Bleecker...».

—Está bien, entiendo —le cortó Rampole.

—No hay nada más en la cartera, ni hay más ropa. ¡Esperen, por Júpiter! Aquí está su reloj. Y aún está en marcha. Su cuerpo quedó destrozado casi por la fuerza de la caída, y, sin embargo, su reloj...

—Déjeme verlo —intervino el doctor Fell, de repente. Le dio varias vueltas al reloj de oro, cuyo tictac se oía perfectamente en la callada habitación—. En las novelas —añadió—, el reloj del muerto siempre queda convenientemente destrozado, a fin de que los detectives puedan establecer, equivocadamente, la hora del crimen, ya que el asesino ha hecho correr las manecillas para despistar. En la realidad, esto constituye una excepción.

—Entiendo —repitió por enésima vez el comisario—. Pero, ¿por qué le interesa tanto esto? En este caso, la hora de la muerte no tiene importancia...

—¡Oh, claro que sí! —replicó el doctor Fell—. Más importancia de la que cree. Bien, en este momento, este reloj marca las diez y cinco minutos con veinte segundos —contempló el reloj de la repisa de la chimenea—. Aquel otro reloj también señala las diez, cinco minutos y veinte segundos. Budge, ¿sabe si aquel reloj va bien?

Budge inclinó la cabeza.

—Sí, señor. Del todo. Puedo responder positivamente a este respecto, señor.

El doctor vaciló, estudiando agudamente al mayordomo, y dejó el reloj que sostenía sobre la mesa.

—Parecía muy seguro. ¿Por qué?

—Porque anoche ocurrió algo fuera de lo normal, señor. El reloj del abuelo del vestíbulo adelantaba diez minutos. Yo... bien, lo noté al compararlo con este reloj de la chimenea. Entonces di una ronda para comprobar los demás relojes de la casa. Generalmente, los ponemos todos de acuerdo con el reloj del abuelo, señor. Y me extrañó...

—¿De veras? —el doctor Fell se mostraba muy afable—. ¿Inspeccionó todos los demás?

—Sí, señor —contestó Budge, ligeramente sorprendido.

—Y bien, ¿iban todos de acuerdo?

—Pues, si puedo decirlo, señor, ésta es la parte más curiosa del asunto. Todos iban bien. Todos, excepto el del abuelo. No puedo figurarme cómo pudo ser esto. Alguien debió enredar en los relojes... o en el del abuelo. Con todo lo que ocurrió, no tuve oportunidad de preguntar...

—¿Qué pasa? —intervino el comisario—. Según lo que usted me dijo, el joven Starberth llegó a la Sala del Gobernador a las once en punto. ¿Entonces qué pasa con este enredo de los relojes? Su reloj anda bien... todos andan bien...

—Sí —asintió el doctor Fell—, sí. Esto es lo que trastorna todo. Sólo otra pregunta, Budge. ¿Hay un reloj en la habitación del señor Martin?

—Sí, señor. Uno de pared, muy grande.

El doctor Fell asintió varias veces, consigo mismo. Después se dirigió a una butaca y se acomodó en ella, lanzando un suspiro.

—Bien, disculpen, amigos. Tal vez hago siempre una serie de preguntas tontas, y probablemente se las haré también a otros testigos. Pero, Budge, cuando sir Benjamín haya terminado de hablar con usted, me gustaría que procurase hallar a la persona que estuvo hurgando en el reloj del vestíbulo. Es muy importante.

El comisario estaba tabaleando sobre la mesa, con impaciencia.

—¿Está seguro de que ya ha terminado? Si no...

—Bien, podría señalar —repuso el doctor, levantando uno de sus bastones— que el asesino quitó algo de estas ropas. ¿Qué? Pues las llaves, hombre. ¡Todas las llaves que tenía el difunto! Usted no las ha encontrado, ¿verdad?

Sir Benjamín se quedó silencioso, asintiendo consigo mismo; después hizo un gesto vago y se volvió con resolución hacia Budge. Como el interrogatorio iba a

referirse por entero a lo ocurrido la noche anterior, según versión del mayordomo, y Rampole ya lo había oído, no deseaba volver a tener que soportarlo. Además, quería ver a Dorothy Starberth. El rector estaría ahora con ella, demostrando sus aptitudes como piadoso consolador, con la idea de que el consuelo se halla en la cantidad. Podía imaginarse a Saunders diciendo una serie de tópicos convencionales, al estilo de las mujerucas.

—¡Qué pena! ¡Qué lástima! ¡Qué le vamos a hacer... resignación!

¿Por qué no podían callar las personas en presencia de la muerte? ¿Por qué tantos inútiles comentarios? Lo que le disgustaba principalmente al joven americano era la idea de que Saunders estuviera consolando piadosamente a la joven. También era un fastidio la serena y profesional actitud de Budge. Y las frases medidas del mismo. Fuese como fuese, y aunque resultase una descortesía, no podía quedarse en la biblioteca. Procuraría aproximarse a la joven. Se deslizó fuera del cuarto.

¿Pero adonde debía ir? Obviamente, no arriba; esto habría sido excesivo. Tampoco podía merodear por el vestíbulo, como si estuviese buscando el contador del gas o algo por el estilo. ¿Tenían contadores del gas en Inglaterra? ¡Al diablo! Encaminándose hacia el fondo del vestíbulo en sombras, observó una puerta parcialmente abierta cerca de la escalinata. Una figura se hallaba en la abertura. Dorothy le estaba llamando.

Se reunió con ella a la sombra de la escalinata, asiéndole fuertemente las manos, y la sintió temblar. Al principio, temía contemplar su cara, porque le asustaba exclamar:

—¡Le he fallado, cuando más seguro de mí debía estar! —y esto no debía decirlo.

Claro que también podía decir entre las sombras:

—¡Te adoro! —debajo del gran reloj con su potente tic tac. El pensar en lo que podía decir le mantenía en vilo.

Pero no hubo palabras, y sí sólo el tic tac murmurado del gran reloj en la tranquila catedral del vestíbulo, y algo cantó dentro de él, gritando:

«¡Gran Dios! ¿Por qué debe de haber tantas tonterías respecto a la gloria de la fuerza y a la confianza en sí mismo, en casos semejantes? A mí me gustaría estrechar y proteger su débil cuerpo; y el susurro suyo sería para mí como un grito de guerra; y contra mi escudo ni siquiera las iras del infierno prevalecerían».

Pero Rampole sabía que el dolor de la sangre debía ser muy vivo ahora. Sólo pensaba tonterías; cosas de las que provocan la carcajada. Por fin, sólo acertó a murmurar:

—Sé que...

Susurró en voz muy baja, mientras le acariciaba la mano. Al instante siguiente, ambos estaban dentro de la estancia, en un pequeño despacho con las persianas corridas.

—Le oí llegar —dijo ella en voz baja—, y oí cómo el señor Saunders subía por la escalera, y no tuve ganas de hablar con él, por lo que permití que la señora Bundle lo

atendiese. Le contará muchas cosas. Yo, mientras tanto, bajé por la escalera trasera.

Se sentó la joven en un antiguo sofá, con la barbilla apoyada en una mano, los ojos enrojecidos y perdida la mirada. Un silencio. La cerrada y oscurecida habitación estaba muy calurosa. Cuando ella volvió a hablar, con un leve movimiento espasmódico, él la tocó por el hombro.

—Si prefiere no hablar...

—Tengo que hablar. Creo que han pasado días desde que dormí por última vez. Y dentro de un momento tendré que volver a repetir toda la historia con ellos.

Él apretó los dedos. Ella alzó la cabeza.

—No tiene por qué afligirse tanto —fue ella quien habló—. En realidad... nunca... quise mucho a Martin. Por lo tanto, su muerte no me ha causado tanto pesar como si... Nunca estuvo muy unido a nosotros, ¿entiende? Podría haberlo sentido más.

—Bien, entonces...

—¡Uno de los dos es malo! —ahora ella levantó la voz—. ¡Uno de los dos! No podemos impedirlo. Estamos obsesionados. Estamos malditos. Lo llevamos en la sangre. Es una retribución. No lo creí jamás. No quiero creerlo, pero...

—Calma. No se excite.

—O bien... lo somos ambos. ¿Cómo sabemos lo que hay en la sangre de una persona? ¿En la de usted, en la mía, en la de cualquiera? Puede haber sangre de asesino en las venas de cualquiera. ¿Está cerrada la puerta?

—Sí.

—Cualquiera de nosotros. Yo... —su voz se tomó incierta, y juntó las manos como si no estuviera segura de su posición—. Yo podría matarlo a usted. Podría coger el revólver del cajón de esta mesa, porque no podría reprimirme, y de repente... —se estremeció—. Si todas esas personas no estuvieron condenadas al suicidio, o bien siendo arrojadas por el balcón, por el destino... por los fantasmas, no sé... entonces, alguien estaba condenado a matarlas... alguien de la familia...

—¡Cállese! ¡Cállese! Escúcheme...

Ella asintió suavemente, rozó los párpados con las puntas de sus dedos y levantó la mirada.

—¿Piensa que Herbert mató a Martin?

—¡No! No, claro que no. Ni tampoco fueron los fantasmas. Bien, usted sabe que su primo no mató a Martin. Lo admiraba. Herbert es un muchacho muy de fiar...

—Hablaba consigo mismo —dijo ella, débilmente—. Lo recuerdo ahora: hablaba consigo mismo. A quien temo es a la gente plácida. Son éstos quienes se toman locos, si además poseen una tara en la sangre... Tenía unas manos muy grandes. Tampoco poseía un pelo dominable. Estaba construido delicadamente, como Martin, pero tenía las manos demasiado grandes. Quería parecerse a Martin. ¿Odiaría a mi hermano?

Una pausa, mientras se asió con las manos a los bordes del sofá.

—Y siempre estaba tratando de inventar algo que jamás servía para nada. Una nueva batidora. Creía ser un inventor. Martin se burlaba de él.

La estancia se había poblado de personalidades. Rampole vio a dos figuras de pie en el centro de la carretera, al atardecer, muy similares en el aspecto; pero muy distintos en su vitalidad, Martin, borracho, con un cigarrillo colgándole de los labios. Herbert, de facciones lisas, sereno, con un sombrero muy ridículo, y mal encajado sobre su cráneo. Intuía que si Herbert fumaba un cigarrillo, éste se mantendría firmemente sujeto en el centro de sus labios, y el joven lo fumaría de manera torpe.

—Alguien abrió la caja fuerte de la biblioteca anoche —prosiguió Dorothy Starberth—. Esto no se lo dije al doctor Fell. No le dije otras muchas cosas importantes. No le dije que, en la cena, Herbert estaba más embriagado que Martin. Fue Herbert quien abrió la caja...

—Pero...

—Martin no conocía la combinación. Estuvo fuera dos años, y no tuvo ocasión de llegar a saberla. Los únicos que la conocíamos éramos yo misma, el señor Payne... y Herbert. Anoche yo la vi abierta.

—¿Faltaba algo?

—No creo. Nunca hubo nada de valor ahí dentro. Cuando papá instaló aquí su despachito, dejó de utilizarla. Estoy segura de que nadie la ha abierto en muchos años, ni papá ni los demás. Sólo estaba atestada de papeles y documentos. No creo que faltase nada, al menos que yo recuerde. No... pero yo sí hallé una cosa.

Rampole se preguntó si estaría histérica. La joven se levantó del sofá, abrió un cajón de la mesa con una llavecita que llevaba colgada del cuello y sacó una hoja de papel, amarillenta. Cuando se la entregó, Rampole estuvo tentado a estrecharla entre sus brazos.

—¡Léalo! —le instó ella, falta de aliento—. Confío en usted. No quiero enseñárselo a los demás. Pero debo contárselo a alguien. ¡Léalo!

El joven miró la hoja, extrañado. Llevaba fecha del 3 de febrero de 1895. Y decía: «Mi copia de los versos... Timothy Starberth», en tinta roja, descolorida. A continuación leyó:

Fue la principal ciudad del mundo antiguo.

Citado fue en la Ilíada del gran Homero.

Y en ese país brilla el sol de medianoche.

El sitio donde se destruye a todo guerrero.

Fueron los fundadores de la primera ciudad.

¿Quién fue ofendido por Caín?

¡Y fueron juzgados y aniquilados sin piedad!

Allí donde nada tiene fin.

¡Y edificaron una inmensa urbe!

*¿Dónde hallarás las respuestas del Más Allá?
El Crucificado oró y sudó sangre...
En tal lugar a la blanca Diana se adoró.*

*Y es ella la que engendra la fatal oscuridad.
¡Oh, madre de cualquier pecado!
Hija legítima eres tú del pesar.
¿Quiénes fueron los moradores de Lyn-Dun?*

*¡La hora en que el sol se esconde!
Aquí fue desterrado el corso.
Sur, Norte, Este ¿cuál queda?*

—Bien, esto apenas rima —murmuró Rampole—, y carece de todo sentido. Pero son versos. ¿Qué significan?

La joven lo contempló fijamente.

—¿No ve la fecha? El tres de febrero era el cumpleaños de papá. Nació en 1870, por lo que en 1895 debía de tener...

—Veinticinco años —la interrumpió Rampole, súbitamente.

Ambos quedaron silenciosos. De pronto, todas las raras conjeturas que él y sir Benjamín habían elaborado, y de las que se había burlado el doctor Fell, parecieron adquirir nueva sustancia a sus ojos.

—Permítame ahora que la guíe —dijo—. Si esto es cierto, el original de este papel, aquí dice «mi copia», estaba en la caja fuerte de la Sala del Gobernador. ¿Exacto?

—Debe de ser lo que los hijos mayores tenían que ver —añadió la joven.

Cogió de nuevo el papel, como si lo odiase, y lo habría estrujado entre sus manos, pero el joven sacudió la cabeza.

—He meditado en esto muchas veces, y es la única explicación posible. Espero que sea la verdadera. Siempre había imaginado que en aquella caja debía haber algo verdaderamente horrible. Y ahora resulta que sólo era esto. Pero la gente sigue muriendo.

Él se sentó otra vez en el sofá.

—Si hubo un original, ahora ya no está allí.

Lentamente, sin omitir nada, le contó a continuación su propia visita a la Sala del Gobernador.

—Y esto es una especie de criptograma —agregó—. Tiene que serlo. ¿Pudo matar alguien a Martin sólo para apoderarse de este papel?

Hubo una discreta llamada a la puerta, y ambos adoptaron el aspecto de unos conspiradores. Llevándose un dedo a los labios, Dorothy se apresuró a encerrar el papel en el cajón.

—Vamos —le dijo.

La severa figura de Budge se recortó en el vano de la puerta. Si le sorprendió ver a Rampole allí no lo demostró.

—Perdóneme, señorita Dorothy. El señor Payne acaba de llegar. A sir Benjamín le gustaría también hablar con usted en la biblioteca, por favor.

CAPÍTULO X

Un momento antes había habido una fuerte discusión en la biblioteca; esto estaba claro, gracias a la atmósfera de tensión que en ella reinaba, y al enrojecimiento de las mejillas de sir Benjamín. Éste estaba de espaldas a la chimenea, con las manos enlazadas detrás. En el centro de la estancia se hallaba la persona que más le disgustaba: el abogado Payne.

—Le diré qué voy a hacer, señor —dijo sir Benjamín—. Usted se sentará aquí, y prestará testimonio sobre lo que le he preguntado, pero cuando se le interrogue. No antes.

Payne gruñó guturalmente. Rampole observó el pelo blanco y corto de su nuca, erizarse ásperamente.

—¿Está usted familiarizado con la ley, caballero? —carraspeó.

—Sí, señor, lo estoy —repuso sir Benjamín—. Resulta que soy magistrado. Y ahora obedecerá mis órdenes, o...

El doctor Fell tosió. Inclino la cabeza adormiladamente hacia la puerta, y se levantó de la silla al tiempo que entraba Dorothy Starberth. Payne giró la cabeza rápidamente.

—¡Ah, pasa, querida! —exclamó, empujando una butaca hacia la joven—. Siéntate. Descansa. Sir Benjamín y yo... —el blanco de sus ojos pareció llamear en dirección al comisario— ya hablaremos luego.

Se cruzó de brazos, pero no se movió del lado de la butaca de la muchacha, donde parecía haber tomado la guardia. Sir Benjamín estaba rojo de cólera.

—Naturalmente, señorita Starberth —empezó a decir—, ya sabe usted lo que todos sentimos por este desdichado asunto. Les conozco a ustedes desde hace mucho tiempo. No creo por ello necesario tener que agregar nada más —su sincera faz parecía verdaderamente apesadumbrada—. Me disgusta enormemente tener que molestarla en estos momentos. Pero si quisiera responder a unas cuantas preguntas...

—¡No tiene que contestarlas! —tronó Payne—. Hazme caso, querida.

—¡Usted no tiene que contestarlas! —rugió sir Benjamín, perdiendo los estribos—. Sólo deseo ahorrarle molestias para la encuesta.

—Claro está —accedió la joven.

Permaneció sentada plácidamente, con las manos en el regazo, mientras iba relatando todo lo ocurrido la noche anterior. Habían concluido de cenar un poco antes de las nueve. Ella había intentado entretener a Martin, para hacerle olvidar su angustia; pero su hermano se había mostrado huraño e inquieto, y se había marchado casi inmediatamente a su habitación. ¿Dónde estaba Herbert? Ella no lo sabía. La

joven había salido al jardín, donde se estaba más fresco, sentándose allí durante casi una hora. Después había entrado al despachito para poner al día las cuentas de la casa. En el vestíbulo se había tropezado con Budge, quien le manifestó que había desmontado un faro de una bicicleta, llevándola a la habitación de Martin, tal como éste le había pedido. Pero el joven había expresado el deseo de estar solo; se hallaba hosco y malhumorado, lo mismo que en la cena, por lo que la joven refrenó sus deseos de subir a verlo. Martin seguramente se sentiría más sereno si nadie lo veía en aquel estado de nervios.

A las once menos veinte minutos, la muchacha le había oído salir de su cuarto, bajar y salir por la puerta lateral. Ella había corrido a su alcance, llamándolo... temiendo que pudiera estar excesivamente borracho. Él le había contestado, gritándole unas palabras que ella no entendió; hablaba con voz espesa, pero andaba con bastante seguridad. Después, ella se había dirigido al teléfono, comunicando con la casa del doctor Fell, avisando que su hermano ya estaba camino de la prisión.

Esto era todo. Su voz lenta, gutural, no tartamudeó ni una sola vez, y sus ojos permanecieron fijos en sir Benjamín; sus gruesos labios, desprovistos de colorete, apenas se habían movidos. Al finalizar, enderezó la espalda y contempló la luz del sol que se filtraba por una ventana con los postigos abiertos.

—Señorita Starberth —dijo el doctor Fell, tras una larga pausa—, supongo que no le importará contestar a una pregunta. Gracias. Budge nos ha contado que el reloj del vestíbulo no marchaba bien la noche pasada, aunque sí los demás. Cuando usted ha dicho que su hermano salió de la casa a las once menos veinte, ¿se guió por ese reloj, o por la hora exacta?

—Pues —la joven lo miró extrañada; luego consultó su propio reloj de pulsera y el de la repisa de la chimenea—. Pues por la hora exacta. Estoy bien segura. Ni siquiera miré el reloj del vestíbulo. Sí, por la hora exacta.

El doctor Fell volvió a retrepase en su butaca, mientras la muchacha lo contemplaba con el ceño ligeramente fruncido. Sir Benjamín, al verse relegado a segundo plano, comenzó a pasearse arriba y abajo, por encima de la gruesa alfombra. Se veía que había estado debatiendo consigo mismo algunas preguntas, y que la interrupción del doctor había disipado sus dudas. Por fin, se volvió hacia Dorothy.

—Budge ya nos ha contado, señorita Starberth, lo referente a la inexplicable ausencia de Herberth...

Ella inclinó la cabeza.

—Piense, por favor. ¿Está segura de que jamás mencionó la posibilidad de marcharse súbitamente...? Bueno, en realidad, ¿no se le ocurre ningún motivo para que haya obrado de esta manera?

—Ninguno —repuso ella, y añadió con voz más baja—. No necesita mostrarse tan formalista, sir Benjamín, Entiendo esta implicación tan bien como usted.

—Entonces, seré franco. El jurado del *coroner* seguramente lo interpretará a su manera, a menos que Herbert regrese. Y aun en este caso... ¿Hubo algunas

diferencias entre Herbert y Martin?

—Nunca.

—¿Ni... muy recientemente?

—No habíamos visto a Martin —contestó ella, enlazando los dedos—, desde que murió papá, hasta que fuimos a recibirlo a Southampton anteayer. No, jamás había habido la menor diferencia o disputa entre ambos.

Sir Benjamín pareció desolado. Miró al doctor Fell, como para apremiarlo, pero el doctor no dijo nada.

—Por el momento —continuó, aclarándose la garganta— no se me ocurre nada más. Ah... es muy... intrigante. Sí, muy intrigante. Naturalmente, no deseamos molestarla más de lo necesario, querida. Y si quiere regresar a su habitación...

—Gracias. Pero si no le importa, preferiría quedarme aquí.

Payne le acarició la espalda.

—Yo me cuidaré de todo lo demás —le dijo, mirando al comisario con sequedad.

Hubo una interrupción. Todos oyeron una exclamación, casi susurrada, en el vestíbulo, y de repente exclamó una voz:

—¡Tonterías! —con una estridencia tal que todos se sobresaltaron. Budge entró en la biblioteca.

—Por favor, señor —le informó a sir Benjamín—, la señora Bundle quiere que escuche a una doncella que sabe algo de los relojes.

—¡Ven aquí, ven aquí, jovencita —tronó una voz fuera—, y habla con ellos! ¡Se trata de un asunto oficial, querida, un asunto oficial! Vaya, si en casa no podemos tener a personas que deseen decir toda la verdad... ¡pum! —concluyó la señora Bundle, como si descorchara una botella.

Escoltando a una asustada doncella, la mujer atravesó el umbral. La señora Bundle era una mujer delgada, con andares de marinero, un gorro de encaje que amenazaba con ocultar sus ojillos, y una cara de tan extraordinaria malevolencia que Rampole se sobresaltó. Contempló a todos los presentes descaradamente, y pareció preocuparse menos de los reunidos que estar meditando algo profundamente equivocado. Después asumió una mirada digna, lo cual puso una expresión curiosa en sus ojos bizcos.

—Aquí está —anunció—. Y lo que yo digo es esto: tal como están las cosas, lo mismo podemos morir todos asesinados en nuestros propios lechos, o «ser cogidos por los americanos». Todo es lo mismo. Muchas veces se lo he repetido al señor Budge: «Señor Budge, le he dicho, grábese mis palabras: no hay nada cierto en esta leyenda de fantasmas. Éstos no se hallan en la realidad, le he dicho muchas veces, y menos dentro de una casa como ésta...». ¡Pum! ¡Ni que fuésemos americanos! ¡Pum! Y respecto a los fantasmas...

—Claro, señora Bundle, claro —se apresuró a cortar el discurso el comisario. Se volvió a la doncella, que temblaba bajo la presa de la otra, como una virgen sojuzgada por una bruja—. ¿Sabe usted algo del reloj, señorita...?

—Martha, señor. Sí, señor, ciertamente.

—Háblenos de ello, Martha.

—¡Mascan goma! ¡Relinchan! —gruñó la señora Bundle, con tanta malignidad que la muchacha lanzó un respingo.

—¿Eh? —inquirió el comisario—. ¿Quiénes?

—Se comen los pasteles o matan a la gente —continuó la señora Bundle—. ¡Pum! ¡Y matan! ¡Relinchan!

El ama de llaves tenía fuerte tendencia a eternizarse en este tema. No hablaba de los fantasmas, al parecer, sino de los americanos, a quienes continuó describiendo como «una mala gente, vestida como los *cowboys*, con sombreros de paja». Su discurso, pronunciado mientras agitaba un manojito de llaves en una mano y a la desdichada Marta en la otra, quedó un tanto oscurecido en su significado, debido a la falta de habilidad de sus oyentes para discernir cuando se refería a los americanos y cuando a los fantasmas. Acababa de concluir una frase que parecía referirse a los groseros hábitos de los aparecidos a espurrearse los unos a los otros con la soda de un sifón, antes de que sir Benjamín hubiese reunido el valor suficiente para intervenir.

—Bien, Martha, continúe. ¿Fue usted quien se encargó del reloj?

—Sí, señor. Pero fue él quien me dijo que lo hiciera, señor.

—¿Quién?

—El señor Herberth, señor. Yo estaba cruzando el vestíbulo, y él salió de la biblioteca consultando su reloj. Y me dijo: «Martha, este reloj atrasa diez minutos. Póngalo en hora». Bien, me quedé asombrada, tanto, que habrían podido ahogarme con una pluma. Además, el señorito me habló con mucha sequedad. Cuando nunca lo hace. Y también me dijo: «Compruebe los demás relojes, Martha, y póngalos a la hora, si van mal».

Sir Benjamín miró al doctor Fell.

—Es su tumor. Adelante.

—¡Hum...! —gruñó el aludido—. ¿Cuándo fue esto? ¿Lo dijo usted?

—No lo he dicho, señor, no lo he dicho, pero lo diré, porque miré el reloj. Naturalmente. Lo adelanté, tal como él me ordenó. Fue muy poco antes de cenar, señor, y el rector acababa de traer a casa al señor Martin, y éste estaba en la biblioteca. Y yo adelanté el reloj, hasta ponerlo a las ocho y cinco minutos con veinte segundos. Sólo que no era ésta la hora exacta. Al contrario, fue entonces cuando quedó adelantado.

—Sí, claro. ¿Y por qué no adelantó los demás?

—Iba a hacerlo, señor, pero entonces entré en la biblioteca y el señor Martin estaba allí. Y me dijo: «¿Qué está usted haciendo?», y cuando se lo dije, me contestó: «Deje tranquilos los relojes». Y los dejé tranquilos. Él era el amo. Y esto es todo lo que sé, señor.

—Gracias, Martha. Señora Bundle, ¿vio usted, o alguna de las doncellas al señor Herbert cuando salió de la casa?

La señora Bundle apretó las mandíbulas.

—Cuando fuimos a la feria de Holdern —replicó con malignidad—, los descuidados le robaron el bolso a Annie Murphy. Y entonces comenzaron a interrogarme y a interrogarme. A interrogarme y a interrogarme. Y entonces anduve sobre unas tablas que se estremecían, y escaleras que se derrumbaban, y en la oscuridad mis alfileres se aflojaron... ¿es ésta manera de tratar a una dama? ¡Eh! ¡Relinchan! —chilló el ama de casa, agitando las llaves con ferocidad—. ¡Fue un invento... esto es lo que fue, un invento! Todos los inventos son iguales, y esto se lo dije muchas veces al señor Herberth, y cuando anoche lo vi salir al establo...

—¿Vio salir al señor Herbert? —repitió el comisario.

—... al establo donde guardaba los inventos...

—¿Qué inventos? —exigió el comisario, aunque con cierto desamparo.

—No se preocupe, sir Benjamín —intervino Dorothy—. Herbert siempre estaba planeando algún invento, aunque sin éxito. En el establo tenía su taller.

La señora Bundle no pudo aportar ningún nuevo dato. Todos los inventos, estaba bien convencida, tenían algo que ver con lo sucedido en la feria de Holdern. Aparentemente, alguien con un primitivo sentido del humor, había llevado a la buena mujer a la «Casa Encantada», donde había estado chillando hasta reunir a un enorme gentío, atrapada en alguna maquinaria infernal, y luego había pegado a alguien con su paraguas, siendo escoltada finalmente afuera por la policía. Budge la condujo fuera de la biblioteca, tras los infructuosos esfuerzos de ella por hacerse comprender de sus oyentes.

—Una pérdida de tiempo —gruñó sir Benjamín, cuando hubo desaparecido la mujer—. Su pregunta respecto al reloj ya está contestada, doctor. Creo que ahora podemos proceder.

—Creo que sí —concedió Payne.

No se había movido de su sitio, con los brazos cruzados, tan feo como una imagen china.

—Sí podemos —repitió—. Puesto que ustedes parecen no llegar a ninguna parte con estos interrogatorios, creo que se me deben ahora algunas explicaciones. Yo tengo un depósito de esta familia. Durante cien años nadie, salvo los miembros de la misma, han penetrado en la Sala del Gobernador bajo pretexto alguno. Esta mañana, según tengo entendido, caballeros, y uno de ustedes un extranjero, han violado esta ley; por esto exijo una explicación.

Sir Benjamín apretó con firmeza las mandíbulas.

—Perdone, amigo. No creo que tenga que darle explicación alguna.

El abogado exclamó con furioso acento:

—¡Lo que usted piense, caballero, no tiene...! —pero el doctor Fell le cortó en seco. Habló con voz indolente, fatigada.

—Payne, es usted un asno. Cada vez promueve un alboroto, y me gustaría que fuese menos... mujeruca. A propósito, ¿cómo ha sabido que estuvimos allí?

El tono en que se había expresado, muy blando, fue peor que el más acusado de los desdenes. Payne llameó.

—Tengo ojos —gruñó—. Los vi salir de allí. Y subí después que ustedes para asegurarme de que no habían tocado nada.

—¡Oh! —exclamó el doctor Fell—. ¿Conque también usted violó la ley?

—Ésta no es la cuestión, caballero. Yo tengo un privilegio. Sé lo que hay en el arca... —estaba tan colérico que se mostraba indiscreto, y añadió—. No es la primera vez que he tenido el privilegio de verlo.

El doctor Fell había estado contemplando muellemente el suelo. Ahora rodó su leonina cabeza, con su vacua expresión, para contemplar al otro.

—Esto es interesante —murmuró—. Más bien hubiera creído que sí lo era. ¡Hum...! Sí.

—Debo recordarte que tengo un depósito —tronó Payne.

—¡Ya está bien! —le atajó el doctor Fell—. ¡Ahora ya no lo tiene!

Hubo una pausa, que pareció enfriar la estancia. El abogado abrió mucho los ojos, girando mucho la cabeza hacia el doctor.

—Dije «ya no» —repitió éste, levantando ligeramente la voz—. Martin era el último descendiente de la línea directa. Ésta se ha acabado. El depósito, o la maldición, o lo que sea que usted tenga, se acabó para siempre. Y por mi parte, doy gracias a Dios. Ya no tiene por qué haber más misterios. Si subió usted allí esta mañana, ya sabrá que lo que fuese fue robado anoche de la caja...

—¿Cómo lo sabe?

—No quiero dárme las de listo —respondió el doctor, fatigadamente—. Y me gustaría que usted me imitase. Sea como sea, si desea ayudar a la justicia, será mejor que nos cuente toda la historia del depósito. No lograremos descubrir la verdad del asesinato de Martin a menos que hable usted. Adelante, sir Benjamín. No me gusta entrometerme así.

—Ésta es, exactamente mi postura —dijo el aludido—. Usted no ocultará pruebas, señor. Esto es, a menos que desee ser retenido como testigo material.

Payne paseó la mirada de uno a otro. Pocas personas se habían atrevido a desafiarlo hasta entonces. Y por esto intentaba mantener su fría dignidad, como un hombre que tratara de conservar en rumbo una barca con gran vendaval.

—Diré lo que me considere capacitado para decir —manifestó con arrogancia—, pero no más. ¿Qué quiere usted saber?

—Gracias —repuso el comisario, con sequedad—. Primero ¿conservaba usted las llaves de la Sala del Gobernador, verdad?

—Sí.

—¿Cuántas llaves había?

—Cuatro.

—¡Maldita sea, hombre! —exclamó sir Benjamín—. ¡No está usted en el estrado de los testigos! Por favor, sea más explícito.

—Una llave para la puerta exterior de la sala. Una llave para la puerta del balcón. Una de la caja fuerte. Y, puesto que ustedes ya miraron dentro de la caja —subrayó Payne, mordiendo las palabras—, puedo decirles el resto. Una llavecita perteneciente a un cofre de acero que se hallaba dentro de la caja.

—Un cofrecito... —repitió sir Benjamín. Miró por encima del hombro al doctor Fell; sus ojos habían verificado una predicción, y ahora estaban sonriendo con malicia—. Un cofre... Bien, ahora ha desaparecido. ¿Que había dentro?

Payne debatió consigo misma. No había descruzado los brazos, y con los dedos de una mano se golpeaba los bíceps.

—Todo lo que yo tenía el deber de saber —contestó tras una pausa— es que en el interior había cierto número de tarjetas, cada una con la firma de Anthony Starberth. El heredero tenía que sacar una de tales tarjetas y presentarla al día siguiente al ejecutor testamentario, como prueba de que había abierto el cofre. Si había alguna otra cosa... —se encogió de hombros.

—¿No lo sabe? —preguntó sir Benjamín.

—Prefiero no decirlo.

—Ya volveremos a esto dentro de un momento —dijo el comisario, lentamente—. Cuatro llaves. Ahora, referente a la palabra que abre la combinación... No somos lerdos ni ciegos, señor Payne. Repito, en cuanto a la palabra... ¿la sabía también?

Una vacilación.

—En cierto modo, sí —replicó el abogado, después de meditar cuidadosamente—. La palabra se halla grabada en la guarda de la llave que abre la caja. Así, cualquier ladrón podía hacer un duplicado de la llave, pero sin la original no podría abrir la puerta.

—¿Conoce usted la palabra?

Una vacilación más prolongada.

—Naturalmente.

—¿La conocía alguien más?

—Considero esta pregunta una impertinencia, caballero —repuso el otro. Mostró sus pequeños dientes por entre sus labios. Tenía el rostro muy arrugado y los grises cabellos caídos hacia la frente. Volvió a vacilar y añadió más suavemente—. A menos que el difunto Timothy Starberth se lo comunicase de palabra a su hijo, no. Nunca se tomó muy en serio la tradición, el señorito Martin, me atreveré a decir.

Por un momento, sir Benjamín se paseó por delante de la chimenea, con las manos a la espalda. Después dio media vuelta.

—¿Cuándo le entregó usted las llaves al joven Starberth?

—Ayer por la tarde, en mi oficina de Chatterham.

—¿Estaba alguien con él?

—Su primo Herbert.

—Supongo que Herbert no estuvo presente durante la entrevista.-

—No, naturalmente. Entregué las llaves y le di unas instrucciones: que abriera la caja y el cofrecito, que examinase su interior, y que me trajese una de las tarjetas firmadas por Anthony Starberth. Nada más.

Rampole, sentado en las sombras, recordó las dos figuras en la carretera. Martin y Herbert acababan de salir de la oficina del abogado, por lo visto, y Martin había proferido una frase inexplicable.

«La palabra es cadalso».

Y pensó en el papel, escrito con los versos tan sin sentido, que Dorothy acababa de enseñarle; todo quedaba claro ahora, y lo que había estado dentro del cofrecito era aquel papel, a pesar de las burlas del doctor Fell. Dorothy Starberth estaba sentada, completamente inmóvil, con las manos cruzadas; pero parecía respirar con más rapidez. ¿Por qué?

—¿Se niega a comunicarnos —insistió el comisario— lo que había dentro del cofre?

Payne se acarició el mentón; aquel gesto, según recordó Rampole, lo empleaba cuando estaba nervioso.

—Era un documento —respondió al cabo—, y no puedo añadir nada más, caballeros, porque no lo sé.

El doctor Fell se puso de pie, como un buque que aflorase de nuevo a la superficie del agua.

—¡Ah! —exclamó, respirando con fuerza y golpeando el suelo con uno de los bastones—. Esto es lo que me imaginaba. Es lo que quería saber. ¡El documento no tenía que salir jamás del cofrecito! ¿No es así, Payne? ¡Bien! ¡Muy bien! Entonces, ya puedo continuar.

—Creí que usted descartaba la idea de un documento —se burló el comisario.

—Oh, jamás dije tal cosa —protestó el doctor Fell—. Sólo me burlé de sus adivinanzas, sin prueba lógica. Pero jamás dije que estuviese usted equivocado. Por lo contrario, ya había llegado a las mismas conclusiones que usted; pero con una buena prueba para apoyarlas. Ésta es la única diferencia.

Levantó la cabeza para mirar a Payne. Pero no levantó la voz.

—No me molestaré en averiguar cuál fue el documento que Anthony Starberth dejó para sus herederos en el siglo dieciocho. Pero, Payne... ¿qué nos dice usted del otro documento?

—¿Otro?

—Me refiero al que Timothy Starberth, padre de Martin, dejó en el cofrecito de acero, en la misma caja, hace menos de dos años.

Payne efectuó con los labios un pequeño fruncimiento, como si estuviera soplando humo de tabaco hacia fuera, lentamente. Cambió de postura, con lo cual crujió el suelo, crujido que se oyó claramente en medio del gran silencio que invadía la estancia.

—¿Qué es esto? —inquirió ávidamente sir Benjamín—. ¿Qué es esto?

—Adelante —le invitó Payne, con suavidad.

—He oído la historia docenas de veces —continuó el doctor Fell, inclinando la cabeza en profunda meditación—. El viejo Timothy escribiendo varias hojas de papel, poco antes de morir. Hojas y más hojas... cuartillas y más cuartillas... mientras tenía el cuerpo tan destrozado que apenas podía sostener la pluma. Con una tabla encajada bajo su garganta, quejándose y gruñendo, y decidido a...

—¿A qué? —quiso saber sir Benjamín.

—Bueno, ¿qué escribía? «Instrucciones para mi hijo», fue la explicación que dio. Esto, naturalmente, era mentira. Para desviarnos de la verdad. Su hijo, por la misma naturaleza de la herencia, no necesitaba instrucciones. Lo único que necesitaba era la llave de Payne. Sea como sea, tampoco necesitaba tantas cuartillas de apretada caligrafía. El viejito Timothy no copiaba nada porque tampoco necesitaba hacerlo. Y el documento de Anthony, según Payne, jamás salió de la caja fuerte. ¿Qué escribía entonces Timothy?

Ninguno habló. Rampole se había deslizado hacia el borde de su butaca. Desde donde estaba podía ver los ojos de Dorothy Starberth, sin pestañear, fijos en el doctor. Fue sir Benjamín quien habló en voz muy alta:

—Muy bien. ¿Qué escribía?

—La historia de su propio asesinato —repuso el doctor Fell.

CAPÍTULO XI

No se tiene cada día —continuó el doctor— la oportunidad de escribir la historia del asesinato de uno mismo.

Miró en torno, apoyándose pesadamente en un bastón, con el hombro izquierdo más elevado que el otro. La cinta de sus anteojos caía casi perpendicular al suelo. Una pausa...

—No necesito decirles que Timothy Starberth era un hombre extraño. Pero no sé si comprenden ustedes hasta qué punto era extraño. Ustedes ya están enterados de su amargura, de sus genialidades, de su exquisita apreciación de la vida. En muchos aspectos, y estarán de acuerdo en ello, era una contrafigura del viejo Anthony. Pero posiblemente no habrían jamás pensado que pudiese concebir algo parecido.

—¿Parecido? —repitió el comisario, con acento de curiosidad.

El doctor Fell levantó el bastón como señalando a un punto del espacio.

—Alguien lo asesinó. Alguien lo mató, sí, y lo dejó en el «Rincón de la Bruja». Recuérdenlo: ¡en el «Rincón de la Bruja»! El asesino lo dejó por muerto. Pero la víctima vivió aún varias horas. Y aquí reside el quid de la broma.

»Podía, naturalmente, haber denunciado al hombre que lo mató. Pero esto habría sido demasiado fácil, ¿eh? Timothy no quería que su asesino saliese tan bien librado. Así, pues, escribió toda la historia de su asesinato. Dispuso que fuese sellada dentro de un sobre y colocada... ¿dónde? En el lugar más seguro de todos. Detrás de una buena cerradura y un candado de combinación de letras y, lo mejor de todo, en un sitio donde nadie sospecharía su existencia: en la caja fuerte de la Sala del Gobernador.

»Durante dos años —hasta que Martin abriese la caja el día de su cumpleaños—, todo el mundo pensaría que Timothy murió por accidente. «Todo el mundo, menos el asesino». ¡Seguro que Timothy hizo todo lo posible para que el asesino supiera que el documento estaba allí! Esta era la broma. Durante dos años, el asesino estaría a salvo, sufriendo, empero, las torturas del condenado. Cada año, cada mes, cada día, acortaría el espacio de tiempo, inexorablemente, en que la historia tenía que salir a luz. Nada podía impedirlo. Era como una sentencia de muerte... a marcha lenta. El asesino no podía conseguir el documento. Sólo hubiera podido lograrlo volando la caja fuerte con mía carga de nitroglicerina, que habría hecho saltar también el tejado de la prisión, lo cual no era muy práctico ni hacedero. Tal vez esto hubiera resultado factible para un diestro operario, y aun en la ciudad de Chicago; pero no es una cosa hacedera para un inglés que reside en un pueblecito perdido entre marjales. Incluso en el caso improbable de tener conocimiento como violador de cajas de caudales,

hubiese sido muy difícil que el asesino se procurase las herramientas y lograra importar el alto explosivo a Chatterham sin excitar considerables comentarios. Sencillamente, el asesino estaba completamente desarmado. Por lo tanto, ya pueden imaginarse la agonía que estaba padeciendo, una agonía tal como le habría complacido a Anthony procurársela.

Sir Benjamín blandió un dedo en el aire.

—¡Caramba...! —exclamó—. ¡Esta es la cosa más inverosímil...! ¡Usted no posee la evidencia de que fuese asesinado!

—¡Oh, sí, la tengo! —replicó el doctor Fell.

Sir Benjamín lo miró fijamente. Dorothy Starberth se había levantado, gesticulando con las manos.

—Pero, escuche —continuó el comisario, ávidamente—, si toda esta locura es verdad, he dicho «si es verdad», ¿por qué en dos años, el asesino no huyó, escondiéndose en un país lejano?

—Porque esto —objetó el doctor— habría sido lo mismo que confesar su culpabilidad, una vez hubiera sido hallado el documento. ¡Confesión! Esto es lo que habría sido: una confesión. Y fuese adónde fuese, se escondiese donde se escondiese, la misma amenaza habría pesado sobre su cabeza: más pronto o más tarde le encontrarían. No, no. La única forma de salvación, lo único que podía hacer, era quedarse aquí y tratar de poner sus manos pecadoras sobre la acusación. Si ocurría lo peor, siempre podría negarlo y luchar contra la acusación de un muerto. Entretanto, le quedaba la esperanza de poder destruir el documento antes de que llegara a hacerse público. Y —el doctor efectuó una pausa y añadió en tono más bajo—: Ahora sabemos que lo ha conseguido plenamente.

Hubo rumor de pasos sobre el pulimentado suelo. El ruido resultó tan raro en aquella habitación impregnada de curiosidad y espanto, que todos levantaron la vista hacia quien lo produjo.

—El doctor Fell está en lo cierto, sir Benjamín —dijo la voz del rector—. El difunto señor Starberth habló conmigo antes de fallecer. Me habló de la persona que le había asesinado.

Saunders se detuvo junto a la mesa. Tenía el rostro, tan colorado de ordinario, completamente pálido. Extendió las manos hacia delante y añadió, lenta y sencillamente:

—¡Pero que Dios me perdone, caballeros, porque pensé que desvariaba!

El reloj del vestíbulo dejó oír sus argentinas notas.

—Ah —asintió el doctor Fell—, estaba seguro de que se lo había dicho. Naturalmente, usted estaba destinado a suministrarle la información al asesino. ¿Lo hizo?

—Me rogó que hablara con su familia, pero a nadie más, cosa que hice, según le prometí —contestó Saunders, llevándose una mano a los ojos.

Desde la sombra procedente del gran sillón, en el que había vuelto a sentarse, Dorothy dijo:

—Esto era lo que más me tenía asustada. Sí, el rector nos lo contó.

—¿Y usted jamás lo mencionó? —gritó el comisario, con brusquedad—. Sabía que habían asesinado a un hombre y ni usted, ni ninguno de ustedes...

No había ya cordialidad ni suaves modales en el rector. Parecía estar tratando de aplicar las reglas deportivas de Inglaterra, de pronto, a una cosa oscura y terrible, y no podía hallarles aplicación. Apretó los puños.

—Se dicen muchas cosas en trance de muerte... Los agonizantes desvarían... no se puede dar crédito a todo lo que explican. Bien, lo repito, creí que estaba medio loco. Era increíble, más que increíble. Era algo que nadie ha hecho nunca ¿entiende? —paseó su aturdida mirada por todo el grupo, como si tratase de captar algo en el aire—. ¡Hasta anoche no lo creí! —agregó con acento desesperado—. Y de repente pensé... que todo podía ser cierto, al fin y al cabo. Tal vez existiese un asesino. Por esto dispuse lo de la vigilancia con el doctor Fell y el señor Rampole. Y ahora ya lo sé... Sí, ya lo sé. Pero no sé qué hacer.

—Bien, nosotros sí lo sabemos —restalló la voz del comisario—. ¿Le dijo a usted el nombre de la persona que lo mató?

—No. Sólo me dijo... que era un miembro de su familia.

El corazón de Rampole comenzó a latir violentamente. Se restregó las húmedas palmas de sus manos contra las perneras del pantalón. Ahora sabía lo que había pensado el rector la noche anterior, y recordó la intrigante, rara pregunta: «¿Dónde está Herbert?» que le había dirigido a él, después de haber telefoneado Dorothy comunicando que Martin acababa de salir de casa. Saunders se había apresurado a explicar que Herbert un chico muy conveniente en un caso peliagudo. Pero ahora resultaba mucho más obvio el significado de la pregunta.

Y aquí estaba Dorothy, con los ojos enrojecidos, y su vacua, triste sonrisa. Y el doctor Fell, golpeando el suelo con el bastón. Y Saunders, contemplando el sol, como si tratara de disculparse al cielo. Y Payne, encorvado, encogido dentro de su concha gris. Y sir Benjamín, contemplándolos secamente a todos, como un corcel dando vueltas a su establo.

—Bien —dijo el corcel, con voz incolora—. Supongo que tendré que hacer buscar a Herbert...

El doctor Fell levantó la mirada.

—¿No se ha olvidado de algo? —inquirió.

—¿Olvidado?

—Por ejemplo, hace un momento estaba usted interrogando a Payne. ¿Por qué no le pregunta qué sabe de todo esto? Alguien tuvo que llevar la declaración de Timothy Starberth a la caja de la Sala del Gobernador. ¿Sabe lo que había dentro?

—¡Ah! —exclamó sir Benjamín, ajustándose las gafas a la nariz—. Ah, sí, claro... ¿Bien, señor Payne?

Payne se acarició el mentón, pensativamente, luego tosió.

—Tal vez. Personalmente... creo que están ustedes diciendo sólo necedades. Si Starberth hubiera hecho tal cosa, creo que hubiese debido decírmelo a mí. Yo era la persona en quien, lógicamente, debía confiar. No en usted, señor Saunders. No en usted. Es completamente cierto, sin embargo, que me entregó un sobre sellado, donde figuraba el nombre de su hijo, para que lo metiera en la caja fuerte.

—¿Se refería a esto cuando nos manifestó que ya había estado allí con anterioridad? —preguntó el doctor Fell.

—Sí. Todo el procedimiento fue muy irregular. Pero... —el abogado efectuó un ademán de desconsuelo, como si los puños postizos quisieran caérsele al suelo y tratase de impedirlo—, pero Timothy era un agonizante y me dijo que el sobre se hallaba vitalmente relacionado con la ceremonia que el heredero tendría que realizar dos años más tarde. No sabiendo de qué trataba el «otro» documento, naturalmente no pude juzgar el alcance de sus palabras. Su muerte fue repentina. Tal vez había cosas que había dejado de ejecutar, y que yo podía realizar por él. Por lo tanto, acepté. Yo era el único, por otra parte, que podía cumplir su postrera voluntad ya que poseía las llaves.

—¿Pero no le habló a usted del asesinato?

—No. Sólo me pidió que firmase una nota atestiguando que él se hallaba en plena posesión de sus facultades mentales. Y a mí me pareció que era así. Puse la nota dentro del sobre junto con él manuscrito, que no leí.

El doctor Fell se acarició las guías de su bigote, asintiendo monótonamente, como para sí mismo.

—¿Conque ésta es la primera vez que usted oye hablar de las sospechas de asesinato?

—Exactamente.

—¿Y cuándo colocó el documento en la caja?

—Aquella noche, metiéndolo dentro del cofrecito de acero. Me refiero a la noche en que falleció Timothy.

—Sí, sí —exclamó el comisario con impaciencia—. Esto lo veo claramente. Pero nos hemos apartado del asunto principal. Sigamos con él. En cuanto al motivo de haber asesinado Herbert a Martin, ya tenemos uno. ¿Pero por qué tuvo que matar Herbert a su tío, al comienzo de todo el lío? Esto resulta muy confuso... Y si mató a Martin ¿por qué huyó? Había conseguido dominar sus nervios durante dos años ¿por qué se derrumbó cuando ya estaba a salvo? Y lo que es más... ¿adónde iba con su motocicleta, por un sendero lateral y con una maleta, varias horas «antes» del crimen? Esto no me parece demasiado razonable...

Suspiró pesadamente.

—De todos modos, tendré que hacer algo. El doctor Markley desea celebrar mañana la encuesta, y somos nosotros quienes tenemos que decidirlo. Mientras tanto,

será mejor que haga circular el número y la descripción de la motocicleta, en una alarma general. Lo siento, señorita Dorothy, pero es necesario.

Sir Benjamín se hallaba tan claramente trastornado que deseaba terminar la conferencia lo antes posible. En su mirada se leía el ansia de beber un whisky y soda para refrescarse. Todos se despidieron con rapidez, mostrando tendencia a inclinarse ante quien no debían y confundiendo todos los nombres. Rampole se demoró un poco más al notar que Dorothy le asía del brazo.

Si el interrogatorio le había desatado los nervios, la joven no lo demostraba. Sólo parecía pensativa, como una niña sombría.

—El escrito que te enseñé —dijo en voz baja y tuteándolo—, los versos, ahora sabemos que significan algo, ¿verdad?

—Sí, una especie de directrices, como pistas. El heredero tenía que estudiarlo y...

—¿Pero, para qué? —preguntó ella, casi con apasionamiento—. ¿Para qué?

Una observación, efectuada por el abogado, estaba atormentando hacía rato a Rampole.

—Había cuatro llaves... —dijo ahora, mirándola intensamente.

—Sí.

—Una para la puerta de la Sala del Gobernador, lo cual es razonable. Una para la caja fuerte, y otra llavecita para el cofrecito del interior. Las tres se justifican naturalmente. ¿Pero por qué una llave para la puerta de hierro del balcón? ¿Para qué la necesitaría nadie? A menos que las pistas, debidamente interpretadas, condujesen fuera del balcón.

De nuevo volvían a lo mismo. Todos los indicios llevaban al balcón. Rampole estaba pensando en la hiedra, en la balaustrada de piedra y en las dos depresiones en la misma que el doctor Fell había observado. Una trampa mortal...

Sobresaltado, se dio cuenta de haber pensado en voz alta. Lo supo por la rápida mirada que ella le dirigió, y se maldijo por su torpeza.

—Dicen que Herbert era inventor —es lo que acababa de decir.

—¿Crees que él...?

—¡No! ¡No sé qué creo!

La joven volvió hacia él su pálida carita.

—Quien mató a Martin también mató a papá. Tú lo crees. Y también yo. Escucha, había un motivo. Ahora sé que había un motivo. ¡Es cruel, horrible... pero, oh, Dios mío, espero que sea cierto! No, no me mires así, no estoy loca.

Su voz había ido elevándose, y ahora hablaba a sacudidas, como quien empieza a ver formas entre la niebla. El azul de sus ojos parecía haber palidecido también.

—Escucha... Aquel papel... daba ciertas pistas por algo. ¿Pero qué? Si papá murió asesinado por alguien... no por una maldición, sino asesinado deliberadamente... ¿entonces, qué?

—No lo sé.

—Yo creo que sí lo sé. Si papá fue asesinado, no lo fue por seguir las pistas de los versos. Pero tal vez «alguien más» había estudiado dichos versos. Tal vez haya algo escondido algo... para lo que los versos dan una pista, y el asesino mató a papá porque se vio sorprendido durante su tarea...

Rampole contempló aquella tensa faz, y los apretados puños de la muchacha.

—¿No te estarás refiriendo a algo tan absurdo como un tesoro enterrado?

Ella asintió.

—Sí, pero no me importa. Lo que quiere decir es que, si esto es cierto, no existe ninguna maldición en nuestra familia... ninguna leyenda, ninguna locura. Ni yo estoy maldita, ni ninguno de nosotros. Esto es lo único que me importa —añadió en voz más baja todavía—. Si esto es verdad, entonces sabré que no hay ninguna horrible semilla en nuestra sangre... ¿entiendes?

Rampole le acarició una mano. Se produjo un corto silencio, y el temor pareció instalarse en la estancia, en aquella estancia oscura, cuyas ventanas necesitaban ser abiertas a la luz del día.

—Por esto he dicho, ¡ojalá sea verdad! Mi padre murió, y también mi hermano. Ya no es posible hacer nada por ellos. Pero al menos una cosa se ha aclarado; y esto es algo que incluso tú puedes comprender.

—Sí. Y, si hay un secreto, tenemos que descubrir el secreto del criptograma. ¿Me permites que haga una copia?

—Sí, pero de prisa, antes de que los demás se marchen. Durante unos días no podré verte...

—¡Pero tú no puedes...! Quiero decir, que no tienes que esconderte. Debemos vernos muy a menudo...

Ella levantó tristemente la mirada.

—Imposible. La gente murmurará —él inclinó silenciosamente la cabeza, y ella extendió hacia fuera las palmas de sus manos, como si quisiera colocarlas sobre el pecho de Rampole. Entonces continuó con voz contenida—. ¿Oh, crees que no lo deseo tanto como tú? ¡Más aun! Pero no es posible. Hablarían demasiado. Me tildarían de amoral, egoísta o algo peor... y tal vez lo sea, no sé —se estremeció—. Siempre han dicho que yo era muy rara, y empiezo a creer que es verdad. No debería hablar así, con mi hermano muerto, pero soy humana... ¡Bien, no importa! Por favor, copia el papel y márchate.

No volvieron a hablar hasta hallarse en el pequeño despachito, donde Rampole se dedicó a copiar los versos al dorso de un sobre. Cuando regresaron al vestíbulo, todos habían ya desaparecido, excepto el sobresaltado Budge, quien pasó por su lado como si ni siquiera notase su presencia.

—¿Lo has copiado todo? —preguntó ella, enarcando las cejas.

—Sí, Bien, no intentaré verte hasta que tú me lo digas. ¿Pero no te molestará que le enseñe esto al doctor Fell? Sabrá guardar el secreto. Y ya sabes que para estas cosas es un gran tipo.

—Sí, por favor, muéstraselo al doctor Fell. No había pensado en esto. Pero a nadie más... Y ahora tienes que marcharte...

Cuando ella le abrió la puerta, Rampole pareció sorprenderse al ver los campos y los jardines de la casa tan iluminados por el sol, como si se tratase de un domingo soleado de la campiña inglesa, y arriba no hubiese ningún muerto. No, no estaban tan profundamente conmovidos por la tragedia como pensaban. Cuando él bajó a reunirse con sus compañeros, echó una ojeada por encima del hombro. La joven estaba de pie, en el umbral, inmóvil, mientras la brisa le agitaba el cabello. Rampole divisó unas palomas en los altos olmos, y gorriones por entre la hiedra. En la blanca cúpula, la veleta giraba incesantemente bajo la luminosidad de mediodía.

CAPÍTULO XII

Hemos hallado —concluyó la encuesta—, que al difunto le sobrevino la muerte como resultado de...

Aquellas palabras de puro formulismo atravesaron la mente de Rampole como un irritante y monótono refrán. Lo que querían decir era que Herbert Staiberth había asesinado a su primo Martin, arrojándole desde lo alto del balcón de la Sala del Gobernador. Puesto que la autopsia había revelado sangre en la nariz y la boca, y una contusión en la base del cráneo, no explicable por la posición de la caída, el doctor Markley subrayó que el difunto había quedado previamente atontado por medio de un fuerte golpe propinado antes del verdadero asesinato. El cuello y la cadera derecha de Martin estaban fracturados, y había otros detalles poco agradables que habían salido a luz en aquella estancia de frío aspecto.

Ahora todo había terminado. En la prensa londinense, el caso de Chatterham no duró nueve días. Había aparecido con grandes titulares, fotografías y muchas especulaciones; pero poco a poco había retrocedido hasta situarse entre los anuncios. Sólo quedaba en pie la caza del hombre, de Herbert, y a éste no se le podía encontrar. La enigmática figura de la motocicleta verde se escurría por Inglaterra como entre la niebla. Naturalmente, había sido visto en docenas de sitios, pero no se trataba del verdadero Herbert Starberth. Presumiendo que hubiese ido hacia Lincoln para coger un tren, había resultado imposible trazar sus movimientos, ni hallar el menor rastro de la motocicleta. Scotland Yard se movía de manera tan invisible como el fugitivo, pero no había la menor señal de captura en el edificio del muelle de Westminster.

Una semana después de la encuesta, Chatterham volvía a dormitar apaciblemente. Todo el día había estado lloviendo, empapando las tierras bajas, arrancando las hojas de los árboles, y goteando en las chimeneas donde se habían encendido fuegos contra la humedad. La antigua lluvia de Inglaterra, que traía a la memoria viejos fantasmas de forma que los libros apergaminados y los grabados de las paredes parecían más vivos que las personas reales. Rampole estaba sentado delante del fuego de la chimenea del despacho del doctor Fell. Pero aparte del chasquido de las brasas, la casita estaba sosegada. El doctor y la señora Fell habían bajado a Chatterham a pasar la tarde, y su invitado, solo en una mecedora situada ante el fuego, no quería lámparas encendidas. Divisaba la espesa lluvia al otro lado de la ventana... y veía cosas raras en las llamas.

El arco de la chimenea, era un túnel negro; las llamas... y en medio de ellas el rostro de Dorothy Starberth en la encuesta... un rostro que nunca se volvía hacia él. Había demasiados rumores. Sillas que crujían, voces que se elevaban agudamente en

la sala... Luego, ella se había dirigido a su casa en el coche de Payne, con las cortinillas bajadas. Él había estado contemplando el polvo que se levantaba del suelo al paso del destartado vehículo, y había visto cómo las persianas de las ventanas se levantaban discretamente. Habían corrido muchas murmuraciones.

«Malditos sean», pensó... y de repente se sintió muy desdichado.

El rumor de la lluvia se agudizó, y unas gotas hicieron chisporrotear el fuego. Rampole volvió a contemplar el papel que tenía sobre las rodillas, los insípidos versos que había copiado en el despacho de la joven. Se los había mencionado al doctor Fell, pero el viejo lexicógrafo todavía no los había visto. Decentemente, en vista del torbellino levantado por el crimen, y después por el funeral, no habían podido reunirse con tranquilidad a estudiar el criptograma. Bien, ahora, Martin Starberth se hallaba ya completamente al abrigo de la lluvia... Rampole se estremeció. Aquellas perogrulladas atormentaban su cerebro. Ahora sabía que encerraban una estremecedora verdad. También pensaba en otras palabras.

«Aunque los gusanos destruyan este cuerpo...», las extrañas, terribles palabras resonaron agudas contra el cielo. De nuevo, en su recuerdo, la tierra cayó sobre el ataúd, como si se tratara de una ducha de arena. Vio otra vez los cipreses contra el gris horizonte, y la entonación canturreada del servicio.

¿Qué pasaba? Había estado rememorando cosas presentes y pasadas, pero esto era real. Alguien estaba llamando a la puerta de la casa.

Se levantó, encendió la lámpara que estaba sobre la mesa y llevándola en alto salió al pasillo. Cuando abrió, la puerta le cayeron sobre la cara varias gotas de lluvia.

—Vine a ver al doctor Fell —dijo la joven—. Bueno, quería que su esposa me invitase a una taza de té.

La muchacha estaba muy seria con su sombrero de luto. Habló con tono de excusa, mirando hacia el oscurecido pasillo.

—Han salido —le explicó él—. Pero por favor, no te quedes aquí, mojándote. No sé si yo sabré hacer un buen té, pero...

—Yo puedo hacerlo —le interrumpió ella.

Todo el envaramiento se disolvió. Ella sonrió. Se despojó del sombrero y el impermeable, que colgó en el vestíbulo, y corrió a la cocina, de modo muy práctico, mientras el joven procuraba fingir que estaba muy atareado. Siempre se tiene un sentimiento de culpabilidad cuando se está de pie en una cocina durante la preparación de la comida. Es como contemplar a alguien cambiando un neumático. Siempre que uno intenta moverse, se tropieza con la persona que está trabajando. No hablaron mucho, pero Dorothy dispuso vigorosamente lo necesario para el té.

Colocó un mantel sobre la mesa del despacho del doctor, delante del fuego. Las cortinas estaban corridas y las llamas ardían vivamente. La muchacha comenzó a hacer unas tostadas. Rampole, mientras tanto, se dedicó a observar los círculos oscuros en torno a sus ojos. Pastelillos calientes, mermelada y té fuerte. El raspado del cuchillo sobre las tostadas, y el dulce olor del cinamomo extendido encima...

De pronto, ella levantó la mirada.

—¿No te bebes el té?

—No —repuso él llanamente—. Dime qué sucede.

El cuchillo tintineó sobre el plato cuando ella lo soltó.

—Nada —contestó, desviando la mirada—. Pero tenía que alejarme de casa.

—Come algo, si quieres, yo no tengo apetito.

—¿Oh, no ves que yo tampoco? Se está bien aquí. La lluvia fuera y el fuego... — flexionó los músculos, como una gatita, y estudió la repisa de la chimenea. Las tazas de té humeaban entre ambos. La joven se había acomodado en el viejo sofá, cuyo tapizado era de un tono rojo oscuro. Sobre la mesa se hallaba el sobre en el que él había copiado los versos. La joven bajó la vista hacia el mismo.

—¿Le has hablado de esto al doctor Fell?

—Sí, se lo dije. Pero todavía no le he explicado que pensamos se trata de algo oculto...

Rampole intuyó de pronto que no tenía la menor idea de lo que estaba diciendo. En un impulso que fue tan súbito como un puñetazo en el pecho, se levantó. Le flaquearon débilmente las piernas, y oyó el canturreo de la tetera colocada sobre el fuego. Estaba consciente de que los ojos de la muchacha brillaban resplandecientes, fijos en las llamas. Por un momento, ella contempló el fuego y luego volvió la vista hacia él.

También Rampole estaba mirando las brasas, escuchando vagamente el zumbido de la tetera y el monótono golpeteo de la lluvia en los cristales.

Después se acercaron...

Durante largo tiempo, cuando hubo terminado de besarla, la joven permaneció inmóvil contra el hombro de Rampole, entornados los ojos y como cerúleos los párpados. Parecía haberse despojado de todos sus temores, y su corazón palpitaba más libremente ahora. Rampole se sintió jubiloso y, al mismo tiempo, estúpido. Volviéndose, se sobresaltó al ver que ella estaba mirando el techo con una vaga mirada.

—Yo... —se disculpó con voz ronca— no debí...

Los ojos de la joven lo miraron fijamente. Parecían estar contemplándolo desde una gran profundidad. Lentamente, movió el brazo, rodeando el cuello del joven, y atrajo de nuevo su rostro hacia sí. Hubo un intervalo en el que los dos corazones latieron al unísono, y alguien pareció estar murmurando frases incoherentes al oído de Rampole, como a través de una espesa bruma. De repente, ella se apartó y se puso de pie con un movimiento espasmódico. Se levantó y comenzó a pasearse por delante de la chimenea. Finalmente, se plantó delante del joven.

—Lo sé —dijo, falta de aliento—. Soy una bestia inhumana. Estoy corrompida, eso es todo. Hacer esto... con Martin...

Él se levantó de un salto y la asió por los hombros.

—¡No pienses más en esto! ¡Todo se ha acabado! ¡Dorothy, te amo!

—¿Crees que yo a ti no? —preguntó ella con un hilo de voz—. Nunca jamás había amado a nadie hasta que llegaste tú. Y esto me asusta. Es la primera cosa en que pienso cuando me despierto por las mañanas y sueño con ella todas las noches. Esto es lo malo. Pero es horrible que ahora piense en el amor...

Pareció ahogarse. Se le estranguló la voz. Rampole apretó más su presión sobre los hombros de la muchacha, como para impedir que cayese al suelo.

—Los dos estamos un poco locos —continuó ella—. Creo... creo que estamos mi poco trastornados por este desdichado asunto...

—¡Pero no durará mucho! ¿No puedes dejar de atormentarte? Ya sabes a qué se reducen tus miedos de todos estos años. A nada. Ya oíste al doctor Fell.

—No puedo explicarlo. Pero sé lo que haré: huir. Marcharme, esta noche... mañana... y olvidarte.

—¿Por qué olvidarme? Además... ¿podrías?

Vio los ojos de la muchacha arrasados en lágrimas y se maldijo por su intemperancia.

—No hay necesidad de olvidar —dijo con voz más sosegada—. Sólo podemos hacer una cosa. Tenemos que poner bien en claro todas estas tonterías de las leyendas, maldiciones y fantasmas, y entonces te verás libre. Entonces, los dos nos marcharemos y...

—¿Me quieres?

—¡Locuela!

—Bien —exclamó ella, tras una corta pausa—. Te lo he preguntado porque... ¡Oh, cuando pienso en mí misma, hace un mes, leyendo libros y preguntándome si podría amar a Wilfred Denim! Sé que he sido una tonta. ¡Una tonta! —meneó fieramente la cabeza y sonrió. De nuevo volvía a ser la Dorothy Starberth que Rampole había visto aquella tarde en que bajaron al pueblo. El temor había abandonado su pecho—. Bien, espero que me quieras de veras. Creo que me moriría si no fuese así.

Rampole comenzó a asegurarle, en forma retórica, de qué forma la adoraba. Los jóvenes siempre se sienten impelidos a hablar así, y Rampole no era diferente a los otros. El efecto de su perorata quedó algo destruido por su ademán ampuloso que le obligó a meter una mano dentro del plato donde estaba la mermelada, y ella se echó a reír ante su abatimiento. Entonces decidieron que estaban hambrientos. Ella, empero, objetó que era ridículo comer, pero Rampole refutó sus palabras.

—Bebe un poco de té —le sugirió—. Coge una rodaja de limón y un terrón de azúcar. Vamos, cógelo. Es una cosa muy curiosa, pero precisamente porque te quiero deseo que te comas una tostada. ¿Mermelada? Tiene un índice de calorías muy bajo, y te la recomiendo. Además...

—¡Por favor! El doctor Fell no tardará en llegar. Deja de comportarte como un loco. ¿Te molestaría abrir una ventana? ¡Vosotros, los americanos, siempre lo tenéis todo cerrado! ¡Por favor!

Él se acercó a una ventana y descorrió las cortinas, imitando el acento de la muchacha. La lluvia había menguado. Abriendo los postigos de la ventana, se asomó fuera e instintivamente miró hacia la prisión de Chatterham. Lo que vio no le causó temor ni sorpresa, sino más bien calma y júbilo. Habló con placer y deliberación.

—Esta vez cogeré a ese hijo de perra. ¡Voy a atraparlo!

Había girado la cabeza hacia la muchacha. De nuevo brillaba una luz en la Sala del Gobernador de la prisión de Chatterham.

Parecía una vela, débil y vacilante por entre la lluvia. La muchacha sólo miró una vez antes de asir a Rampole por el brazo.

—¿Qué vas a hacer?

—Ya te lo he dicho —repuso el joven, briosamente—. ¡Atrapar a ese canalla!

—¿No irás a subir allí?

—¿No? ¡Mírame! Sólo te pido que me mires.

—¡No lo permitiré! ¡No, de veras! ¡Tú no puedes...!

Rampole emitió una risita silenciosa, como un villano en el escenario. Cogió la lámpara de la mesa y corrió hacia el vestíbulo, de modo que ella se vio obligada a seguirlo.

—¡Te ruego que no vayas!

—Ya lo he oído —replicó él, poniéndose el impermeable—. Ayúdame con esta manga, ¿quieres? ¡Buena chica! Ahora, lo que quiero —añadió, inspeccionando el perchero— es un bastón. Uno bien resistente... Ah, aquí hay uno. «¿Estás ya armado, Lestrade?». «Sí, lo estoy». «Muy bien».

—¡Te lo advierto! ¡Iré contigo! —gritó ella.

—Bien, entonces, coge tú impermeable. No sé cuánto tiempo va a estar allí ese tipo. Pensándolo bien, será mejor que llevemos una linterna. El doctor dejó una aquí anoche... aquí está.

—¡Querido! —gritó Dorothy—. Estaba esperando que me dejaras seguirte...

Empapados, por entre el barrizal, cruzaron el prado, marchando hacia la colina. La joven tuvo cierta dificultad en saltar la cerca con su largo impermeable, y él la levantó, al tiempo que ella aprovechaba la ocasión para besarlo en la mejilla. En aquel momento, la alegría de poder enfrentarse con el asesino de la Sala del Gobernador comenzó a abandonarlo. No era ninguna broma. Era un asunto muy serio y peligroso. Se volvió hacia ella en la oscuridad.

—Mira, seriamente, es mejor que te vuelvas. Esto no es una aventura novelesca, y no quiero correr riesgos innecesarios.

Hubo un silencio durante el cual la lluvia tabaleó sobre su sombrero. Solamente brillaba al través de la lluvia aquella luz solitaria. Cuando ella respondió lo hizo con tono firme y frío.

—Sé muy bien lo que estoy haciendo. Quiero saber, saber... ¡Saber toda la verdad! Y tengo que ir contigo, porque tú no sabrás como llegar hasta la Sala del Gobernador, a menos que yo te enseñe el camino. Jaque mate, querido.

La joven comenzó a chapotear en el barrizal, yendo por delante, hacia la ladera de la colina. Él la siguió, tanteando la húmeda hierba con el bastón.

Ambos permanecieron en silencio, y la chica comenzó a jadear cuando ya llegaban frente a la puerta de la prisión. Lejos del fuego de la chimenea de la casita del doctor, Rampole tuvo necesidad de repetirse varias veces que no había nada sobrenatural en aquella extraña prisión, ni en sus látigos y argollas de tormento. El blanco rayo de luz de su linterna rasgó las tinieblas circundantes. Vacilando, avanzó al fin.

—¿Supones —susurró la joven— que se trata realmente del... del...?

—¡Repito que es mejor que te vuelvas!

—No quiero. Tengo miedo, es cierto, pero me asusta aún más la idea de regresar. Deja que me apoye en tu brazo y te enseñaré el camino. Ten cuidado... ¿Qué supones que estará haciendo allí arriba? Debe de estar loco para correr este riesgo.

—¿Crees que nos habrá oído?

—Oh, no. Aún no. Hasta la Sala del Gobernador hay mucho trecho.

Sus pasos resonaban quedamente en el barro. La luz de Rampole volvió a horadar la oscuridad. Les contemplaban pequeños ojuelos por todas partes. Había mosquitos que se pegaban a sus rostros, y no muy lejos debía haber el agua, ya que las ranas croaban sin cesar. De nuevo, Rampole se vio atravesando la interminable serie de corredores, cruzando puertas herrumbrosas, y subiendo y bajando retorcidas escaleras. Cuando el rayo de luz iluminó el rostro de la «Doncella de Hierro», algo chirrió en la oscuridad.

Murciélagos. La joven agachó la cabeza, y Rampole golpeó fuertemente con el bastón. Había calculado mal la distancia, y el palo pegó contra el hierro, enviando una serie de ecos moribundos a lo largo del corredor. Las alas de los murciélagos replicaron furiosamente. Rampole sintió la presión de la joven con más fuerza sobre su brazo.

—Ya le hemos anunciado nuestra presencia aquí —susurró la muchacha—. ¡No, no me dejes aquí sola! Tengo que estar contigo. Si la luz se apaga... Todas estas cosas y seres raros... Casi puedo sentir como rozan mi cabello...

Aunque él la había tranquilizado, pudo sentir los fuertes latidos de su corazón. Si había aparecidos rondando por el fúnebre edificio, las almas de los muertos en el mismo, debían de tener unos rostros tan inmensos como el de la «Doncella de Hierro» y estar también cubiertos de telarañas. El calor de la cámara de las torturas era insoportable. Rampole apretó las mandíbulas como si estuviera mordiendo una bala, como hacían los soldados para ahogar el dolor de una amputación en la época del viejo Anthony.

Anthony...

Había una luz al frente. Apenas la divisaban, pero se hallaba en lo alto de la escalinata que conducía al pasillo donde estaba la Sala del Gobernador. Alguien llevaba una vela en la mano.

Rampole apagó su linterna. Pudo sentir los estremecimientos de Dorothy a su lado y empezó a ascender por la escalera, asiéndose a la barandilla con una mano, y el bastón con la otra. Sabía con fría claridad que no temía ya al asesino. Le habría gustado poder abatir el pesado bastón sobre el cráneo de aquél. Pero tenía las piernas como embotadas, sin embargo, y su estómago helado y convulsionado como un trapo mojado. Tenía miedo de que pudiera tratarse de otro ser fantasmagórico.

Por mi momento pensó que la joven iba a chillar. Y comprendió que él también habría gritado si hubiese habido un fantasma detrás de la palmatoria, y la sombra hubiese exhibido un sombrero de tres puntas... Oyeron pasos arriba. Evidentemente, la otra persona los había oído llegar. Pero los pasos parecían retroceder hacia la Sala del Gobernador.

En algún lugar parecía estar resonando el taconeo de un bastón.

Silencio.

Lentamente, durante interminables minutos, Rampole fue ascendiendo por la escalinata. Un débil resplandor brilló por la abierta puerta de la sala. Metiéndose la linterna eléctrica en el bolsillo, cogió la mojada mano de Dorothy. Sus zapatos chirriaron levemente, pero también lo hacían las ratas. Se movió por el corredor y atisbo por el resquicio de la puerta.

Sobre la mesa del centro se estaba consumiendo una vela en una palmatoria. A la mesa, estaba sentado inmóvil el doctor Fell, con la barbilla entre las manos, y un bastón apoyado en su pierna. Sobre el muro a sus espaldas, la vela arrojaba una serie de sombras danzantes, que curiosamente, componían una especie de estatua de Rodin. Y, sentada sobre sus ancas, encima de la endoselada cama, había una rata gris que miraba al doctor Fell con sus ojillos, diminutos, sardónicos.

—Adelante, hijos míos —invitóles el doctor, casi sin mirar hacia la puerta—. Confieso que me he sentido muy aliviado cuando he visto que erais vosotros.

CAPÍTULO XIII

Rampole permitió que el bastón se le deslizase por entre los dedos de la mano hasta golpear el suelo. Después se apoyó en él.

—¡Doc...! —comenzó a decir, pero le falló la voz. La muchacha estaba riendo, con una mano sobre los labios.

—Pensamos... —continuó Rampole, y otra vez volvió a atragantarse.

—Sí —asintió el doctor—. Ustedes creyeron que aquí estaba el asesino... o un fantasma. Yo temí que desde el «Tejo» pudiera divisarse la vela y viniera alguien a investigar, pero no había forma de bloquear la ventana. Bien, querida jovencita, será mejor que se siente. Admiro su serenidad al haber venido hasta aquí. En cuanto a mí...

Sacó del bolsillo un revólver «derringer», modeló muy anticuado, y lo sostuvo pensativamente sobre la palma de la mano. Luego inclinó la cabeza.

—Queridos muchachos, creo que estamos enfrentados a un hombre sumamente peligroso.

—¿Pero qué hace usted aquí? —se extrañó Rampole. El doctor Fell dejó la pistola sobre la mesa, al lado de la palmatoria. Luego indicó lo que parecía un rintero de libros manuscritos, podridos y carcomidos por la polilla, y un montón de cartas amarillentas. Con un pañuelo trató de quitarse el polvo de las manos.

—Puesto que han venido —dijo— será mejor que vean esto. He estado husmeando... No, amiguito, no se siente al borde de la cama, que está llena de cosas desagradables. Aquí, al borde de la mesa. Usted, querida —a Dorothy—, puede sentarse en la butaca. Los demás asientos están llenos de arañas. Anthony llevaba las cuentas, claro está —prosiguió—. Y pensé que tal vez las encontraría si me dedicaba a buscarlas. Lo que más me interesaba era saber qué estaba ocultándole Anthony a su familia. Bien, creo que nos hallamos ante otra versión del tesoro enterrado.

Dorothy, muy quieta dentro de su impermeable, se volvió lentamente hacia Rampole.

—Lo sabía. Lo sabía. Y después de haber hallado los versos...

—¡Ah, los famosos versos! —gruñó el doctor Fell—. Sí, tendré que echarles una ojeada. Mi joven amigo me los mencionó. Pero lo único que hay que hacer es repasar el diario de Anthony para tener una idea de lo que hizo. Odiaba a su familia por ridiculizar sus poesías. Por lo tanto, se sirvió de las mismas para fastidiar a sus parientes. Yo no soy un buen contable, pero gracias a estos libros he comprendido que dejó una bonita fortuna. No podía arrebatársela, naturalmente, debido a que las tierras, la mayor fuente de los ingresos, estaban vinculadas. Pero supongo que puso

una suma cuantiosa fuera del alcance de sus manos. ¿Joyas? ¿Plata? ¿Oro? Lo ignoro. Recordará, jovencito, que en su diario se refiere a «las cosas que se pueden comprar para derrotarlos», hablando de sus familiares. Y vuelve a decir: «Tengo mis primores a salvo». Además, no hay que olvidar su sello. «Todo lo que tengo lo llevo conmigo». «*Omnia mea mecum porto*».

—¿Y dejó las pistas en los versos? —preguntó Rampole—. ¿Dicen las pistas el lugar donde está enterrado el tesoro?

El doctor Fell sacóse de un bolsillo su pipa y la bolsita del tabaco. Luego, maniobrando en la cinta, se ajustó los lentes en la nariz.

—Hay otras pistas —repuso, meditativamente.

—¿En el diario?

—En parte. Por ejemplo: ¿por qué tenía Anthony tanta fuerza en los brazos? Cuando fue nombrado gobernador de la cárcel era más bien algo enclenque. Nada se desarrolló en él más que sus brazos y hombros. De esto estamos seguros, ¿no?

—Sí, claro.

El doctor movió su enorme cabeza.

—Bien, tú viste, como yo, los desconchados de la barandilla de piedra del balcón, ¿eh? Son del tamaño aproximado del pulgar de un hombre —añadió el doctor, contemplando pensativamente su propio pulgar.

—¿Quiere decir un mecanismo secreto? —inquirió Rampole.

—Pasemos a otra cosa, también importante: ¿por qué dejó una llave de la puerta del balcón? ¿Por qué la puerta del balcón? Al dejar sus instrucciones en la caja fuerte, sus herederos sólo necesitaban tres llaves: una, la de la puerta de la sala, otra de la caja y la tercera, la del cofrecito. ¿Por qué, entonces, incluir la cuarta llave?

—Bien, porque sus instrucciones ordenan salir al balcón —contestó Rampole—. Esto es lo que afirmó sir Benjamín al hablar de una trampa mortal. Si al referirse a una muesca del grueso de un pulgar, quiere decir que existe un muelle, o un mecanismo especial que al ser presionado...

—¡Oh, bobadas! —rezongó el doctor—. No dije que allí se tuviera que apoyar el pulgar de un hombre. Un pulgar, ni en treinta años consecutivos, hubiera podido dejar una huella tan profunda. Pero os diré qué podría haberla hecho. Una cuerda.

Rampole se deslizó al suelo desde la esquina de la mesa. Llevó su mirada hacia, la puerta del balcón, cerrada y siniestra a la débil luz de la vela.

—¿Pero —quiso saber— tenía Anthony tanta fuerza en los brazos?

—Oh, si quieres más preguntas —tronó el doctor, muy erguido en su asiento— ¿por qué el destino de todos ellos está tan íntimamente ligado al foso? Claro está, existe el hijo de Anthony, el que fue segundo gobernador de la prisión. Él fue quien nos desvió por el mal camino. Murió como su padre, con el cuello roto, y con ello empezó la tradición. Si hubiese muerto en la cama, no habría habido tradición, y nosotros habríamos examinado la muerte de Anthony, su padre, sin ninguna clase de prejuicio. La hubiéramos considerado como un problema aislado en sí, tal como es.

Pero no ocurrió de este modo. Él hijo de Anthony estuvo de gobernador de la prisión cuando el cólera hizo presa en la mayoría de los encarcelados, y aquellos pobres diablos se volvieron locos en sus celdas sin ventilación. Bien, el gobernador de la cárcel enloqueció por la misma causa. Había contraído el cólera y, los desvaríos fueron demasiado fuertes para él. ¿Conocéis el efecto causado en nosotros por el diario de su padre? Entonces, imaginaos el efecto nervioso que debió producirle a un hombre atacado por el cólera, a mediados del siglo pasado. ¿Os imagináis el efecto producido por los miasmas emanados de ese foso pestilencial donde se consumían los restos de los delincuentes colgados y arrojados al agua? Anthony no pudo odiar tanto a su hijo como para obligarlo a saltar de la cama y arrojarlo por el balcón. Y esto, en cambio, es exactamente lo que hizo el segundo gobernador.

Bufando, el doctor Fell respiró con tanta fuerza que estuvo a punto de apagar la vela, y Rampole pegó un brinco. Por un momento, el salón permaneció en silencio. Allí reinaba la muerte: los libros de los hombres muertos, los sillones de los muertos, y ahora la antigua enfermedad de sus cerebros se había convertido en algo tan terrible como el rostro de la «Doncella de Hierro». Una rata se escurrió por el suelo. Dorothy Starberth colocó una mano sobre el brazo de Rampole. Parecía como si hubiera visto un fantasma.

—¿Y Anthony...? —inquirió el joven, haciendo un esfuerzo.

Durante unos instantes, el doctor Fell continuó sentado, con la densa mata de pelo colgando hacia delante.

—Debió tardar largo tiempo —observó vacuamente— en ahuecar una muesca tan profunda en la piedra. Tenía que hacerlo solo, y en el transcurso de la noche, cuando nadie podía verlo. Claro está, no había centinelas en este lado de la prisión, por lo que podía salir sin ser observado... Sin embargo, me siento inclinado a pensar que durante los primeros años debió contar con la ayuda de alguien, hasta que hubo desarrollado su enorme fuerza. Ésta debió sentarse a fuerza de paciencia, pero hasta entonces debió tener una persona que le ayudase a bajar y a subir... Probablemente, más tarde, debió deshacerse de su ayudante.

—¡Un momento, por favor! —suplicó Rampole, pegando sobre la mesa—. Usted afirma que esa entalladura en la barandilla fue causada por una cuerda por la que, Anthony estuvo varios años...

—Descendiendo y subiendo, sí.

—Al foso... —terminó el joven, lentamente. De pronto tuvo la visión de una figura poderosa, vestida de negro, colgando del extremo de una cuerda bajo el cielo nocturno. Una lámpara o dos arderían en la prisión. Las estrellas estarían ocultas tras las nubes. Y Anthony descendería por la noche al lugar donde los muertos, ejecutados, se estaban corrompiendo en miasmas putrefactos.

Sí, en algún lugar de aquel foso, Dios sabía dónde, Anthony había pasado varios años excavando un escondrijo. O posiblemente, cada noche había bajado para examinar su tesoro. La insalubridad del foso habría destruido su cordura, como más

tarde destruyó la de su hijo; pero de manera más sutil, ya que era un hombre más duro. Vería a los muertos trepar desde el foso para llamar a la puerta de su balcón. Los oiría susurrar en el silencio de la noche, porque él había dispuesto de su carne como carroña, guardando su oro entre sus huesos. Muchas noches debió haber visto las ratas alimentándose en el foso. Fue sólo cuando vio ratas en su propio lecho que creyó que los muertos deseaban llevárselo consigo.

La húmeda camisa de Rampole le resultó repulsiva al contacto de su cuerpo. La estancia estaba llena de la presencia de Anthony.

Dorothy habló con voz clara. Ya no parecía asustada.

—¿Y esto continuó hasta...?

—Hasta que se tornó despreocupado —terminó el doctor Fell.

La lluvia, que casi había cesado, volvió a golpear fuertemente contra los muros de la fortaleza, desgarrando la hiedra de la ventana, y encharcando el suelo. Danzaba a través de la prisión como si la estuviera lavando.

—O tal vez —resumió el doctor, atisbando de repente hacia la puerta del balcón —, tal vez no se tornó descuidado. Tal vez alguien se enteró de sus visitas al foso, sin saber de qué se trataba, y se limitó a cortar la cuerda. Bien, sea como fuere, el nudo de la cuerda se deshizo o la cuerda quedó segada. Ello ocurrió, seguramente, según la leyenda, en una noche borrascosa, con un gran vendaval y un fuerte aguacero. La cuerda cayó con él. Puesto que el extremo inferior se hallaba dentro del borde del foso, naturalmente, cayó dentro de aquél. Nadie se cuidó de examinar el interior del mismo, por lo que la cuerda pasó inadvertida. Pero Anthony no fue a caer dentro del foso.

«Sí, una cuerda que fue cortada —pensó Rampole—. Esto es más probable que un nudo deshecho. Tal vez había una lámpara encendida en la Sala del Gobernador, y el hombre armado de un cuchillo se asomó al balcón y vio la faz de Anthony momentáneamente en el momento en que éste quedaba empalado en los pinchos de hierro del borde del foso».

El cerebro de Rampole tuvo la fugaz visión de unos ojos sanguinolentos, vividos, muy abiertos, horrorizados, y un cuerpo atravesado por unas poderosas púas de hierro... mientras en lo alto se asomaba el semblante contraído del asesino.

Un grito que rasgó el viento y la lluvia; después un ruido... y una lámpara que se apaga. Todo estaba ya tan en silencio como aquellos libros muertos. *Ainswort* pudo haberlo imaginado, tal como ocurrió, en el siglo diecinueve...

—Bien, señorita Starberth —oyó que decía el doctor Fell, distante—, aquí tiene su maldición. Esto es lo que la ha estado preocupando constantemente, ¿verdad? No resulta muy impresionante ¿eh?

La joven se levantó sin hablar y empezó a pasearse por el salón, con las manos en los bolsillos, tal como Rampole recordaba haberla visto aquella primera noche en el andén. Deteniéndose delante del doctor Fell, sacó un papel del bolsillo y se lo tendió. Los versos.

—¿Entonces... esto? —le preguntó—. ¿Por qué?

—Indudablemente, un criptograma. Nos dirá exactamente el lugar... ¿Pero no ve que un ladrón listo no habría necesitado este papel, ni siquiera habría necesitado conocer su existencia, ni aun saber que había algo en el foso? Podía haber utilizado la misma evidencia que he empleado yo. Estaba al alcance de cualquiera.

La vela se estaba agotando, y la llamita se había curvado ligeramente, chisporroteando alegremente, con los últimos destellos de su agonía. Dorothy se acercó al sitio donde la lluvia estaba formando charcos junto a la ventana, y contempló tristemente las enredaderas.

—Creo que lo entiendo —murmuró—. Me refiero a lo de mi padre. Estaba... muy mojado... muy mojado cuando lo encontraron.

—¿Quieres decir —la interrumpió Rampole— que sorprendió al ladrón en su faena?

—¿Existe acaso otra explicación? —gruñó el doctor Fell. Había estado realizando ineficaces esfuerzos para encender su pipa, y ahora la dejó sobre la mesa—. Había estado cabalgando. Distinguió la cuerda que colgaba por el foso. Podemos presumir que el asesino no lo vio porque Timothy descendió al foso. ¿Y bien...? —lanzó una feroz mirada a su alrededor.

—Debe de haber una especie de cámara o escondrijo bastante amplio allí abajo —asintió Rampole—. Y el asesino no supo que Timothy estaba allí, en el foso, hasta que lo vio.

—Hum... Bien. Hay otra deducción, pero dejémosla por el momento. Perdóneme, señorita Starberth, pero su padre no cayó. Fue golpeado salvajemente y después arrojado entre la maleza.

—¿Herbert? —preguntó ella volviéndose.

Con el índice, el doctor Fell trazó un dibujo sobre el polvo de la mesa, como un niño dibujando, completamente absorto.

—No pudo ser un aficionado —musitó—. Todo fue demasiado perfecto. No pudo serlo. Pero tuvo que serlo, a menos que se demuestre lo contrario. Y de no serlo, el botín debía valer la pena.

Rampole, algo irritado, preguntó a qué se refería.

—Me refería a una visita a Londres —le contestó el doctor.

Con un gran esfuerzo consiguió incorporarse sobre sus dos bastones. Permaneció de pie, algo encorvado, y parpadeando en torno, detrás de sus gafas. Después, blandió un bastón hacia los muros, como un maestro.

—Vuestro secreto se ha esfumado —gruñó—. Ya no podréis asustar a nadie más.

—Todavía queda suelto un asesino —le recordó Rampole.

—Sí. Y, señorita Starberth, fue su padre quien lo quiso así. Su padre dejó aquella nota en la caja fuerte, como ya dije el otro día. El asesino creyó que estaba a salvo. Pero tenía que esperar dos años para apoderarse del condenado papel. Y así resultó que no estaba a salvo.

—¿Sabe usted quién es?

—Vámonos —dijo el doctor con brusquedad—. Vámonos a casa. Necesito una taza de té o una botella de cerveza, con preferencia la última. Y mi esposa no tardará ya mucho en regresar de casa de la señora Payne...

—Oiga, señor —insistió Rampole—. ¿Conoce usted la identidad del asesino?

El doctor Fell meditó un instante.

—Todavía llueve fuerte —respondió al cabo, con el aire de quien ha calculado un movimiento de ajedrez—. ¿Ves el agua que se ha acumulado bajo la ventana?

—Sí, pero...

—¿Y no ves —indicó la cerrada puerta del balcón— que no se ha filtrado aquí dentro ni una sola gota?

—Naturalmente.

—Pero si la puerta hubiera estado abierta habría aquí mucha más agua que debajo la ventana, ¿no?

Si el doctor estaba hablando por el mero afán de no contestar a la primera pregunta de Rampole, éste no supo averiguarlo. El lexicógrafo estaba mirando a través de sus gafas en forma algo bizqueada, y retorciéndose el bigote. Rampole, aunque a regañadientes, resolvió colgarse de la cola de su cometa.

—Indudablemente, señor.

—Entonces —exclamó el otro triunfante— ¿por qué no vimos su luz?

—¡Oh, Dios mío! —Rampole exhaló un débil quejido.

—Es como un truco conjurador. ¿Sabéis —inquirió el doctor Fell, señalando con un bastón a ambos jóvenes— lo que dijo Tennyson del «Sordello» de Brownin?

—No, señor.

—Dijo que las únicas cosas que podían entenderse del poema eran el primer verso y el último... y que ambos eran mentira. Bien, ésta es la clave de todo el asunto. Vámonos, hijitos, a tomar el té.

Todavía podía planear en la fortaleza el terror de los tormentos y los látigos. Pero Rampole ya no lo experimentó cuando descendió a la planta baja, portador de su linterna.

Y una vez en la casita del doctor Fell, cálida y acogedora, hallaron a sir Benjamín Arnold que les estaba esperando en el despacho.

CAPÍTULO XIV

Sir Benjamín estaba de mal humor. Había estado maldiciendo a causa de la lluvia, y todavía resultaba tan palpable la presencia de su fuerte lenguaje como el olor a whisky. Le hallaron sentado ante el fuego de la chimenea, contemplando con hambrienta mirada los restos del té.

—Hola —le saludó el doctor Fell—. ¿Todavía no ha vuelto mi mujer? ¿Cómo se ha colado usted hasta aquí?

—Entré —respondió el comisario, sencillamente—. Estaba la puerta abierta. Alguien la dejó así... perdiéndose además un excelente té. Bien, ¿hay algo de beber?

—Pues... sí, tenemos té —contestó Rampole.

El comisario se sintió molesto.

—Quiero un coñac con soda. Todo el mundo me persigue. Primero, el rector. Su tío, de Nueva Zelanda y antiguo amigo mío, ya que debido a esto fui yo quien le consiguió la parroquia al rector, vuelve de Nueva Zelanda por primera vez en diez años, y el rector quiere que vaya a recibirlo. ¿Cómo diablos puedo abandonar esto? El rector también es neozelandés. Pues bien, que vaya él a Southampton. Después, Payne...

—¿Qué le ocurre a Payne? —preguntó el doctor Fell.

—Quiere que sellemos la puerta de la Sala del Gobernador con una tapia de ladrillos. Dijo que su propósito ya ha terminado. Bien, ojalá sea así. Pero todavía no podemos complacerlo. Payne siempre parece sufrir jaqueca por algo. Finalmente, puesto que el último heredero masculino de los Starberth ha muerto, el doctor Markley quiere que se vacíe el foso.

El doctor Fell hinchó sus mejillas.

—Ciertamente, no podemos hacerlo —concedió—. Bien, siéntese. Hay algo que debemos contarle.

Mientras el doctor servía las bebidas, le fue contando a sir Benjamín todo lo que había sucedido aquella tarde. Durante su relato, Rampole estuvo contemplando el rostro de la muchacha. Ésta no había pronunciado apenas palabra desde que el doctor Fell había explicado en qué consistía la verdadera maldición de los Starberth, pero parecía estar tranquila.

Sir Benjamín palmoteaba con las manos detrás de la espalda. Sus mojadas ropas exhalaban un olor fuerte a tejido y tabaco.

—No lo dudo, no lo dudo —gruñó—. ¿Pero por qué ha tardado tanto en decir todo esto? Hemos estado perdiendo un tiempo precioso. Sin embargo, esto no

resuelve el caso por completo. Nos falta Herbert, el culpable según el resultado de la encuesta.

—¿No está seguro de ello?

—¡No, maldita sea! No creo que el chico sea culpable. ¿Pero qué más podemos hacer?

—¿Todavía no hay ningún rastro suyo?

—Oh, ha sido visto en muchas partes, pero todavía no ha sido hallado. ¿Mientras tanto, repito, qué podemos hacer?

—Podemos investigar en el escondrijo construido por Anthony.

—Sí. Si este infernal criptograma, o lo que sea, nos dice... Echémosle una ojeada. Supongo que tenemos su permiso, señorita Starberth.

—Naturalmente... ahora —sonrió ella ligeramente—. Pero estoy inclinada a pensar que el doctor Fell se ha mostrado excesivamente confiada. Aquí está mi copia.

El doctor Fell se instaló en su sillón favorito, resplandeciente su pipa y una botella de cerveza al lado. Con su blanco cabello y sus patillas, hubiera podido pasar por Papá Noel. Miró benévolamente a sir Benjamín, mientras éste estudiaba los versos. La pipa de Rampole también tiraba bien, en tanto estaba acomodado muellemente en el sofá rojo donde, de manera disimulada, podía rozar la mano de Dorothy. Con la otra mano sostenía un vaso. El joven reflexionó que la vida, en aquel momento, era exquisita.

Los ojos caballunos del comisario parpadearon varias veces. Leyó en voz alta:

*Fue la principal ciudad del mundo antiguo.
Citado fue en la Ilíada del gran Homero.
Y en ese país brilla el sol de medianoche.
El sitio donde se destruye a todo guerrero.^[3]*

— — — — —

*How called the dwellers of Lyn-dun;
Great Homer's tale of Troy?
Or country of the midnight sun...
What doth all men destroy?

Against it man hath dashed his foot;
This angel bears a spear!
In garden glade where Lord Christ prayed.
What spawns dark stars and fear?

In this the white Diana rose;
Here was Dido bereft...
Where on four leaves good fortune grows;
East, south, west, what is left?*

*The Corsican was vanquished here,
Great mother of all sin;
Find green the same as shiretown's name,
Find Newgate Gaol, and win!*

Cuya exacta traducción sería:

*¿Cómo se llaman los moradores de Lyn-dun?
La leyenda troyana del gran Homero.
Y el país donde a medianoche brilla el sol aún.
Donde se destruye a cada guerrero.*

*Contra ello el hombre su pie golpeó.
Este ángel blande una espada.
En el huerto donde Cristo oró
¿qué engendra el temor y la estrella apagada?*

*Este lugar la blanca Diana elevó,
de éste otro, Dido fue raptada.
Donde en cuatro hojas la buena fortuna creció.
Este, Oeste, Sur... ¿cuál fue olvidada?*

*El Corso fue conquistado aquí.
¡Oh, madre de todo pecado!
Tan verde como el nombre de la ciudad del condado.
¡Hallé la cárcel de Newgate... y vencí!*

Lentamente, volvió a leer los cuatro versos en voz más baja.

—¡Esto es una necedad! —exclamó después, acalorado.

—¡Ah! —exclamó el doctor Fell, como quien saborea el mejor de los vinos.

—No es más que una poesía idiota.

—Son versos —le corrigió el doctor Fell.

—Bueno, no puede ser ningún criptograma.

—Pues sí es un criptograma —le refutó el doctor.

El comisario le arrojó la hoja de papel.

—De acuerdo. Díganos qué significa. «Fue la principal ciudad del mundo antiguo. Citado fue en la *Ilíada* del gran Homero». ¡Tonterías...! Aunque... mi momento —musitó sir Benjamín, rascándose una mejilla—. He visto esta clase de acertijos en las revistas... Y recuerdo que hay historias... Sí, hay que coger la segunda palabra, o la tercera de cada verso...

—Esto no sirve —le atajó Rampole, mohíno—. He tratado ya de conjuntar las palabras de acuerdo con todas estas combinaciones, tomando las primeras, las

segundas y las terceras palabras. Lo he probado como un acróstico, tomando las iniciales de cada verso, de arriba abajo. Bien, por la izquierda resulta: «Fcyefqyaydeeyohqlas», lo cual no tiene sentido, y por la derecha: «Ooeodndneaeodornea», que todavía tiene menos.

—¡Ajá! —asintió el doctor Fell.

—En las revistas... —insistió sir Benjamín.

El doctor Fell se arrellanó más aún en su sillón y sopló mía densa bocanada de humo.

—A propósito —observó—. Siempre me siento inclinado a resolver toda clase de crucigramas y juegos de palabras. Y me entusiasman los criptogramas. (Incidentalmente, hallarán en la librería uno de los primeros libros sobre la criptografía: El *De furtivis Literarum Notis*, de John Baptist Posta, publicado en 1563). Bien, lo primero que debemos tener presente en un criptograma es que debe esconder algo que alguien desea mantener escondido en un lugar secreto. O sea, que es un secreto escrito y cifrado. Su mensaje debe decir algo, como «Las joyas extraviadas se hallan escondidas en los pantalones del archidiácono», o «Von Dinklespook atacará a medianoche la guardia de Worcestershire». Pero cuando esos tipos de las revistas ilustradas tratan de inventar un criptograma que despiste al lector, no se preocupan mucho por despistarle. Lo consiguen redactando un mensaje que nadie redactaría. Entonces, el lector suda y se mueve por entre una gigantesca masa de símbolos, sólo para llegar a la conclusión de una frase como ésta: «Pusilánimes paquidermos primariamente postergaban prerrogativas procreadoras». ¡Bah! —bufó el doctor—. ¿Pueden imaginarse a un agente del servicio secreto alemán arriesgando su pellejo para conseguir un mensaje como éste, a través de las líneas británicas? Cualquiera puede pensar que el general Von Googledorfer lanzaría un rugido cuando tuviese descifrado el mensaje y hallase que los elefantes cobardes, tienen la costumbre de rehuir cualquier intento para reproducir su especie.

—Esto no es cierto, ¿verdad? —inquirió sir Benjamín interesado.

—No me preocupa la historia natural de esta observación —repuso el doctor, volviendo a soplar el humo de su pipa—. Me refería a los criptogramas —bebió un largo sorbo de cerveza y continuó con tono más ecuánime—. Naturalmente, es una práctica muy antigua. Plutarco y Gellius mencionan métodos secretos de correspondencia, usados ya por los espartanos. Pero la criptografía, en el estricto sentido de sustituir palabras, letras o símbolos, es de origen semítico. Al menos, Jeremías lo empleó. Una variante de esta sencilla forma se usó en la *quarta elementorus littera*, de César, dónde...

—¡Pero estudie ese maldito criptograma de una vez! —estalló sir Benjamín, cogiendo la copia de Rampole de encima de la mesa y entregándosela—. Mire aquí, en la última estrofa. No tiene sentido. «La hora en que el sol se esconde. Aquí fue desterrado el corso». Supongo que esto se referirá a Napoleón.

El doctor Fell se quitó la pipa de la boca.

—Me gustaría que se callara usted —dijo, quejumbrosamente—. Me gusta pronunciar conferencias. Puedo ir desde Tritemio a Francis Bacon, y luego...

—¡No quiero ninguna conferencia! —exclamó el comisario—. Pero sí quisiera que estudiara usted esto. No le pido que lo resuelva. Pero deje de discursar y estúdielo.

Suspirando, el doctor Fell fue hacia la mesa del centro, donde estaba encendida otra lámpara y extendió el papel encima. El humo de su pipa iba surgiendo a pequeñas bocanadas por entre sus apretados dientes.

—¡Hum...! —exclamó.

Hubo otro silencio.

—Espere un instante —le urgió sir Benjamín, levantando la mano cuando el doctor iba a hablar—. No comience a hablar como una condenada enciclopedia. ¿Ve alguna pista?

—Iba a rogarle —repuso el otro, blandamente— que me diese otra botella de cerveza. Sin embargo, y puesto que lo ha mencionado usted... los antiguos no fueron más que bebés comparados con nuestros modernos criptógrafos. Esto lo demostró la guerra. Y éste, que fue redactado a finales del siglo dieciocho o a principios del diecinueve, no debe de ser muy difícil. El jeroglífico era la forma favorita de la época. Ya sé que aquí no es así; pero es un poco más difícil que la ordinaria sustitución cifrada que tanto apasionaba a Poe. Es semejante a un jeroglífico, sólo que...

Todos se habían agrupado en torno a su sillón, inclinándose... sobre el papel. Todos volvieron a leer los extraños versos:

Fue la principal ciudad del mundo antiguo.

Citado fue en la Ilíada del gran Homero.

Y en ese país brilla el sol de medianoche.

El sitio donde se destruye a todo guerrero.

Fueron los fundadores de la anterior ciudad.

¿Quién fue tan ofendido por Caín?

¡Y fueron juzgados y aniquilados sin piedad!

Allí donde nada tiene fin.

¡Y edificaron una inmensa urbe!

¿Dónde hallar las respuestas del Más Allá?

El Crucificado oró y sudó sangre...

En tal lugar a la blanca Diana se adoró.

Y es ella la que engendra la fatal oscuridad.

¡Oh, madre de todo pecado!

Hija legítima eres tú del pesar.

¿Quiénes fueron los moradores de Lyn-Dun?

*¡La hora en que el sol se esconde!
Aquí fue desterrado el Corso.
Sur, Norte, Este... ¿cuál queda?*

El lápiz del doctor Fell trabaja con rapidez, trazando símbolos ininteligibles. Gruñó, meneó la cabeza, y volvió a concentrarse en los versos. Girándose para alargar la mano hacia una estantería de libros que tenía al lado, cogió un tomo encuadernado en piel negra, cuyo título era: *Manual del Criptógrafo*, por L. Fleissner, y consultó el índice, volviendo a bufar.

—¡Drafhkg! —ladró, como si dijese maldición—. Aquí nos da «drafhkg», lo cual es una memez. Juraría que no se trata de ninguna clase de sustitución. Lo intentaré con la prueba latina y con la inglesa... ¡Ah, ya lo tengo! Lo clásico siempre triunfa. No lo olvides nunca, jovencito. ¿Qué le pasa, señorita Starberth?

La joven estaba inclinada con ambas manos sobre la mesa, el oscuro cabello reluciente bajo la luz. Lanzó una corta carcajada al levantar la mirada.

—Sólo estaba pensando —contestó, como intrigada— que si prescindimos de la puntuación...

—¿Cómo?

—Bueno... observe el primer verso. «Fue la principal ciudad del mundo antiguo». Esto suena a Babilonia, ¿verdad? Y «Citado fue en la *Ilíada* del gran Homero» podría tratarse de Menelao...

—¡O de Helena! —siguió Rampole.

—¡O Ulises! —tronó el doctor Fell.

—Y el lugar donde brilla el sol a medianoche... ¡es Noruega!

—¡O Suecia! —replicó el doctor Fell.

—¡Dios mío! —exclamó Rampole—. ¡Es un juego de palabras, como un crucigrama!

—¡Tonterías! —gruñó el doctor Fell, encendido el rostro.

—Pero mire, señor —insistió Rampole, inclinándose de pronto sobre el papel—. El viejo Anthony no sabía que estaba componiendo un crucigrama, pero esto es, en realidad. Usted dijo que se trataba de una especie de jeroglífico...

—Pensándolo bien —el doctor Fell se aclaró la garganta—, el proceso no es desconocido...

—Bien, manos a la obra —propuso sir Benjamín—. Intentémoslo de esta manera. «El sitio donde se destruye a todo guerrero». ¿A quién se le ocurre?

El doctor Fell, que había vuelto a retorcerse el bigote, volvió a empuñar el lápiz.

—Naturalmente, es el campo de batalla. Bien, tomaremos las palabras que más nos interesen de las que hemos encontrado... Bien, ahora tenemos: Babilonia, Ulises, Suecia, Campo... Me parece que esto comienza a tener sentido...

Hubo un silencio absoluto.

—No parece tener mucho... —musitó sir Benjamín.

—Al menos, hasta ahora es lo que más sentido tiene de todo cuanto hemos probado —le interrumpió Rampole—. Continuemos. «Fueron los fundadores de la anterior ciudad». Esto parece familiar...

—Los fundadores de Babilonia fueron los amontas —explicó el doctor Fell.

—Bien —prosiguió Rampole—. ¿Quién fue tan ofendido por Caín?

—¡Dios, indudablemente! —rugió el doctor Fell. Había recobrado su buen humor. Hizo una pausa y prosiguió—: La línea siguiente se refiere sin duda a unos sentenciados.

Una amplia sonrisa entreabrió sus labios y se retorció el bigote como un viejo pirata.

—Bien, ahora tomemos la primera letra de cada palabra encontrada... ¿y qué tenemos?

—BUSCAD... —leyó Dorothy con los ojos relucientes—. ¡Esto es! ¿Qué más sigue?

—Ahora nos queda una S... Creo que necesitamos una E... Veamos: «Allí donde nada tiene fin...». ¡Claro, la Eternidad! Luego, «¡Y edificaron una inmensa urbe!». Puede, ser... París... Roma...

—¡Londres! —rugió sir Benjamín, con acento triunfal.

—Muy patriota, sir Benjamín, gracias. Sigamos: «¿Dónde hallar las respuestas del Más Allá?». Pues en el *Libro de los Muertos*. ¡Por Júpiter, que esto va bien! No creí que fuese tan sencillo. El Crucificado oró y sudó sangre...

—¡En los olivos! —gritó Dorothy.

—Muy bien —aprobó el doctor Fell—. Ahora ya tenemos: BUSCAD SELLO... Veamos... —el lápiz del doctor Fell siguió añadiendo letras al mensaje, hasta que al fin exclamó—: ¡Ya está! Las demás palabras resultan ser: Éfeso, Noche, Eva, Lágrima, Fenianos, Ocaso, Santa Elena y Oeste. ¡Maldito crucigrama, que guardó su secreto durante cien años! Bien, el conjunto del mensaje reza así: *Buscad sello en el foso*.

—¡Cien años... —murmuró sir Benjamín, sentándose de nuevo—, y nosotros lo hemos solucionado en menos de media hora!

—Permítame recordarle —rezongó el doctor Fell, ligeramente encolerizado—, ¡que no hay en este crucigrama nada absolutamente nada que yo no hubiese adivinado antes! Toda la explicación estaba ya hecha. Esto es sólo la prueba de dicha explicación. Si este criptograma hubiese sido solucionado sin mis anteriores deducciones, no habría tenido ningún sentido. Ahora, empero, sabemos lo que significa, gracias a... este anterior conocimiento.

Se terminó la cerveza con gesto ampuloso y miró en torno.

—Claro, claro —asintió sir Benjamín—. ¿Pero qué significa lo del sello?

—Sólo puede ser una referencia a su lema: «Todo lo que tengo lo llevo conmigo». En realidad, este lema me ha ayudado mucho. Y volverá a ayudarnos. En algún lugar del foso tiene que estar grabado en la piedra...

El comisario volvió a acariciarse la mejilla.

—Sí, pero no sabemos dónde. Y es un sitio muy desagradable de inspeccionar.

—¡Tonterías! —bufó el doctor—. Naturalmente que sabemos dónde está.

Cuando el comisario lo miró extrañado, el doctor Fell se retrepó confortablemente en su sillón y procedió a encender de nuevo su apagada pipa.

—Sí, por ejemplo —continuó con excitada voz—, dejásemos caer una cuerda desde la muesca de la balastrada del balcón de la Sala del Gobernador, y su extremo llegase hasta el foso, como la cuerda de Anthony... bien, creo que no caería muy lejos del escondrijo ¿verdad? El foso es bastante grande, pero la cuerda disminuiría mucho nuestras investigaciones, limitándolas a unos cuantos centímetros. Y si un joven corpulento, como nuestro amigo aquí presente, se brindaba a descender al interior del foso...

—Esto es bastante convincente —aprobó el comisario—. ¿Pero de qué serviría? Según usted, el asesino hace ya tiempo que vació el escondrijo, fuese lo que fuese que hubiese en él. Mató al viejo Timothy porque éste lo sorprendió, y asesinó a Martin porque éste otro habríase enterado de su secreto si leía el papel de la caja fuerte... ¿Qué espera encontrar ahora allí?

—No estoy seguro —vaciló el doctor Fell—. Pero creo que nuestro deber es investigar.

—De acuerdo —sir Benjamín respiró hondo—. Mañana por la mañana cogeré un par de agentes...

—En este caso, tendremos a todo Chatterham a nuestro alrededor —le reprochó el doctor—. ¿No cree que sería preferible realizarlo nosotros en secreto, y de noche?

El comisario vaciló visiblemente.

—Es muy arriesgado. Un hombre puede romperse el pescuezo con facilidad en ese maldito foso. ¿Qué dice, señor Rampole?

Era una perspectiva muy prometedora y el joven lo proclamó asimismo.

—Sigue sin gustarme —gruñó sir Benjamín—, pero es la única manera de evitar complicaciones. Podemos ir esta noche si se despeja el cielo. No debo volver al tribunal de Ashley hasta mañana. Bien, supongo que no lleváramos ninguna luz cuando, atemos la cuerda. No debemos atraer la atención de nadie.

—De acuerdo. Pero estoy seguro de que nadie nos molestará, aunque llevemos una linterna. Todos los del pueblo están demasiado asustados.

Dorothy había estado paseando la mirada de uno a otro, con los párpados entornados. En torno a su boca se habían formado unas leves arrugas de cólera.

—¡Le están pidiendo que lo haga! —exclamó, refiriéndose a Rampole—. ¡Y estoy segura de que accederá! ¡No tienen ustedes sangre en las venas! Bien, han dicho que ninguno de los habitantes del pueblo estará allí. De acuerdo, pero creo que se han olvidado de alguien que sí puede estar: ¡el asesino!

Rampole estaba ahora a su lado, e inconscientemente le cogió una mano. Ella no se dio cuenta, pero cerró sus dedos sobre los de él. Sir Benjamín lo observó con cierto

sobresalto, que trató de disimular, exclamando:

—¡Ejem! —y trastabilló un poco sobre sus tacones. El doctor Fell miró a los jóvenes con benevolencia.

—El asesino... —repitió—. Lo sé, querida, lo sé.

Se produjo, una pausa. Nadie parecía saber qué decir. La expresión de los ojos de sir Benjamín parecía indicar que no era muy inglés retroceder en aquel momento. En realidad, parecía hallarse sumamente desolado.

—Entonces, lo haré por mis propios medios —dijo al cabo—. Tendré que contar con la colaboración del magistrado de Chatterham. Necesitaremos cuerdas, picos, azadones... Si deja de llover, podré estar de vuelta a las diez de la noche.

Vaciló y añadió:

—Pero quiero saber una cosa. Hemos oído muchas cosas respecto a ese foso. Hemos oído hablar de hombres ahogados, fantasmas, un tesoro, joyas, plata y muchas más cosas. Bien, doctor ¿qué tenemos que buscar en el foso?

—Un pañuelo —respondió con toda sencillez el doctor Fell, tomando otro trago de cerveza.

CAPÍTULO XV

El señor Budge había pasado una velada muy edificante. Tenía tres noches libres al mes. Dos de ellas solía pasarlas generalmente en un cine de Lincoln, contemplando embelesado a sus artistas predilectas y aprendiendo nuevos términos que podría luego emplear en el léxico de su cargo. La tercera velada la pasaba invariablemente con sus buenos amigos, el señor y la señora Rankin, el mayordomo y la ama de llaves, respectivamente, del hogar de los Payne, en Chatterham.

En sus diminutas habitaciones del sótano, los Rankin le recibían con una hospitalidad cuya naturaleza raramente variaba. El señor Budge obtenía el mejor sillón, una especie de mecedora de alto respaldo. Le ofrecían unas gotas de algo, casi siempre vino de Oporto del de arriba (el de la mesa de los Payne), o un ponche caliente cuando hacía frío. Las luces de gas cantaban confortablemente, y se comentaba con respecto a todos los últimos sucesos del pueblo. Tres mecedoras se balanceaban a ritmos diferentes, la de la señora Rankin con rapidez, la de su marido con más benignidad, y la del señor Budge con un movimiento reposado, como un emperador al ser conducido en su litera.

La velada transcurría agradablemente versando sobre Chatterham y sus moradores. Particularmente, cuando hacia las nueve de la noche, se abandonaba toda pretensión de gravedad, entonces se comentaba respecto a los grandes señores de la localidad. Poco después de las diez la reunión se disolvía. El señor Rankin le recomendaba al señor Budge un libro «muy bueno», que su amo había alabado en el transcurso de la semana, el señor Budge tomaba nota del título con toda seriedad, se abrochaba el abrigo y se marchaba al «Hall».

Aquella noche, reflexionó mientras emprendía la marcha por la calle Alta hacia el «Hall», era inusitadamente fresca. El cielo se había aclarado, pálido y resplandeciente, y brillaba una alegre luna. Sobre las tierras bajas planeaba una especie de neblina poco densa y el aire húmedo olía a heno. En tales noches, el alma del señor Budge se convertía en el alma de D'Artagnan, Robin Hood, Douglas Fairbanks y Budge, el guerrero, el aventurero, el capitán de los mostachos retorcidos, e incluso en algunos momentos, en Budge, el gran amante. Su alma era como un globo, un globo cautivo, pero globo al fin. Le gustaban los largos paseos, por donde las estrellas no se burlaban de la imaginación de este otro Budge. Donde un hombre podía adoptar un paso salvaje ante un pajar, con una espada imaginaria desenvainada, sin que hubiera por los alrededores una prudente ama de llaves ni una taimada doncella.

Pero mientras sus pasos lo llevaban por el empedrado de la carretera iba demorando estos agradables, placenteros sueños, como un lujo sólo apto para el último kilómetro de su paseo. Ahora estaba reflexionando sobre la velada. Reflexionaba particularmente sobre el enorme cúmulo de noticias de su final...

Al principio, había habido la charla habitual. Se había discutido la afección de lumbago de la señora Bundle. Por otra parte, habían comentado que el señor Payne iba a marcharse a Londres, para una conferencia legal. El señor Rankin había contado este viaje, refiriéndose al mismo con los términos más impresionantes, mencionando misteriosas carteras más temibles que, las pelucas de los jueces, Lo que más les impresionaba a todos ellos respecto a la abogacía era que haya que leer tantos libros para convertirse en un miembro de la misma. La señora Payne siempre estaba de mal humor, ¿pero qué cabía esperar, siendo como era... y como era el señor Payne?

Después, habían hablado de la venida al pueblo del tío del rector, procedente de Auckland, que venía a visitarlo. Se trataba de uno de los viejos amigos de sir Benjamín Arnold. Éste era quien había obtenido el nombramiento, del rector para la parroquia del pueblo, y el tío había estado con sir Benjamín cuando Cecil Rhodes estuvo en los campos diamantíferos de Kimberley varios años atrás. Se habló bastante del asunto. Después se refirieron, aunque menos, al asesinato, porque los Rankin respetaban los sentimientos de Budge. Éste se sintió agradecido por ello. Estaba moralmente seguro de que el señorito Herbert había cometido el asesinato, pero se negaba a pensar en ello. Cada vez que el tremendo problema se presentaba en su mente, lo rechazaba con firmeza y determinación.

No, lo que ahora estaba pensando se refería principalmente al rumor de un Romance. Era lógica la letra mayúscula; así adquiriría un sonido mucho más siniestro, incluso en su imaginación, pareciendo casi una palabra francesa. Un romance entre la señorita Dorothy y el joven americano que vivía en casa del doctor Fell.

Al principio, Budge se había sentido asombrado. No respecto al romance, sino al americano. Extraño... muy extraño, reflexionó Budge con un estremecimiento. Ahora, paseando bajo los árboles a la luz de la luna, las cosas le parecían diferentes de su normal apariencia en el «Hall». Allí era tan grave como una partida de *whist*. Había veces en las que se deseaba pegarle un puntapié a la mesa y volcar todas las cartas. Era que... ¡Bien, la culpa era de estos malditos americanos y de la señorita Dorothy!

¡Buen Dios! ¡La señorita Dorothy!

Este nombre le vino a la boca tal como la había formado en su mente la noche en que habían asesinado al señor Martin. La señorita Dorothy. ¿Y qué había dicho la señora Bundle? La idea le habría dejado helado en el «Hall»; pero aquí, bajo el grato resplandor de la luna, el alma del señor Budge relucía también como una armadura.

Rió suavemente.

Estaba pasando por entre varios pajares, sombras monstruosas cabe la luna, y se preguntó cómo era posible que hubiera llegado tan lejos. Tenía los zapatos llenos de

barro, y la sangre le circulaba frenéticamente por las venas, como efecto de la rápida marcha. Al fin y al cabo, el joven americano parecía un caballero. Había habido momentos, era cierto, en que Budge había sospechado que era el asesino. Procedía de América y el señor Martin había pasado varios años en aquel continente, lo cual podía demostrar cierta relación entre ambos. Incluso, durante un delicioso momento había albergado la sospecha de que pudiera tratarse de un *gagster*, como decía, pronunciándolo mal, la señora Bundle.

Pero los pajares se habían vuelto castillos para el Duque de Guisa, y la noche era tan suave como el terciopelo que viste un espadachín. El señor Budge se sentía sentimental. Se acordó de Tennyson. Por el momento no recordaba nada de lo que había dicho Tennyson, pero estaba seguro de que éste habría aprobado un romance amoroso entre la señorita Dorothy y el joven yanqui. ¡Además, qué secreta satisfacción ver revivir a la joven! Aquella tarde se había ausentado del «Hall» negándose a tomar el té. Y había estado ausente desde las cuatro hasta el momento en que Budge había salido hacia Chatterham. ¡Ah! Budge era su protector, en realidad. Si algún magistrado le preguntaba alguna vez si ella había estado ausente, él contestaría firmemente que no.

Se paró. Se paró exactamente en el centro de la carretera, sintiendo un extraño temblor en una rodilla, mirando a través de los prados hacia su izquierda.

Al frente, a la izquierda, muy clara contra el cielo alumbrado por la luna, se recortaba la prisión de Chatterham. La luz era tan brillante que podía distinguir los árboles del «Rincón de la Bruja». Bien, una luz amarilla se movía por entre aquellos árboles.

Durante largo tiempo, Budge permaneció inmóvil en medio de la blanca carretera. Tenía alguna vaga idea de que si existe algún peligro al frente, y uno se queda completamente inmóvil, el peligro no puede asaltarlo. Dicen que un perro rabioso no ataca jamás a un hombre inmóvil. Después, de manera meticulosa, echó hacia atrás el sombrero bombín que llevaba, y se enjugó la frente con un impoluto pañuelo de bolsillo. Una extraña idea le cosquilleaba el cerebro, casi patética en su intensidad. Bien, había llegado el momento de la prueba para el aventurero Budge. A altas horas de la noche, podía correr tras una peligrosa aventura. Y más tarde, Budge el mayordomo podría contemplar su blanco lecho con cierta vergüenza, y comprender que, al fin y al cabo, no era más que el pobre Budge...

Lo que a continuación hizo Budge, comparado con la majestad con que se movía en el «Hall», fue una locura. Trepó por la pendiente, agachándose, y comenzó a correr por el prado hacia el «Rincón de la Bruja». Su corazón parecía estar cantando...

Todavía estaba todo encharcado por la reciente lluvia. Tuvo que trepar por la ladera a la luz de la luna y, sólo demasiado tarde, recordó que hubiera debido acercarse al «Rincón de la Bruja» por un camino más tortuoso. Bien, ahora ya estaba hecho. Comenzó a jadear, y el aire al pasar por su garganta parecía ser de hielo en

comparación con el calor de su cuerpo. Estaba empapado en sudor. Y entonces, con una obediencia que un Budge del siglo dieciocho hubiera aceptado sin dar las gracias y sin el menor comentario, la luna se deslizó tras una nube.

No tardó en encontrarse al borde del «Rincón de la Bruja». Había una haya al frente, en la que se recostó para descansar, sintiendo que su bombín parecía habersele encajado hasta el cerebro, y que la garganta le dolía terriblemente. Estaba jadeando.

Había sido una locura.

Ya no existía el aventurero Budge. Había sido una locura.

Al frente, volvió a ver el destello luminoso. Estaba cerca del foso, a unos seis u ocho metros al frente, por entre las retorcidas formas de los árboles. Brillaba como si estuviera haciendo señales. Evidentemente, en respuesta, otra luz brilló muy arriba. Budge, alargando el cuello, no tuvo la menor duda: se trataba del balcón de la Sala del Gobernador. Alguien había instalado una linterna allí. Vio la sombra de un hombre muy grueso inclinándose sobre la balaustrada, y la sombra pareció estar haciendo algo sobre la misma.

Una cuerda se deslizó hacia abajo, con tanta rapidez y de manera tan inesperada, que Budge pegó un respingo. Chocando contra el borde del foso, la cuerda se deslizó hacia abajo. Fascinado, Budge asomó de nuevo la cabeza. Ahora, la luz al lado del foso estaba fija ya. Parecía estar sostenida por una pequeña figura... parecía, sí, una mujer. Una cara entró en el radio luminoso, una cara que miró hacia arriba y agitó una mano hacia el balcón.

El yanqui.

Ni siquiera a aquella distancia cabía la menor duda. El yanqui, con su cara sonriente, algo irregular. Se llamaba... Rampole. Sí, Rampole. Y parecía estar probando la resistencia de la cuerda. Después se la ató a la cintura, rodeándose también las piernas. Trepano un poco por la cuerda, quedóse colgado con una mano y empujó con la otra. Después se dejó caer al suelo y volvió a agitar la mano. Otro destello de luz en el balcón. El joven se colocó su linterna a la cintura... al mismo tiempo que otras cosas: un hacha y una herramienta que parecía un pico.

Deslizándose el cuerpo entre dos de los pinchos de hierro del reborde del foso, estuvo sentado un momento en aquél, sosteniendo la cuerda. Ahora estaba sonriendo nuevamente, en dirección a la diminuta figura que sostenía otra luz. Acto seguido, se dejó resbalar por la parte interna del reborde y desapareció en el foso. La luz quedó tragada por la profundidad. Pero no antes de que la pequeña figura se hubiera acercado al foso. Y, en el momento en que la linterna de Rampole quedó apuntada hacia arriba un solo instante, la pequeña figura quedó ampliamente iluminada: la señorita Dorothy.

El curioso mirón del «Rincón de la Bruja» no era ya el aventurero Budge, ni siquiera el mayordomo Budge. Era simplemente una boquiabierta, asombrada e incrédula figura que trataba de comprender una serie de cosas increíbles. Las ranas se estaban quejando amargamente de la intromisión de alguien en el foso, y los insectos

atormentaban continuamente el rostro de Budge. Éste comenzó a avanzar a gatas por entre los árboles. La luz de la señorita Dorothy se apagó. Cruzó por su cerebro la idea de que a la próxima velada tendría una historia asombrosa que contarles a los Rankin, saboreando el vino de Oporto.

Del foso surgían de cuando en cuando unos destellos lumínicos, pero en forma sumamente discontinua. Momentáneamente, las puntiagudas hojas de una haya quedaron bien delineadas, y otra vez el rostro de la señorita Dorothy. Pero la luna había vuelto a asomarse, fantasmagóricamente contra el costado de la prisión. Temiendo hacer el menor ruido, con el pecho contraído y sudoroso, Budge volvió a acercarse. El coro de ranas, grillos y otros bicharracos semejantes, sonaba tan alto que Budge pensó que disimularían cualquier otro ruido. Ahora tenía frío.

Hay que decir en honor a la verdad que Budge no era, ni había sido nunca, un hombre imaginativo. Las circunstancias no se lo permitían. Pero cuando volvió a mirar hacia el destello de luz que danzaba abajo, en el foso, le pareció divisar a una figura inmóvil, de pie, a la luz de la luna, y comprendió que se trataba de una presencia extraña. En su interior, presintió que la presencia allí de la señorita Dorothy y el yanqui tenía razón de ser; pero que la última figura no había sido invitada.

Era, según explicó Budge más adelante, un individuo bajito. De pie, a cierta distancia detrás de la señorita Dorothy, parecía una sombra encorvada entre las sombras de los árboles; pero a la luz de la luna adquiría proporciones desmesuradas. Llevaba algo en la mano.

Un rumor ahogado surgió del foso. Hubo otros ruidos, pero aquél era, decididamente un grito, un quejido o un respingo.

Durante cierto tiempo, Budge no pudo recordar nada con claridad. Después trató de determinar cuánto tiempo había transcurrido entre el eco atronador y el tiempo en que una cabeza había vuelto a asomarse por el borde del foso una vez más, pero nunca estuvo seguro. De lo que sí lo estaba era de que la señorita Dorothy, en algunos momentos, había encendido su linterna. No la apuntaba hacia el foso, sino que la mantenía firme, a través de la boca de los negros y feroces pinchos... Y ahora, desde el foso, iba surgiendo otro resplandor al tiempo que subía alguien...

Enmarcada entre las púas apareció una cabeza. Al principio, Budge no la vio claramente porque estaba tratando de atisbar entre la oscuridad en busca de la extraña figura que se hallaba en el extremo más alejado del foso; la extraña figura que le parecía un monstruo, con su pelo enmarañado, como de acero. Pero al no distinguirla, Budge volvió la vista hacia la cabeza que cada vez iba surgiendo más del foso.

No era la cabeza del señor Rampole. Era la cara del señorito Herbert Starberth la que se iba elevando por entre los pinchos, con la mandíbula caída y... sí, Budge lo percibió claramente, un agujero de bala entre los ojos.

A menos de tres metros de distancia vio como aquella cabeza iba elevándose horriblemente, como si el señorito Herbert estuviera izándose hacia arriba. Tenía el cabello como pegado a la frente, los párpados cerrados a medias, dejando entrever el

blanco de los ojos. El agujero de bala mostraba un color azulíneo. Budge trastabilló y estuvo a punto de caer. Se sentía mareado.

La cabeza se movió. Entonces apareció una mano sobre el reborde del foso. El señorito Herbert estaba muerto. Pero parecía estar trepando por el foso.

La señorita Dorothy chilló. Antes de que su linterna se apagase, Budge vio algo más que le horrorizó y le impidió caer desmayado. Vio la cabeza del joven americano que asomaba por debajo del hombro del señorito Herberth, y vio también que era la mano del yanqui la que había asido el borde del foso, acarreando el cadáver hacia arriba.

De color azulado como el resplandor de las pantomimas, la luz de la luna trazó un aguafuerte japonés entre los árboles. Todo podía ser sólo una pantomima. Budge no había reconocido a la otra figura, la extraña figura que estaba más allá del foso, atisbando hacia los pinchos. No supo jamás si aquella figura había visto la cabeza del señorito Herbert surgiendo del foso. Pero sí oyó un rumor por entre los árboles, como el ruido producido por una banda de murciélagos al volar entre las ramas. Alguien estaba corriendo, produciendo gritos inarticulados, a través del «Rincón de la Bruja».

La bruma de la pantomima se disolvió. Muy arriba, en el balcón de la Sala del Gobernador, brilló una luz. Su resplandor atravesó la espesura de los árboles, y una voz gritó:

—¡Ahí va! ¡Cogedlo!

Dando media vuelta, Budge divisó como un remolino verde y negro entre los árboles. Un chapoteo en el terreno enfangado. Los pensamientos de Budge, en aquel momento, eran tan elementales como los de un animal. La única impresión de su mente era que, por entre la maleza, corría el «culpable». Tuvo la confusa sensación de que varios rayos de luz intentaban acorralar al individuo que corría.

De pronto, aparecieron una cabeza y unos hombros bloqueando la luz de la luna. Y entonces, Budge divisó al que corría deslizándose por una pendiente, en dirección hacia él.

Budge, gordo y con más de cincuenta años, sintió como la carne temblaba en su cuerpo. No era ya Budge el espadachín ni Budge el mayordomo; era sólo un hombre muy nervioso recostado contra un árbol. Ahora, cuando la luz de la luna caía como una cascada de gotas de lluvia, vio la mano del individuo; estaba metida dentro de un guante de jardinero, y el índice estaba apretado en el gatillo de una pistola de cañón largo. Por el cerebro de Budge cruzó la visión de la juventud, de cuando él estaba en el campo de fútbol, y todos los jugadores iban hacia él desde todas partes. Era como si estuviera desnudo. El otro individuo se lanzó hacia él.

Budge, gordo y con más de cincuenta años, sintió un profundo dolor en sus pulmones. No se ocultó detrás del árbol. Sabía que tenía que hacer. Era sólido, con un cerebro sereno y unas pupilas muy agudas.

—¡Alto! —gritó—. ¡Alto!

Se abalanzó hacia el otro.

Oyó la explosión. Hubo un chisporroteo amarillento, como la del gas cuando se le acerca una cerilla. Algo hizo impacto en su pecho, haciéndole rodar por el suelo, al tiempo que sus dedos desgarraban la tela del traje de su contrincante. Sintió como su uña producía el desgarrón, en su caída, y de pronto sintió la debilidad de una de sus caderas. Le pareció que salía volando por el aire. Después, su cara quedó casi hundida entre las hojas muertas, y apenas oyó el amortiguador rumor de su cuerpo al chocar contra el suelo.

Y así fue como Budge se desmayó.

CAPÍTULO XVI

No creo que esté muerto —dijo Rampole, agachándose hacia la postrada figura del mayordomo—. ¡Por favor, sostenga la luz mientras le doy la vuelta! ¿Cuál es su nombre... sir Benjamín?

Budge estaba tendido de costado, con una mano extendida hacia fuera. El bombín estaba completamente aplastado, y en el respetable abrigo negro faltaba un botón. Rampole, tras cierto esfuerzo, consiguió darle la vuelta. Tenía la cara como una pasta y los ojos cerrados, pero respiraba. Como la herida era alta, a la altura del seno izquierdo, había empezado a sangrar en abundancia.

—¡Eh! —gritó Rampole—. ¡Venga, aquí! ¿Dónde está?

Levantó la cabeza para mirar a la joven. No pudo divisarla distintamente. La muchacha había apartado la cara, pero no le temblaba la linterna.

Hubo un chasquido entre los arbustos. Sir Benjamín, con la gorra tirada sobre la frente como un gangster de película, se abría paso por entre la maleza. Los largos brazos le sobresalían de las mangas desmesuradamente, y se destacaban sus pecas contra la palidez de su tez.

—Se... se ha escapado —murmuró el comisario, jadeando—. No sé quién era. Ni siquiera sé qué ha ocurrido. ¿Quién es éste?

—Mírelo —contestó Rampole—. Ha debido tratar de cortarle el paso. ¿No oyó el disparo? Bien, de prisa, llevémoslo a su coche y al pueblo. Cójalo de los pies, ¿quiere? Yo le sostendré la cabeza. Procure no balancearlo mucho.'

Pesaba bastante. Tenía la costumbre de agitarse, como si se tratara de un colchón. Rampole sintió un raro dolor en el pecho y tenía todos los músculos contraídos. Fueron trastabillando por entre los arbustos, y luego al descender por la ladera hacia el lugar donde se hallaba aparcado en la carretera el «Daimler» de sir Benjamín.

—Será mejor que usted se quede de guardia —dijo el comisario, cuando hubieron colocado a Budge en el asiento posterior—. ¿Querrá venir conmigo, señorita Starberth, a casa del doctor Markley, sosteniendo al herido? Gracias. Bien, cuidado, ahora, mientras doy la vuelta.

La última visión que Rampole tuvo de la joven fue con la cabeza de Budge en su regazo, al tiempo que el motor cobraba nueva vida y se encendían los faros del coche. Cuando dio media vuelta para regresar a la prisión, se sintió tan débil que tuvo que apoyarse en la cerca. Su cerebro, agotado y estúpido, giraba como una peonza. Se quedó contra la cerca, sujetando todavía el abollado bombín de Budge con una mano.

Lo contempló con mirada extrañada y lo dejó caer al suelo. Herbert Starberth...

Se acercaba la luz de una linterna. La mole del doctor Fell se destacó por el amplio prado.

—¡Hola! —gritó el doctor, con sus papadas protuberantes. Al llegar junto al joven le puso una mano sobre él hombro—. Buen muchacho —dijo, tras una pausa—. ¿Bien? ¿Qué ha sucedido? ¿Quién fue herido?

El doctor trataba de hablar en tono bajo, pero le resultaba imposible.

—Lo vi casi todo desde el balcón —prosiguió—. Lo vi correr y grité, pero en aquel momento me pareció que disparaba contra alguien...

Rampole se llevó una mano a la cabeza.

—El mayordomo... como se llame... Budge. Debió estar espiándonos desde el bosque. Dios sabe por qué. Bien, yo izé al muerto desde el foso, y le oí gritar a usted. Entonces, alguien echó a correr. Budge le cerró el paso, y el otro le disparó al pecho.

—¿No está...?

—No lo sé —repuso el americano con acento desesperado—. No estaba muerto cuando le hemos colocado en el coche. Se lo han llevado a Chatterham.

Los dos guardaron silencio un buen rato, escuchando los grillos. El doctor sacó un frasco plano del bolsillo y se lo pasó al joven. El coñac descendió por la garganta de Rampole como una lengua de fuego, calentándole las venas y obligándole a estremecerse.

—¿No tienes idea de quién era el tipo aquél? —preguntó el doctor Fell.

—¡Oh, al diablo con él! —exclamó quejoso Rampole—. Ni siquiera le vislumbré. Sólo le oí correr. Yo estaba pensando en lo que había visto allí abajo... Bueno, será mejor que vayamos en busca del muerto.

—Diría que estás temblando... sosiégate.

—Deje que me apoye unos instantes... Bien, creo que es por aquí ¿no?

Rampole, antes de emprender la marcha, bebió otro sorbo de coñac. Le pareció que su olfato no volvería a verse nunca libre de las pestilentes emanaciones del foso, ni dejaría jamás de sentir los bichos al arrastrarse. Volvió a ver la cuerda colgando desde el balcón, y sintió el roce de la piedra contra su traje, al descender por el reborde...

—Fue así —explicó—. No tuve que descender mucho. A unos dos metros hay unos nichos de piedra cavados a un costado, como unos peldaños. Me figuré que no descenderían mucho porque las lluvias pesadas hubieran podido inundar el escondrijo. Hay que estar atento, porque los nichos son resbaladizos, pero hay una enorme losa con una inscripción bastante clara. Logré distinguir un «om» y un «mi». El resto está casi ilegible. Al principio pensé que no conseguiría mover la losa, pero cuando braceé y me até la cuerda a la cintura y encajé el filo del machete en una juntura lateral, vi que no era más que una piedra plana y delgada. Es muy fácil empujarla, y si se la sostiene hacia arriba es posible encajar los dedos, a fin de empujarla más. Bien, aquel lugar está lleno de ratas y telarañas... —se estremeció—. No hallé una habitación ni nada parecido. Es sólo una abertura en las piedras y la

tierra. Además, está medio llena de agua. El cuerpo de Herberth había sido arrastrado hasta el fondo. Lo primero que toqué fue su mano, y luego vi el agujero de la frente. Cuando le hube sacado de allí estaba ya tan empapado como el pobre Herbert. Éste era delgado, por lo que no tuve grandes dificultades, sirviéndome de la cuerda, en izarlo sobre el hombro. Estaba casi cubierto de una especie de moscas, que se volcaron sobre mí. En cuanto al resto...

Se pegó un par de bofetones y el doctor le asió del brazo.

—No había nada más, excepto... Oh, sí, hallé el pañuelo. Muy podrido ya, pero era del viejo Timothy. Había una T y una S en una esquina. Estaba ensangrentado, al menos me pareció que era sangre. También había unas velas y cerillas gastadas. Pero ningún tesoro, ni un cofre ni una caja. Esto es todo. Tengo frío. Necesito mi abrigo.

El doctor le ofreció otro trago de coñac, y dejaron que sus piernas los llevara al «Rincón de la Bruja». El cuerpo de Herbert Starberth se hallaba donde Rampole lo había dejado, junto al foso. Al inclinarse bajo la luz de la linterna del doctor, Rampole conservó las manos contra las perneras de su pantalón, restregándoselas fuertemente. Enclenque y doblado, el cadáver presentaba la cabeza retorcida a un lado, y parecía estar ensimismado contemplando la hierba. El frío y la humedad del nicho subterráneo habían actuado en él como una nevera; aunque había transcurrido una semana desde que la bala penetrara en su cráneo, no mostraba señales de descomposición.

Rampole, sintiendo su cerebro lleno de atronadoras campanillas, preguntó:

—¿Asesinato?

—Sin la menor duda. No hay ningún arma y...

El americano pronunció una frase que a él mismo le pareció estúpida tan pronto la hubo dicho.

—¡Hay que parar esto! —enlazó las manos frenéticamente. No había podido decir nada más. Esto lo expresaba todo. Repitió—. ¡Le digo que hay que parar esto! Sí, el pobre diablo del mayordomo... ¿o supone que estaba complicado en el asunto? No se me había ocurrido que...

El doctor Fell meneó vigorosamente la cabeza.

—No. Sólo hay un individuo complicado en esto. Y yo sé ya quién es.

Recostado contra el reborde del foso, Rampole estaba buscando los cigarrillos. Encendió uno con una mugrienta mano sobre la cerilla, e incluso el cigarrillo tenía el sabor de los miasmas del foso.

—¿Entonces nos acercamos al final?

—Nos acercamos al final —le corroboró el doctor Fell—. El final será mañana, debido a cierto telegrama —quedó en silencio, meditabundo, con la linterna desviada del cadáver—. Tardé mucho tiempo en comprenderlo todo —añadió bruscamente—. Hay un hombre, y sólo uno, que haya podido cometer estos crímenes. Ya ha matado a tres personas, y esta noche podía haber asesinado a una cuarta. Mañana llega un tren

de Londres, por la tarde. Iremos a recibir dicho tren. Y entonces habrá llegado el final para el asesino.

—¿Entonces... el asesino no vive aquí?

El doctor Fell levantó la cabeza.

—Ahora no pienses en esto, muchacho. Regresemos a casa, báñate y cámbiate de ropa. Lo necesitas. Yo puedo encargarme de la custodia del cadáver.

Un mochuelo había empezado a ulular en el «Rincón de la Bruja». Rampole avanzó por la maleza, siguiendo el encharcado sendero por donde habían transportado a Budge. Sólo una vez miró hacia atrás. El doctor Fell había apagado la linterna. Voluminoso contra la plateada luz de la luna, el doctor estaba inmóvil, como una maciza silueta negra provista de una cabeza leonina, contemplando fijamente el foso.

Budge sólo tenía conciencia de sus sueños y el dolor. Sabía que estaba en una cama, con muelles almohadas bajo la nuca. Una vez le pareció divisar una cortina con encajes blancos que se ahuecaban en la ventana; también creyó ver una lámpara reflejada contra los cristales, y que alguien se hallaba sentado a su lado.

Pero no estaba seguro de nada. Siguió dormitando, incapaz de moverse. Hubo ruidos como el tintineo de un batintín. Alguien estaba arreglándole una manta, colocándola sobre su cuerpo, aunque estaba sudando. Al contacto de las manos se sintió aterrorizado, y de nuevo intentó levantar los brazos, sin lograrlo. El ruido de los batintines y el fantasma de la habitación se disolvieron en una oleada de dolor que le recorrió el cuerpo de arriba abajo. Olía a medicina. Él era un chico en un campo de fútbol, bajo un clamor de gritos. Estaba dándole cuerda a mil relojes a la vez y vertiendo el oporto de una botella. Después, divisó de nuevo el retrato del viejo Anthony en la galería del «Hall», y el viejo pareció pretender saltarle encima. El viejo Anthony llevaba un guante de jardinero...

En aquel momento comprendió que no era el viejo Anthony. ¿Quién era? Alguien a quien él había visto en una película, asociado con los puñetazos y los tiroteos. Desfilaron a continuación por su cerebro una colección de caras sombrías y gesticulantes. Una cara le resultó familiar...

Ahora la cara se inclinaba hacia él, sobre la cama.

Chilló..., volvió a chillar... pero de su garganta no surgió sonido alguno.

Era imposible que estuviera allí. No estaba herido, pero sin embargo, olía a cloroformo. La tela del cabezal era fina y fría al rozarle las mejillas. Un reloj dio la hora. Se encendió una luz y oyó el rumor de pasos. Distintamente, oyó una voz que decía:

—Vivirá...

Budge durmió de nuevo. Era como si, subconscientemente, hubiese estado esperando aquella frase, ya que entonces el sueño descendió sobre él, dejándole tan

rígido como una oscura bola de hilaza.

Cuando volvió a despertarse, no sabía cuál débil estaba, ni si se había desvanecido ya el efecto de la morfina. Pero supo que el sol penetraba, ya muy bajo, por la ventana. Asustado trató de iniciar un movimiento; sabía que había estado durmiendo toda la tarde, cosa imposible en el «Hall»... Y entonces divisó la cara de sir Benjamín Arnold, que sonreía ampliamente, inclinado sobre la cama. Más atrás, había otra persona a la que no reconoció al principio, un joven...

—¿Se encuentra mejor? —le preguntó solícito sir Benjamín.

Budge trató de hablar, pero sólo produjo un gruñido. Se sintió humillado. En su interior experimentó cierto recuerdo...

Sí, ahora lo recordaba todo. Con tan vívidos colores que tuvo que cerrar los ojos. El joven yanqui... los blancos guantes... la pistola. ¿Qué había hecho? Se había comportado como un cobarde, tal como siempre había sospechado que era, y el sabor de aquel pensamiento le resultó más amargo que cualquier medicina.

—No intente decir nada —le recomendó sir Benjamín—. Está en casa del doctor Markley, y éste ha dicho que no debe moverse. Permanezca quieto. Tiene una herida de bala, pero no es de cuidado. Pronto estará bien. —Sir Benjamín parecía embarazado. Tabaleaba sobre la plancha de hierro del pie de la cama—. En cuanto a lo que hizo, Budge —añadió—, no me importa decirle que fue un acto muy... muy bravío.

Humedeciéndose los labios, Budge consiguió articular unas palabras.

—Sí, señor. Gracias, señor.

Abrió sus medios entornados párpados y se enfureció cuando vio reír al joven americano.

—No se enfade, Budge —se apresuró a calmarle Rampole—. Es que usted se precipitó entonces contra el pistolero como un policía irlandés, y ahora se comporta como si le acabaran de ofrecer un vaso de cerveza... Supongo que no lo reconoció ¿verdad?

Algo luchaba en su cerebro. Retazos de una cara que iban y venían...

Budge se sintió mareado por el esfuerzo y algo comenzó a doler le en el pecho.

—Sí, señor —dijo con un esfuerzo—. No tardaré en acordarme. Pero ahora no consigo...

—Claro está —le atajó Rampole piadosamente. Vio una figura de blanco que les llamaba desde el umbral—. Bien, buena suerte, Budge. Tiene usted mucho valor.

Ante las sonrisas de los otros, Budge contestó con otra que casi le retorció los labios como en una contracción dolorosa. Volvió a sentirse mareado, y le zumbaba la cabeza, pero ahora flotaba en medio de una placentera sensación. No estaba seguro de lo que había sucedido, pero la satisfacción cantaba en él por primera vez en toda su vida. ¡Qué historia! Sólo con que las doncellas cerrasen bien las ventanas...

Cerró los ojos.

—Gracias, señor —dijo Budge—. Por favor, dígame a la señorita Dorothy que mañana ya regresaré al «Hall».

Rampole cerró la puerta del dormitorio a sus espaldas. Se volvió hacia sir Benjamín en el descansillo superior de la casa del doctor Markley. Pudo distinguir la blanca falda de una enfermera que descendía por la escalera.

—Lo vio —dijo el comisario, sonriendo—. Sí, y se acordará. ¿Pero qué diablos estaba haciendo él allí?

—Curiosidad, supongo. ¿Y ahora, qué?

Sir Benjamín abrió la tapa de su reloj de oro, lo consultó nerviosamente y volvió a cerrarla.

—Ahora viene el espectáculo de Fell. Y maldito sea si sé de qué se trata —su voz era quejumbrosa—. Está completamente desquiciado. Creo que estuvo viendo al comisario jefe del Yard, sir William Rossiter. Parece estar en términos de intimidad con todos los altos personajes de Inglaterra. Y está moviendo los hilos... Lo único que sé es que hemos de salir al encuentro del tren de las cinco y cinco, procedente de Londres, y arrestar a alguien que descenderá del mismo. Bien, supongo que todo el mundo nos estará aguardando. Vámonos.

El doctor Markley estaba todavía efectuando su ronda de la tarde, por lo que no se demoraron en absoluto. Mientras bajaban por la calle Alta, Rampole estaba más nervioso que el comisario. Ni la noche pasada ni hoy había conseguido averiguar nada de los designios del doctor Fell.

—Y lo que es más —gruñó el comisario, en el mismo tono enervado—. No iré a Southampton a recibir al tío del rector. No me importa que sea un viejo amigo; irá el rector en persona. Yo tengo un asunto en Manchester... precisamente el jueves, y al menos estaré allí toda una semana. ¡Maldito sea! Siempre tiene que ocurrir un contratiempo. Tampoco he podido encontrar a Payne. Y tiene unos documentos que yo tengo que llevarme a Manchester. ¡Maldita sea! Aquí estoy perdiendo mi precioso tiempo con este condenado caso, cuando podía haberlo traspasado con facilidad a la gente del Yard, y ahora Fell me lo birla todo prácticamente de las manos.

Estaba charlando desesperadamente, según pensó Rampole, para ahuyentar las preocupaciones de su cabeza, a fin de no verse obligado a pensar. Y el americano estaba de acuerdo con él.

El «Daimler» gris de sir Benjamín estaba aparcado en la calle bordeada de olmos. Era la hora del té, por lo que había pocas personas por la calle. Rampole se preguntó si la noticia de la muerte de Herbert se habría filtrado ya por las tertulias de comadres de Chatterham. El cadáver había sido trasladado al «Hall» a altas horas de la noche, y la servidumbre había sido severamente amenazada si se permitían el menor comentario; pero esto no ofrecía ninguna garantía de mutismo. La noche anterior, para no verse asaltada por todos los horrores, Dorothy se había quedado con la señora Fell. Casi hasta el amanecer, Rampole las había oído conversar en la habitación contigua a la suya. Exhausto, incapaz de dormir, el joven se había sentado junto a la

ventana, fumando innumerables cigarrillos y contemplando con ojos adormilados el alba naciente...

Ahora, el «Daimler» gris atronaba las calles de Chatterham, el viento le azotaba el rostro con una fragante brisa. En el cielo los violentos colores estaban palideciendo. Eran blancos y violáceos, y unas sombras de humo parecían arrastrarse desde las tierras bajas. Había unas cuantas nubes oscuras, como lentas ovejas. Recordó su primera noche de Chatterham, con Dorothy Starberth a su lado, en la misteriosa hora del atardecer y las campanas tintineando a lo lejos; cuando el viento había soplado sobre los maizales y el aroma de los pajares se había tornado más intenso con el crepúsculo. Recordándolo, no podía creer que sólo hubiesen transcurrido diez días.

—Mañana hay un tren procedente de Londres, por la tarde —le había dicho el doctor Fell en el «Rincón de la Bruja»—. Iremos a recibirlo.

Aquellas palabras tenían una finalidad.

Sir Benjamín no decía nada. El «Daimler» rugía contra la suave brisa. Dorothy en Nueva York... ¡Dorothy su esposa! ¡Esto resultaba hasta gracioso! Cada vez que pensaba en ello se veía a sí mismo en la clase del curso pasado, pensando que si le suspendían en economía (que detestaba como toda persona inteligente), sería el fin del mundo. Al tener una esposa, se convertiría de pronto en un ciudadano, con un número de teléfono y el derecho a dar fiestas y todo lo demás; y su madre se pondría histérica, y su padre, en la oficina del piso veinticinco del número Uno Oeste de la calle Cuarenta y Dos, enarcaría una ceja y preguntaría:

—Bien, ¿cuánto necesitas?

El «Daimler» frenó con una queja de todos los neumáticos. Aún tenía que esperar hasta ser un respetable ciudadano.

Tenía que esperar la llegada de un asesino.

En el oscurecido sendero que conducía a la casita del «Tejo», esperaban varias personas. Se oyó la atronadora voz del doctor Fell.

—¿Cómo está? ¿Ha mejorado? Supongo que sí. Bien, todo está a punto —hizo un gesto con un bastón—. Todo el que estuvo presente la noche en que asesinaron a Martin, todo el que pudo prestar cierta evidencia, tiene que enfrentarse ahora con la muerte. No quisiera que vinieran ni la señorita Starberth ni el rector; pero dado que ambos están aquí... Creo que habrá otras personas aguardando en el andén de la estación —añadió alegremente—. ¡Bien, a los coches!

La delgada figura del rector se irguió en el sendero. Casi tropezó al ayudar a Dorothy a subir al auto.

—Voy de muy buen grado, naturalmente —dijo—, pero no entiendo por qué dijo que me necesitaba...

Se hallaba fuera de las sombras del sendero. El doctor Fell golpeó el polvo con el bastón.

—Éste es el quid. Todo el quid. Quiero que usted identifique a alguien. Existe alguien que usted puede señalarnos, y dudo mucho de que usted mismo lo conozca.

Pero a menos que obre usted exactamente como le indico, nunca llegaremos a saber la verdad. ¿Me entiende?

Los abarcó a todos con la mirada. Sir Benjamín estaba ya poniendo en marcha el motor de su auto, con el rostro fijo al frente. Con voz helada sugirió que ya debían ponerse en marcha. En el asiento posterior, el rector estaba tratando de componer un semblante jovial. Dorothy estaba sentada con las manos cruzadas sobre la falda, fija la mirada adelante.

Rampole no había vuelto a la estación desde la noche de su llegada, hacía la friolera de diez días. El «Daimler» enfiló las curvas de la carretera a pasmosa velocidad, con la bocina aullando poderosamente. La prisión de Chatterham fue quedando atrás, y todos parecieron estar más en contacto con la realidad. Por encima de las espigas del maíz se destacó la estación de ladrillos rojos, y los raíles brillaron contra el apagado resplandor del ocaso. Todavía no estaban encendidas las farolas del andén, pero había una lucecita verde en la taquilla de la estación. Unos perros estaban ladrando, protestando por la llegada de la noche.

Cuando sir Benjamín detuvo el coche oyeron, bastante lejos todavía, el silbido del tren.

Rampole se sobresaltó. Apoyándose en sus dos bastones, el doctor Fell saltó del coche. Llevaba su sombrero negro y aplastado, y una capa oscura sobre los hombros, que le transformaba en una especie de bandido generoso... bastante grueso. La brisa hacía agitar la cintita negra de sus anteojos.

—Ahora, escuchen —dijo a todo el grupo—. Quédense conmigo. Sólo tengo instrucciones para usted —se volvió hacia sir Benjamín—. Le advierto que puede verse asaltado por una tentación. Pero, oiga lo que oiga y vea lo que vea, «¡no hable, por favor!». ¿Entendido?

—Como comisario jefe de este condado... —comenzó a decir su interlocutor, como mascando las palabras, pero el doctor le atajó en seco.

—Aquí viene el tren. Suba al andén conmigo.

Todos pudieron oír distintamente el rugido de la locomotora. Los nervios de Rampole estaban ya desatados. Le pareció que todos eran sólo unas gallinitas al cuidado del gallo doctor Fell. El faro de la locomotora parpadeó por entre los árboles de una curva. Los raíles zumbaban ya.

El jefe de estación abrió la puerta de la sala de equipajes, emitiendo al propio tiempo un resplandor hacia las tablas del primitivo andén. Rampole miró en aquella dirección. Recortada contra la pálida luminosidad del cielo, vio la inmóvil silueta cerca de la estación. Después, con un sobresalto, divisó a otras figuras inmóviles asimismo, en varias esquinas. Todas tenían las manos metidas en los bolsillos de los abrigos.

Se giró en redondo. Dorothy estaba a su lado mirando hacia la vía. El rector, con los azules ojos en alto, se enjugaba la frente con un pañuelo, y parecía a punto de hablar. Sir Benjamín contemplaba ominosamente la ventanilla de la taquilla.

Traqueteando fuertemente bajó una nube de humo, él tren se detuvo, ahora muy grande y potente su único faro. La locomotora exhaló un ronco suspiro, y envió nuevas bocanadas de vapor al aire. Una lámpara blanca destelló a la entrada de la estación. Al otro lado de las ventanillas de los vagones se veían personas que se apresuraban por el pasillo o movían la cabeza, asomándose. El rugido se convirtió en rumor, y éste cesó también.

—Allí —indicó el doctor Fell.

Un pasajero estaba apeándose. Rampole no pudo distinguir su cara debido a las distintas luces que se cruzaban entre sí y al vapor que se escapaba por los costados de la máquina. El pasajero comenzó a avanzar por debajo de la luz blanca de la estación, y el americano abrió mucho los ojos...

No conocía a aquel individuo. Al mismo tiempo, observó que uno de los tipos del andén, con la mano aún en el bolsillo, se había acercado. Pero estaba mirando al curioso personaje que había descendido del tren: un hombre alto, con un sombrero hongo muy anticuado, y un bigote gris muy recortado sobre una poderosa mandíbula. El extranjero vaciló, cambiándose la enorme maleta de la mano derecha a la izquierda.

—Allí —repitió el doctor Fell. Había asido al rector por el brazo—. ¿No lo ve? ¿Quién es?

El rector dejó ver un semblante asombrado.

—¡Usted está loco! ¡Nunca lo he visto! ¿Qué diantre...?

—¡Ah! —exclamó el doctor Fell, en voz alta, y su eco se esparció por todo el andén—. ¡Usted no lo ha reconocido! Y sin embargo, debía haberlo hecho, señor Saunders. ¡Sí, debía de haber reconocido «a su tío»!

Durante un eterno silencio, uno de los individuos inmóviles se acercó y puso una mano sobre el hombro del rector.

—Thomas Saunders —dijo—, le arresto por el asesinato de Martín Starberth. Y debo advertirle que todo cuanto diga podrá ser utilizado como evidencia contra usted.

Se había sacado la mano del bolsillo y ahora empuñaba un revólver. Rampole, aún con una especie de torbellino en su cerebro, observó que los demás individuos se iban acercando, silenciosamente, desde todos los ángulos del andén.

CAPÍTULO XVII

El rector no se movió ni cambió su expresión. Continuó enjugándose la frente con el pañuelo, como siempre había hecho. Era un individuo alto, vestido oscuro, de aspecto comedido, con la cadena de oro del reloj balanceándose sobre su abdomen. Pero sus ojos azules parecían haberse estrechado. No estrechado, sino hundido, como si se hubieran empequeñecido. Era como cuando un hombre inspira profundamente antes de disponerse a nadar.

—Esto es absurdo —dijo—. Y espero que se den cuenta. Pero —hizo un gesto cortés con el pañuelo— estamos atrayendo la atención de la gente. Supongo, caballeros, que son ustedes policías. Bien, si están lo suficientemente loco como para arrestarme, no necesitan hacer tal despliegue de fuerzas. Se está agrupando la multitud... —añadió, con tono más colérico—. Si tiene usted que continuar apoyando su mano en mi hombro, será mejor que vayamos hacia el auto de sir Benjamín.

El que le había arrestado, un individuo de aspecto taciturno, con profundas arrugas en su rostro, miró al doctor Fell.

—¿Es este el hombre, caballero?

—Exactamente, inspector —contestó el doctor—. Éste es el canalla. Sí, haga lo que él ha dicho. Sir Benjamín, usted está mirando a ese otro caballero del andén. ¿Lo reconoce?

—¡Sí, buen Dios! —exclamó el comisario—. ¡Es Bob Saunders! Más viejo que cuando lo conocí, pero le reconocería en cualquier parte. ¡Pero Fell...! —Sir Benjamín estuvo a punto de atragantarse—. ¿No irá a decirme que el rector...?

—No se llama Saunders —le explicó el doctor—. Y dudo mucho que sea clérigo. Además, usted ha reconocido a su tío. Tenía miedo de que usted dijese algo antes de que se descubriera el pastel. Siempre cabía la suposición de que el falso Saunders se pareciese al verdadero... inspector Jennings, le sugiero que lleve el prisionero a aquel automóvil gris aparcado al otro lado de la carretera. Sir Benjamín, vaya a saludar a su viejo amigo antes que lo hagamos nosotros. Dígale lo que quiera y reúnase con nosotros, junto con él, Saunders se quitó el sombrero y procedió a abanicarse con el mismo.

—¿Entonces es usted quien ha preparado todo esto, doctor? Me... me asombra —exclamó, casi con genialidad—. Me asombra, sí. No me gusta usted, doctor Fell. Vamos, caballeros. Les aseguro que no tengo intención de echar a correr.

Bajo la penumbra crepuscular, el grupo comenzó a moverse hacia el «Daimler». El inspector Jennings giró el cuello como en torno a un pivote.

—Pensé mejor traer a algunos agentes, doctor —le dijo a Fell—. Usted aseguró que se trataba de un asesino.

Aquella palabra, pronunciada sin pizca de emoción, produjo una rara sensación en todos. Rampole, que caminaba confundido en el grupo, junto con Dorothy, vio como el rector avanzaba con largas, confiadas zancadas. La calvicie de Saunders brillaba en medio de la coronilla amarillenta. Oyó reír al rector ...

Pusieron al prisionero en la parte trasera del coche. Acomodándose a su gusto, el rector exhaló un profundo suspiro. La palabra «asesino» todavía flotaba en el ambiente. Saunders parecía no haberla oído. Paseaba los ojillos lentamente por todos los demás, y doblaba y desdoblaba meticulosamente el pañuelo. Era como si estuviera componiendo un rompecabezas.

—Y ahora, caballeros, por favor —dijo—, mantengamos una pequeña charla. ¿Cuál es, precisamente, la acusación contra mí?

—¡Dios mío! —exclamó el doctor Fell, admirado—. ¡Vaya que tiene tupé, amigo Saunders! Ya ha oído al inspector. Oficialmente, está acusado del asesinato de Martín Starberth. ¿Eh, qué tal?

—De acuerdo —asintió el rector, lentamente—. Y me alegra que haya tantos testigos presentes. Antes de continuar, inspector, le ofrezco su última oportunidad. ¿Está seguro de que desea arrestarme?

—Estas son mis intenciones, caballero.

Otro complacido asentimiento.

—Entonces, creo que se arrepentirá de ello. Porque tres testigos, perdone, cuatro testigos testimoniarán que me fue completamente imposible asesinar a mi joven amigo Martín. Ni a nadie, en realidad.

Sonrió.

—¿Puedo formular una pregunta? Doctor Fell, usted parece haber sido el promotor de... esta farsa. Bien, la noche en que mi joven amigo falleció, yo estaba en su casa, a su lado, ¿no se acuerda? ¿A qué hora llegué?

Se expresaba muy seguro.

El doctor Fell, más parecido que nunca a un grueso bandido, estaba recostado contra el lado del coche. Parecía estar gozando por la situación.

—Primer movimiento —dijo—. Usted ha abierto con un peón en vez de un caballo. Escuche, inspector, esto le gustara como a mí. Usted llegó a mi casa a las diez y media. Más o menos. Bien, le concederé a las diez y media.

—Permítame recordarle —la voz del rector sonaba más dura, pero al instante se tornó suave nuevamente—. Bien, no importa. Señorita Starberth, ¿quiere decirles a estos caballeros a que hora salió su hermano del «Hall»?

—Hubo una confusión en los relojes —señaló el doctor Fell—. El reloj del vestíbulo adelantaba diez minutos...

—Muy bien —aprobó Saunders—. Sea cual sea la hora, yo estaba ya en casa del doctor Fell. ¿Conoce usted este hecho?

Dorothy, que le había estado contemplando cejijunta, asintió.

—Pues... sí, naturalmente.

—Y usted, señor Rampole. Usted sabe que yo estaba en casa del doctor y que no me moví de allí. Usted vio a Martín subir con su linterna hasta la prisión, mientras yo estaba con ustedes. Usted vio el faro en la Sala del Gobernador, estando yo en casa del doctor. En resumen, ¿puede concebirse que yo matara a mi amigo Martín en tales circunstancias?

—No —se vio impelido a decir Rampole.

Durante todo aquel tiempo, Saunders había estado directamente bajo su mirada y también bajo la del doctor Fell. No le gustó la expresión del rector. Detrás de su sonrisa parecía flotar un hipnotismo desesperado.

—Y usted tiene que mostrarse de acuerdo con esto ¿verdad, doctor?

—Tengo que admitirlo.

—Y yo no me serví de ningún mecanismo infernal, tal como se ha sugerido diversas veces en el curso de esta investigación. No hubo ninguna trampa mortal que pudiera matar a Martín Starberth, sin estar yo presente.

—No había ninguna —replicó el doctor. Sus ojos estaban ahora inmóviles, duros e implacables—. Usted estuvo con nosotros constantemente. Y en los breves momentos en que se separó del señor Rampole, al correr hacia la prisión, usted no hizo nada... porque Martín Starberth estaba muerto ya. Su conducta es muy clara. Y, sin embargo, usted asesinó a Martín Starberth con sus propias manos, y arrojó su cuerpo en el «Rincón de la Bruja».

Volviendo a desdoblar el pañuelo, el rector se enjugó la frente. Sus ojos parecían avizorar una trampa. La ira crecía ahora en su interior...

—Suélteme, inspector —ordenó de repente—. ¿No cree que ya ha habido bastante charla necia y ridícula? ¡Ese hombre intenta hacer el payaso o gastarme una broma pesada!

—Ah, aquí está sir Benjamín con el caballero que usted dice que es su tío —observó el doctor Fell—. Bien, creo que será mejor que entremos todos en mi casa. Y entonces demostraré lo que hizo usted. Mientras tanto... ¡Inspector!

—Dígame, señor.

—¿Tiene la orden de registro?

—Sí, señor.

—Envíe al resto de sus hombres a registrar la rectoría, y usted venga con nosotros.

Saunders se movió con ligereza. Sus ojillos sanguinolentos y oscuros en torno a los párpados, adquirieron la expresión del mármol. Pero seguía sonriendo.

—Venga aquí —le ordenó el doctor Fell—. Yo me sentaré a su lado. Y, a propósito... Yo, en su lugar, no continuaría jugueteando con este pañuelo. Conocemos de sobras su constante uso de un pañuelo. Y encontramos uno en el escondrijo del foso, y me imagino que dicho pañuelo pertenece a Thomas Saunders y

no a Timothy Starberth. La última palabra que Timothy pronunció antes de morir fue «pañuelo». Comprendí que esto sería una pista, añadida al manuscrito.

Saunders, moviéndose para dejar sitio, extendió calmadamente el pañuelo sobre las rodillas, a fin de que quedase bien a la vista. El doctor Fell se echó a reír ruidosamente.

—¿No insistirá todavía en que su nombre es Thomas Saunders, verdad? —inquirió. Un movimiento de su bastón indicó que sir Benjamín estaba viniendo hacia ellos con el atezado individuo portador de la maleta. A través del espacio, una quejumbrosa voz iba diciendo:

—... respecto a qué diablo significa esto. Tenía que visitar a unos amigos, y le escribí a Tom que no fuese a buscarme hasta el jueves; después me cablegrafiaron al buque que viniera aquí directamente, por un asunto de vida o muerte, y me especificaron el horario de los trenes y...

—Yo envié el cable —se excusó el doctor Fell—. Y creo que hice muy bien. Nuestro amigo habría desaparecido el jueves. Ya había persuadido a sir Benjamín que lo ayudase a desaparecer.

El hombre recién llegado se detuvo en seco, echándose el sombrero hongo hacia atrás.

—Oiga —exclamó— ¿es que todos están chiflados? Primero me aturde Ben diciendo tonterías, y ahora... ¿quién es usted?

—Ya me presentaré luego —manifestó el doctor Fell—. Primero le agradeceré nos diga si este tipo —tocó el brazo de Saunders— es su sobrino.

—¡Qué va a ser mi sobrino! —gritó iracundo Robert Saunders.

—Entonces, suba al auto. Siéntese junto al conductor y él se lo contará todo.

El inspector se instaló al otro lado de Saunders. Rampole y Dorothy iban acomodados en los trasportines, y Robert Saunders junto al volante que empuñaba sir Benjamín.

—Naturalmente, una equivocación puede probarse —se limitó a decir el rector—; pero un error es muy diferente de una acusación de asesinato. Y ustedes no pueden sostener esta acusación contra mí.

Estaba blanco. Sentado con las rodillas casi rozando las del rector, Rampole sintió un estremecimiento de repulsión y miedo. Los bulbosos ojos azules estaban aún muy abiertos y la boca colgaba flojamente. Podía escucharse su respiración. Una mortal quietud se amparó del coche. El crepúsculo había caído rápidamente, y las ruedas, al girar, parecían repetir la palabra: «asesino».

Rampole observó, asimismo, que el inspector tenía la pistola apuntada contra el costado del falso rector.

Bajaron, traqueteando, por el sendero que conducía a la casita del «Tejo», y sir Benjamín todavía iba hablando en el asiento delantero. Se acababan de detener delante de la morada del doctor cuando Robert Saunders lanzó una exclamación. Intentó asomarse a la parte posterior del coche.

—¿Dónde está ese puerco, ese cochino? ¿Qué le hiciste a Tom? —gritó.

El inspector le asió de la muñeca.

—Calma, caballero, calma. Sin violencias.

—¿Afirma ser el verdadero Tom Saunders? ¡Maldito embustero! Yo... Le mataré... Le...

Sin apresurarse, el inspector Jennings le mantuvo apartado cuando se abrió la portezuela del coche. Ahora todos se hallaban en torno al rector. Con su tonsura de pelo amarillo, parecía un santo martirizado. Procuraba conservar aún la sonrisa. Le escoltaron al interior de la casa, donde el doctor Fell ya estaba encendiendo las lámparas del despacho. Sir Benjamín empujó al rector hacia una butaca.

—Y ahora... —comenzó a decir.

—Inspector —le interrumpió el doctor Fell, gesticulando con la lámpara en la mano—, será mejor que lo registre. Creo que esconde un cinturón con dinero.

—¡Apártese! —tronó Saunders con voz iracunda—. ¡No pueden demostrar nada! ¡Será mejor que se mantenga alejado...!

Tenía los ojos muy abiertos. El doctor dejó la lámpara sobre la mesa, de forma que resplandeciera contra su sudorosa faz.

—No importa —dijo con indiferencia—. No le registre, inspector. ¿Quiere hacer una declaración, Saunders?

—No. No pueden probarme nada.

Como si estuviera buscando una hoja de papel donde escribir una declaración, el doctor Fell abrió el cajón central de su mesa de trabajo. Rampole siguió el movimiento de su mano. Los demás no lo vieron porque estaban contemplando a Saunders; pero el rector sí se fijó en el ademán del doctor.

Había papeles en el cajón. También se hallaba dentro la pistola «derringer» del doctor. Estaba abierta, de forma que la recámara quedaba al descubierto, y cuando la luz de la lámpara recayó en ella, Rampole observó que sólo había un cartucho dentro. El doctor volvió a cerrar el cajón.

La muerte se hallaba ahora en la estancia.

—Siéntense, caballeros —les apremió el doctor Fell. Los acuosos ojos de Saunders seguían fijos en el cajón cerrado. El doctor volvió la mirada hacia Robert Saunders, quien estaba de pie con una estúpida expresión en su semblante, manteniendo los puños apretados—. Siéntense, caballeros. Debo contarles cómo ese tipo cometió los asesinatos, ya que se niega a hablar. No es una historia muy edificante. Si quiere retirarse, señorita Starberth...

—Vete, por favor —la urgió Rampole—. Yo te acompañaré.

—¡No! —gritó ella, luchando contra la histeria—. He llegado ya hasta muy lejos. No me iré. No pueden obligarme. Quiero saber cómo lo hizo...

El rector ya se había recobrado, aunque tenía ronca la voz.

—Quédese, señorita Starberth, por favor. Usted tiene derecho, más que nadie, a escuchar esta necia historia. Él le dirá, o cualquiera podrá decírselo, que yo estaba

sentado en esta misma casa cuando su hermano fue arrojado por el balcón de la Sala del Gobernador.

—No dije que usted le hubiese arrojado por el balcón —replicó la voz del doctor Fell—. En realidad, no fue arrojado por ningún balcón.

Reinó un corto silencio. El doctor Fell se recostó contra la repisa de la chimenea, apoyando un brazo extendido en la misma y los ojos medio entornados. Continuó, pensativamente:

—Existen varias razones que lo demuestran. Cuando encontramos al muerto, usted lo halló, Rampole, aquél estaba de costado, sobre el lado derecho. Y tenía rota la cadera del mismo lado. Pero su reloj, en el bolsillo del reloj de sus pantalones, no sólo estaba intacto, sino que seguía marchando tranquilamente. Una caída desde quince metros... Bien, esto es imposible. Dentro de un momento, sin embargo, volveremos a tratar del reloj.

»Bien, la noche del crimen llovió fuertemente. Llovió para ser exacto, desde antes de las once hasta la una. A la mañana siguiente, cuando subimos a la Sala del Gobernador, hallamos la puerta del balcón completamente abierta. ¿Recuerdan? Martín Starberth había sido asesinado, presumiblemente, a las doce menos diez minutos. La puerta, presumiblemente también, había sido abierta entonces, continuando abierta. Por lo tanto, hay que presumir asimismo que la lluvia se había abatido contra dicha puerta durante una hora. Ciertamente, se abatió contra la ventana, donde hay menos espacio, y desgarró la hiedra. Y a la mañana siguiente habían charcos de agua bajo la ventana. «Pero no había entrado por la puerta del balcón ni una sola gota de agua». El suelo estaba completamente seco y lleno de polvo.

»En otras palabras, caballeros —prosiguió el doctor, calmamente—, la puerta no fue abierta hasta después de la una, cuando ya había cesado la lluvia. Tampoco se abrió por completo. Es demasiado pesada para ello. Alguien lo hizo más tarde, en medio de la madrugada, para situar la escena.

Otra pausa. El rector estaba sentado, muy erguido. La lámpara mostraba la palpitación de un músculo de su cara, junto al pómulo.

—Martín Starberth era un gran fumador, sumamente empedernido, me atrevería a decir —continuó el doctor Fell—. Estaba asustado y nervioso, y había estado fumando constantemente durante todo el día. En una vigilia como la que tenía que llevar a cabo, no es difícil imaginar que fumase aún más durante la larga espera... En su cuerpo se hallaron un paquete de cigarrillos y una caja de cerillas, pero no había ni una sola colilla en el suelo de la Sala del Gobernador.

El doctor hablaba reposadamente. Como si su propio relato le hubiera dado una idea, exhibió la pipa.

—Indudablemente, sin embargo, había habido alguien en la Sala del Gobernador. Y ahí es donde algo falló en el plan del criminal. De haber ido todo de acuerdo con el horario previsto, no habría habido necesidad de correr hacia la prisión al apagarse la

luz. Nosotros habríamos esperado, y habríamos encontrado el cadáver de Martín después del debido intervalo de tiempo, al ver que no comparecía. Pero, observen esto, como lo observó el señor Rampole, la luz se extinguió *diez minutos antes de lo normal*.

»Bien, fue una suerte que el asesino, al fracturar la cadera de Martín, para simular una caída no pensara en romper también el reloj. Éste seguía andando, marcando la hora exacta. Supongamos sólo en apoyo de la hipótesis, que realmente hubiese sido Martín quien esperó en la Sala del Gobernador. Al terminar su vigilia, habría apagado el faro de la bicicleta y se habría ido a su casa. A las doce menos diez habría sabido que la hora todavía no había transcurrido por entero. Pero si había otra persona vigilando en su lugar, y el reloj de la tal persona iba diez minutos adelantado...

Sir Benjamín Arnold saltó de la silla como un loco.

—¡Herbert! —exclamó.

—Sabemos que el reloj de Herbert adelantaba diez minutos —le atajó el doctor—. Le ordenó a la doncella que adelantara el reloj del abuelo, pero la chica descubrió que el joven estaba equivocado y no adelantó ninguno más. Y mientras Herbert vigilaba en lugar de Martín, que se hallaba excesivamente asustado para ello, aquél estaba ya muerto, con el cuello roto, entre la maleza del «Rincón de la Bruja».

—Pero aún no veo cómo... —intercaló sir Benjamín, asombrado.

El teléfono del vestíbulo sonó en aquel instante, sobresaltándolos a todos.

—Será mejor que conteste usted, inspector —le invitó el doctor—. Probablemente serán sus hombres desde la rectoría.

Saunders se había puesto de pie. Sus mandíbulas caídas tenían el aspecto de un perro enfermo.

—¡Esto es inaudito! —gritó—. ¡Inaudito!

Parecía estar imitando su propia voz. Después, tropezó con el borde de la butaca y volvió a sentarse.

Oyeron la conversación telefónica sostenida por el inspector en el vestíbulo. No tardó en regresar al despacho, con una máscara pétrea en su rostro.

—Todo ha concluido, señor —le dijo al doctor Fell—. Han bajado al sótano. La motocicleta está rota en mil pedazos y éstos enterrados. Han hallado una pistola «browning», un par de guantes de jardinero, unas maletas llenas...

—¡Cerdo! —gritó sir Benjamín, lleno de estupor.

—¡Un momento! —exclamó el falso rector, volviendo a levantarse y moviendo las manos como si arañase a una puerta—. ¡Ustedes no conocen la historia! ¡No saben nada! ¡Sólo fragmentos...!

—Yo no conozco «esta» historia —le apostrofó Robert Saunders—, y ya he callado bastante. Quiero saber qué fue de Tom. ¿También lo asesinaste? ¿Cuánto tiempo llevas aquí, fingiéndote él?

—¡Murió! —gritó Saunders, con desesperación—. ¡No tuve nada que ver con su muerte! ¡Murió! ¡Lo juro! ¡Yo no lo maté! Pero deseaba quietud, paz y respeto... y

ocupé su lugar...

Los desamparados dedos seguían gesticulando en el aire.

—Escuchen, lo único que quiero es tiempo para pensar. Sólo deseo sentarme y cerrar los ojos... Todo esto ha sido tan repentino... Escuchen: lo escribiré todo, toda la historia... Pero jamás la sabrán si no la escribo. Ni usted, doctor. Si me siento y la escribo ¿me prometen dejarme tranquilo?

Parecía un chiquillo implorando una limosna. Contemplándole atentamente, el doctor habló.

—Creo que será mejor que le deje, inspector. No puede huir. Y mientras tanto, usted puede pasearse por el jardín.

El inspector Jennings estaba impasible.

—Las instrucciones que me dio sir Williams fueron que cumpliera todas sus órdenes, caballero.

El rector se irguió. De nuevo volvió a adoptar sus burlones y suaves modales.

—Mi declaración está, además, condicionada a que el doctor Fell me explique ciertas cosas, así como yo les contaré otras. En vista de nuestra antigua... amistad ¿le importará quedarse conmigo unos momentos, cuando los demás se hayan ido?

Rampole estuvo a punto de protestar, advirtiendo que había una pistola en el cajón, cuando vio que el doctor Fell le estaba mirando. El lexicógrafo estaba aplicando lumbre a la pipa con ademán casual, y por encima de la llama de la cerilla sus ojos exigieron silencio.

Había casi oscurecido por completo. Un furioso y amenazador Robert Saunders fue sacado de la estancia entre el inspector y sir Benjamín. Rampole y la joven salieron al pasillo. Lo último que vieron fue al doctor Fell encendiendo aún su pipa y a Thomas Saunders, erguida la barbilla y la expresión indiferente, alargando una mano hacia la mesa escritorio.

La puerta se cerró.

CAPÍTULO XVIII

DECLARACIÓN

6,15 tarde.

«Para el inspector Jennings, o a quien pueda interesar:

»He oído ya toda la historia de labios del doctor Fell, y él ha escuchado la mía. Me hallo completamente sosegado. Me pregunto vagamente si en los documentos legales es costumbre encabezarlos con «hallándome en plena posesión de mis facultades mentales», o algo por el estilo; pero creo que seré perdonado si no me atengo por completo a tales formulismos. No los conozco.

»Seré sincero. Esto es fácil, por cuanto pienso alojarme una bala en el cráneo cuando termine de escribir. Por un momento, me acometió la tentación de matar al doctor Fell hace unos minutos. Sin embargo, hay una sola bala en la pistola. Cuando se lo dije, hizo un gesto como indicando una cuerda al cuello, y tras cierta reflexión, he llegado a la conclusión de que es preferible una bala que la cuerda, de manera que me he apartado de la pistola. Odio al doctor Fell, lo confieso claramente, por haberme descubierto; pero debo pensar en mi propio bienestar por encima de todo, y no deseo ser colgado. Dicen que es muy doloroso, y creo que no lo resistiría con fortaleza.

»Para empezar, y como una especie de justificación, debo declarar que la vida no se ha portado muy bien conmigo. No soy un criminal; soy una persona de educación y refinamientos; un ornato, creo, de la sociedad en la que me muevo. Éste ha sido, en parte, mi consuelo. No diré mi nombre verdadero ni mi cuna porque no vienen a cuento, pero durante cierta época fui estudiante de teología. Mi despido de cierto seminario se debió a una serie de desdichadas circunstancias, las circunstancias que pueden presentarse a un joven robusto y de buena salud que no se halla enervado por la adoración ante el atractivo de una chica hermosa. En su día negué haber robado dinero, así como haber intentado echar las culpas a otro de mis discípulos.

»Mis padres, con muy poca comprensión, se negaron a aceptarme y perdonar mi calaverada. Incluso entonces no pude por menos de pensar que el mundo sólo guarda sus peores tratos para los hijos más

favorecidos. Seré breve: no pude obtener empleo. Mis dones eran tales que de haber tenido la «oportunidad» habría progresado con suma rapidez; pero no tuve oportunidades, ni buenas ni malas. Le pedí dinero a mi tía (ya ha muerto: *in pace requiescat*), y me hundí en el mundo. Conocí la miseria, sí, y un día pasé hambre; y crecí en un ambiente hosco. Deseaba establecerme, tener comodidades, gozar de cierto respeto, utilizar mis poderes, y gustar las dulzuras de la vida.

»En un transatlántico procedente de Nueva Zelanda, hace más de tres años, conocí al joven Thomas Audley Saunders. Éste me habló de la influencia de un tal sir Benjamín Arnold, viejo amigo de su tío, que no conocía al sobrino, pero que le había conseguido una nueva y espléndida posición. Como yo conocía bien la teología, nos hicimos grandes amigos durante el largo viaje. No necesité apurarme mucho. Bien, el pobre joven falleció a poco de haber llegado a Inglaterra. Fue sólo entonces cuando se fue ocurrió la idea de usurpar su personalidad y hacerme pasar por Thomas Saunders en Chatterham. No temía que me descubrieran. Conocía bien al dedillo toda la historia de la persona cuya personalidad iba a representar. Su tío no había salido nunca de Auckland. Naturalmente, tendría que mantener correspondencia con él, pero escribiendo a máquina y practicando la firma del pasaporte de Saunders hasta que lograra una excelente imitación, no debía temer nada. Él había sido educado en Eton, pero su colegiado y los cursos de teología los cursó en San Bonifacio, en Nueva Zelanda, por lo que era muy improbable que me tropezara algún día con un viejo amigo.

»La vida, agradable y pastoral, no era muy estimulante. Yo era un caballero, como otros muchos; pero deseaba ser rico. Era necesario, sin embargo, poner una valla a mis apetitos a fin de que mis sermones resultasen instructivos y sinceros. Observé con justo orgullo que mis feligreses me querían, y sólo una vez, por pura necesidad, cuando una criada del condado amenazó con el escándalo por haber sido violada, me entrometí en lo que no debía. Pero deseaba llevar una existencia más regalada, en hoteles de lujo, con muchos sirvientes, y algún romance amoroso de cuando en cuando.

»En mi charla con el doctor Fell, he comprendido que lo sabe todo. Yo hice sus mismas deducciones del diario del viejo Anthony Starberth, que muy amablemente me enseñó el viejo Timothy Starberth. Decidí que debía haber dinero escondido en el foso del «Rincón de la Bruja». Si se trataba de acciones y negociables, o joyas o monedas, podría dimitir del cargo y desaparecer.

»No tengo por qué extenderme en detalles. La casualidad, la mala suerte, volvió a presentarse. Había ya localizado el escondrijo, que

para mi deleite resultó estar atestado de piedras preciosas. Debido a mis anteriores experiencias, yo conocía a un comerciante de Londres que podría facturarlas debidamente... No me gusta la palabra «facturar». Creo que destruye mi pureza de estilo, pero es igual... Bien, hallé las piedras. Calculé que podrían valer más de cinco mil libras.

»Era (lo recuerdo muy bien) la tarde del dieciocho de octubre cuando efectué el descubrimiento. Yo me hallaba arrodillado en el escondrijo, y en el momento de abrir la caja que contenía las piedras preciosas, me pareció escuchar un ruido en la parte exterior del foso. Tuve tiempo justo de ver temblar la cuerda y una pierna que desaparecía por la abertura, al tiempo que resonaba la burlona carcajada de Timothy Starberth. Indudablemente, había notado algo sospechoso, había descendido, viéndome entregado a mi labor, y ahora se estaba riendo de mí. Debo confesar que él siempre había albergado un profundo odio hacia la iglesia y todas las cosas sagradas, y su actitud en aquel momento me pareció una blasfemia. Aunque no hubiese visto mi hallazgo (y estaba seguro de lo contrario), su reacción al hallarme allí era la destrucción de todas mis esperanzas.

»Debo aquí hacer resaltar un curioso rasgo de mi carácter. Hay veces en que pierdo por completo el dominio de mis actos reflejos, y entonces gozo con el dolor físico de los demás. Incluso de niño enterraba conejitos vivos y destrozaba las alas de los pájaros. En la madurez, esto ha ido adquiriendo en ocasiones una febril actividad, que hallo difícil recordar y ocultar, y que a menudo me asusta o... Pero continuemos. Le hallé en lo alto del foso, esperándome, con sus ropas empapadas de agua. Estaba riendo a carcajadas y se golpeaba las rodillas con la fusta. La preciosa caja se hallaba bajo mi abrochada chaqueta. En la mano yo blandía la barra que me había servido de palanca para apartar la losa.

»Aprovechando un descuido me abalancé sobre él golpeándolo con el hierro. Me deleitó golpearlo muchas veces, aun después de haber caído al suelo. No puedo ufanarme de que en aquel momento tuviera bien pergeñado todo el plan, pero de pronto se me ocurrió que la leyenda de los Starberth, al renacer, me ayudaría a salvar el pellejo, desviando toda sospecha.

»Le rompí el cuello con la barra de hierro, y lo dejé en la espesura al anochecer, mientras su caballo relinchaba cerca.

»Es de imaginar mi estupor y mi miedo cuando, más tarde y en un momento de tranquilidad, me enteré de que no había muerto al instante y que quería verme. El doctor Fell acaba de decirme que fue

este hecho el que le hizo entrar en sospechas: que Timothy Starberth, tan incrédulo, me hubiera llamado a su cabecera, queriendo verme a solas. Mi natural agitación después de la entrevista, que apenas conseguí ocultar, no pasó inobservada para el doctor Fell. El señor Starberth me dijo, resumiendo, lo que el doctor Fell nos contó ya el otro día, o sea su plan de colocar dentro del cofre de la Sala del Gobernador una declaración de mi culpabilidad, a fin de que durante tres años planease sobre mi cabeza la acusación de asesinato. Cuando lo oí de sus propios labios, no supe qué postura adoptar. Pensé atenzarle la garganta, pero esto habría significado un grito y la captura inmediata. En tres años, pensé, seguramente hallaría una circunstancia que frustrara sus propósitos. Cuando volví al lado de los demás, traté de grabar en sus mentes la creencia de que el moribundo estaba delirando, por si acaso se le ocurría traicionarme antes de morir, haciendo público su plan.

»No necesito presentar aquí los planes que elaboré para apoderarme de la acusación. Se tornaron en humo. En lugar de poder dimitir y abandonar Chatterham, me veía obligado a quedarme durante otros tres años. En ese lapso de tiempo, ciertamente, hubiera podido poner mucha tierra por en medio entre yo y Lincolnshire; pero había una poderosa razón que me impedía huir.

»Si yo desaparecía, se celebraría una investigación con respecto a Thomas Saunders. E inevitablemente quedaría al descubierto que el verdadero Thomas Saunders estaba muerto, a menos, naturalmente, que yo me presentase y cesasen las indagaciones. Estando libre, sin la acusación de asesinato dentro de la caja fuerte de la Sala del Gobernador, siempre podía presentarme, alegando que yo era Thomas Saunders, que había deseado dimitir de su cargo. Pero si yo era Thomas Saunders, el fugitivo, como tendría que ser, descubrirían lo que le había sucedido al verdadero clérigo de Auckland, y me acusarían de usurpación de personalidad. De todos modos, me veía enfrentado a una acusación de asesinato si desaparecía. La única salida posible era apoderarme del documento comprometedor.

»Por lo tanto, procuré conquistarme la confianza del joven Martin Starberth antes de que zarpara para América. Sin ser acusado de falsa modestia, creo que puedo afirmar que mis dotes personales son suficientes para lograr la amistad de la persona que yo elijo. Así fue con el joven Martin, al que encontré un poco apocado y testarudo, pero muy amable. Me contó lo referente a las llaves de la caja fuerte, las condiciones impuestas por la herencia, y todo lo concerniente a sus deberes en la noche que cumpliera veinticinco años. Incluso entonces,

hace dos años, tenía miedo ya. A medida que pasaba el tiempo, vi por sus cartas, que el temor se había convertido en algo patológico (si puedo emplear este término), y que esto, junto con la bien conocida devoción de su primo Herbert, podrían ser factores que yo tal vez podría emplear en mi favor. Mi propósito era, claro está, hacerme con la declaración. Era una desdicha que me viese obligado a actuar así, puesto que en realidad me gustaba aquel joven, y, como corolario, tener que matar a su primo Herbert; pero mi situación era asaz precaria para detenerme a pensar en niñerías.

»Ya he indicado que mi plan radicaba en el temor de Martin y en la adoración que por él sentía Herbert; pero existe un tercer elemento. Ambos jóvenes eran, en su aspecto general y desde cierta distancia, sorprendentemente semejantes. Desde lejos, podían ser confundidos.

»Obteniendo su confianza, lo dispuse todo: No era necesario que el propio Martin se encargase de la vigilia en la Sala del Gobernador. La noche designada, inmediatamente después de cenar, ambos debían dirigirse a sus respectivas habitaciones; y, a menos que uno de ellos se viese obligado a descubrir el truco, Martin debía dejar bien sentado que no deseaba ser interrumpido. Acto seguido, Herbert se pondría unas ropas de Martin, y Martin las de su primo. Para eludir una pérdida de tiempo al reemprender ambos sus respectivas identidades, una vez concluida la vigilia, Herbert se llevaría consigo un traje suyo y otro de Martin en la maleta, y le entregaría ésta a Martin, Éste, entonces, la colocaría en el sillín posterior de la motocicleta, e inmediatamente se marcharía por un sendero lateral, hacia la rectoría. En el momento apropiado, Herbert se dirigiría a la Sala del Gobernador, llevándose las llaves de Martin, obrando en todo de acuerdo con las instrucciones de tradición entre los Starberth.

»Esto, como se comprenderá, es lo que yo les dije que hiciesen. Mis propios planes eran harto distintos, pero vayamos por partes. A las doce en punto, Herbert tenía que abandonar la Sala del Gobernador, y Martin, tras haberse cambiado de ropas en la rectoría y marcharse en la motocicleta, para recoger a su primo en el camino que hay delante de la prisión. Entonces, Herbert le devolvería las llaves, junto con la lámpara y la tarjeta que probaba su visita, y Martin regresaría a pie al «Hall». Herbert cogería su máquina, iría a la rectoría, se cambiaría de ropa y regresaría también, aparentemente después de haber dado un paseo moto por el campo para descargar sus nervios en la noche de la vigilancia de su primo.

»Naturalmente, no era ésta mi intención. Primero, necesitaba procurarme una coartada muy consistente; y, segundo, deseaba que la

muerte de Martín pareciese obra de Herbert. A este fin, jugué con la fortaleza del orgullo familiar, que a su modo, es un sentimiento admirable. Sugerí que, aunque quedase alterado el estricto cumplimiento de la vigilia, debía preservarse su espíritu. Herbert podía abrir la caja fuerte, «pero no debía examinar su contenido». Debía, en cambio, colocar lo que hallase en su bolsillo, y entregárselo a Martín cuando se encontrasen a medianoche fuera de la prisión. Al regresar al «Hall», Martín podría examinar el botín a su placer. Si a la mañana siguiente, el señor Payne protestaba, proclamando que Martín había sacado de la caja algo que no debía ser tocado, Martín podría alegar haberse equivocado. Una equivocación sin importancia, ya que la entrega de la tarjeta con la firma de Anthony demostraría que había cumplido con su vigilia, pasando la hora ordenada en la Sala del Gobernador.

»Mi propio curso de acción estaba bien claro. Cuando Martín llegase a la rectoría, podría disponer de él. Lamentaba tener que infligirle algún daño; pero un golpe con una barra de hierro le dejaría sin sentido mientras procedía a romperle el cuello y las demás heridas preparadas. Entonces, podría llevarle en mi coche hasta el «Rincón de la Bruja», y depositarlo junto al muro. El almanaque pronosticaba tiempo lluvioso, lo cual resultó ser exacto. A continuación, tenía que dirigirme a casa del doctor Fell. Tras haber sugerido la vigilancia de la ventana de la Sala del Gobernador, pensé que disponía de una coartada perfecta. Cuando, a medianoche, la luz se extinguiese en la Sala del Gobernador, exactamente en el instante preciso, todos se hallarían libres de su angustia. Decidirían que Martín había terminado perfectamente su vigilia de una hora. Poco después, yo podría despedirme de la reunión. Herbert estaría esperando pacientemente delante de la cárcel, la llegada de su primo, pero sin dejarse ver. Cuanto más me retrasase yo, mejor. Al separarme del doctor Fell, saltaría del coche y me reuniría con Herbert, Entonces le comunicaría que, desdichadamente, en mi ausencia de la rectoría, su primo se había emborrachado por completo, cosa que cuadraría perfectamente con la conducta anterior de Martín, y que era necesario que me acompañase a fin de llevar a Martín a su casa, antes de que su hermana se alarmase.

»Con las llaves, la lámpara y el contenido del cofrecito, Herbert volvería conmigo a la rectoría. En este caso no habría necesidad de más subterfugios. Una bala bastaría. Más tarde, aquella misma noche, podría volver a la prisión y asegurarme de que Herbert no había pasado nada por alto. Yo había intentado hallar una excusa para

hacerle abrir la puerta del balcón, pero temiendo que entrase en sospechas, decidí llevar a cabo esto por mí mismo.

»No necesito apenas recapitular lo que sucedió en realidad. Aunque en un detalle, que ya indicaré, mis cálculos resultaron fallidos, he de dejar bien sentado que mi presencia de ánimo me sacó de una situación peligrosa. Fue sólo la mala suerte la que me derrotó. Herbert fue visto por el mayordomo cuando estaba preparando la maleta, lo cual era un indicio de fuga. Martín, a quien creían Herbert, fue visto cuando se marchaba en la moto, otro indicio de fuga. La señorita Starberth salió al vestíbulo (casualidad imprevista) cuando Herbert, pasando por Martín, salía del «Hall». Pero sólo fue visto de espaldas, a cierta distancia y en la penumbra; cuando ella le habló, él se limitó a tartajear unas palabras, fingiéndose borracho, con lo cual escapó sin ser descubierta la superchería. Ni una sola vez los vio nadie de frente, y con claridad, después de cambiarse de traje. Cuando Budge quitó el faro de la bicicleta y lo subió al cuarto de Martín, donde esperaba Herbert, se limitó a dejarlo fuera de la puerta. Cuando el mayordomo que iba en busca del faro y vio a Martín en la motocicleta, era noche oscura... y ya se marchaba.

»Confieso que vacilé cuando tuve que deshacerme de Martín, el muchacho en aquel momento me estaba dando las gracias por haberle salvado de lo que más temía, pero un golpe súbito, cuando estaba inclinado sobre una botella de licor, lo dejó todo listo. No pesaba mucho. Yo soy más bien una persona fuerte, y no tuve la menor dificultad. Un sendero trasero, por detrás de la casita del Tejo me llevó a la vecindad de la prisión. Dispuse el cadáver bajo, el balcón y junto al foso, y me dirigí a casa del doctor Fell. Aunque había acariciado, la idea de empalar el cuerpo con los agudos pinchos del reborde del foso, para prestar más semejanza a aquella muerte con la del viejo Anthony, abandoné la idea por excesivamente macabra, y por parecer una estudiada simulación de la maldición de los Starberth.

»Mi único temor era que Herbert saliese con vida. Sin hablar de miedo, debo declarar que el joven no tenía rápidos reflejos. Se había mostrado reacio en aceptar mi plan, llegando a discutir incluso con Martín. De todos modos, el doctor Fell me ha dicho que, mientras esperábamos en el jardín a que diesen las once, yo me excedí un poco. Mi agitación y mi inesperada pregunta:

«—¿Dónde está Herbert? —en el momento crítico de la espera, le hicieron meditar; pero me atrevo a afirmar que durante aquel período de tensa emoción mi pregunta tenía que parecer completamente normal.

»Ahora puedo referirme a otro rasgo de la mala suerte. Me refiero, claro está, a la diferencia de diez, minutos de los relojes. Durante cierto, tiempo me extrañó por qué, ya que Herbert había extinguido su lámpara demasiado pronto, precipitando con ello, la catástrofe, me extrañó, repito, por qué había llegado a la Sala del Gobernador, precisamente a las once en punto. Pero lamento decir que la respuesta quedó anticipada por las preguntas dirigidas por el doctor Fell a los sirvientes del «Hall». Herbert llevaba el reloj adelantado. Pero mientras estuvo aguardando en la habitación de Martín no consultó su propio reloj, sino el que se hallaba sobre la mesita de noche de su primo, que marcaba la hora exacta. Por esto, Herbert salió para la Sala del Gobernador a la hora en punto. Ya en la prisión, tuvo, que consultar su propio reloj, y por esto acertó diez minutos su vigilancia.

»En este momento, aunque no por mi culpa, sino por otras causas que achacaré a la mala suerte, la emoción del joven americano había llegado a su punto álgido. Al ver extinguirse la luz decidió correr hacia la prisión. Yo intenté disuadirlo, ya que habría resultado fatal que tropezase directamente con Herbert delante de la fortaleza. Viendo, sin embargo, que era inútil detenerlo, lo seguí. El espectáculo de un clérigo reposado corriendo como un chiquillo bajo una tormenta no dejó de ser observado por el doctor Fell. Pero mi mente estaba ocupada en otras ideas. Entonces observé lo que era natural, lo que ya sabía previsto, que el americano se dirigía corriendo hacia el «Rincón de la Bruja», y no hacia la puerta de la prisión.

»Aquí entró la inspiración, de la que no puedo alabarme, ya que forma parte de mi carácter. Me di cuenta de que aquel peligro podía convertirse en una ventaja. Corrí, como era natural para un hombre sin nada en la conciencia, hacia la puerta de la prisión. Ya le había advertido precavidamente a Herbert que, mientras debía permitir que su luz se divisase desde el exterior de la prisión, él no debía dejarse ver absolutamente de nadie una vez fuera de la misma, ya que algún extraño podía observar su reunión con Martín y sentirse muy asombrado por ello, entregándose a meditaciones poco agradables.

»Todo estaba previsto al segundo, con la seguridad del largo trabajo empleado en elaborar mi plan. El americano se extravió entre la lluvia y las tinieblas, por lo que tuve amplio tiempo para ir al encuentro de Herbert. Me aseguré de que tenía los documentos. Le conté brevemente, de pie en medio de la tormenta, que había calculado mal el tiempo —¡feliz invención!—, ya que aún faltaban diez minutos para la hora, por lo que Martín todavía no había llegado de la rectoría. Agregué que los observadores tenían ciertas sospechas

debido al cambio de horario y que se dirigían a la prisión. Debía, por lo tanto, marcharse a pie a la rectoría, por las más escondidas veredas. De veras temía que pudiese dejar ver su faro de bicicleta encendido, por lo que se lo arranqué de la mano, arrojándolo a la maleza.

»Pero en aquel momento, otro ramalazo de inspiración, me hizo entrever un plan mejor. Aparte de los relámpagos, el americano no podía ver nada. Por lo tanto, aplasté la lámpara con el pie, y al correr hacia él le dije simplemente que se había caído cerca del muro. Es en estas crisis cuando el cerebro trabaja con más claridad y la finura de un artista en plena concepción.

»Ya no tenía nada que temer. Herbert se marcharía a pie. Era imposible que el americano dejase de descubrir el cadáver de Martín, pero si no era así, sería yo quien tropezaría con el mismo. Luego, como yo poseía el único automóvil que estaba cerca de aquellos parajes, me enviarían a Chatterham bien en busca del doctor, bien de la policía, con lo cual tendría tiempo de sobras para llegar a la rectoría antes que Herbert.

»¿Necesito decir que todo salió bien? Aquella noche tuve que llevar a cabo una tarea inhumana, pero la realicé con toda frialdad. Si había matado a Martín, lo mismo podía hacer con varias docenas de personas más. Antes de ir a casa del doctor Markley, como más tarde le expliqué al comisario, me detuve en la rectoría, con toda naturalidad, para coger mi impermeable.

»Me había demorado un poco, y llegué un instante antes que Herbert. Habría sido más prudente acercarme a él y disparar contra su cuerpo, a fin de hacer menos ruido, pero la rectoría queda aislada, con poco peligro de que se oiga un tiro de revólver; y en aquel momento me pareció mucho más deportivo permanecer escondido a cierta distancia y acertarle entre los ojos.

»Luego me puse el impermeable y regresé a la prisión con el doctor Markley.

»A la una todo había concluido. Me quedaban varias horas hasta el alba para ultimar todos los detalles. Nunca me había sentido tan impelido a disponerlo todo hasta en los menores extremos, tal como uno se siente satisfecho después de haber limpiado a fondo una habitación. Podía haber escondido el cuerpo de Herbert, al menos por algún tiempo, en el sótano donde ya había escondido la bicicleta, la maleta y otros objetos acusadores, como las herramientas que me habían ayudado a deshacerme de Martín. Pero debía irme a la cama con la casa completamente fregada y barrida, por decirlo así. Además,

deseaba que Herbert cargase con las culpas de la muerte de su primo, y por esta razón no debía pasar por alto ninguna oportunidad.

»Todo lo que hice, lo hice aquella noche. No fue una tarea muy pesada, ya que el cuerpo era ligero. Como conocía muy bien el camino, no necesité linterna. Muchas veces había recorrido el camino hacia la prisión, recorriéndola por entero, por sus históricos corredores, a fin de fijarme en su disposición exterior e interior, por lo que conocía de memoria el camino. Como las llaves de Herbert estaban en mi posesión, tuve acceso a la Sala del Gobernador. Durante algún tiempo no había sabido si la puerta del balcón estaba o no cerrada. De todas formas, como ya he indicado, *tenía* que quedar abierta. Así la dejé, con lo que mi plan quedó completo.

»Otra cosa. La cajita de hierro que contenía los documentos de la caja fuerte, la dejé caer más tarde en el foso. Lo hice porque sospechaba (no diré temía) la diabólica astucia de Timothy, a quien yo había matado. Temía que hubiera otro documento, tal vez en un compartimiento secreto, y deseaba asegurarme de mi impunidad.

»Me divierte pensar que la última noche casi estuve atrapado. Entré en sospechas de las conferencias en casa del doctor Fell, y emprendí la vigilancia, debidamente armado. Alguien trató de interceptar mi paso y disparé; me sentí aliviado al enterarme de que se trataba de Budge, el mayordomo. Al principio de esta narración dije que sería sincero. Bien, ahora rectifico tal declaración. Hay un extremo en el que no lo he sido, aun sabiendo que dentro de unos minutos me llevaré el revólver a la sien y apretaré el gatillo. A veces, por la noche, veo caras. Anoche vi una y momentáneamente me puse muy nervioso. Tales cosas destruyen la lógica de mis planes. Es todo cuanto puedo decir.

»Y ahora, caballeros, ya está todo hecho. Mis tratos con mi amigo el traficante de diamantes se han completado satisfactoriamente —no muy a menudo para no despertar sospechas—, durante el transcurso de estos dos años. Yo estaba preparado. Cuando, como punto cumbre de mi mala suerte, recibí la carta de mi «tío» expresándome su deseo de venir a Inglaterra por primera vez en diez años, pude aceptarlo con fría resignación. En resumen: estaba cansado. Había luchado ya demasiado tiempo. Soló deseaba irme de Chatterham. Por lo tanto, esparcí por toda la comarca, la llegada de mi tío, con multitud de detalles; como subterfugio, le rogué a sir Benjamín Arnold que fuese a recibirlo, sabiendo que rehusaría e insistiría en que fuese yo, en cambio. Entonces habría desaparecido. Durante tres años lo había

estado madurando cuidadosamente, y estaba seguro de poder procurarme una vida de placeres, sin sobresaltos ni peligros.

»El doctor Fell me ha dejado la pistola como una muestra de su amabilidad. Todavía no deseo utilizarla. Sé que ese extravagante hombre tiene mucha influencia en Scotland Yard...

»Ahora me arrepiento de no haberlo matado. Cuando tengo la muerte tan próxima, creo que hubiese podido soportar la idea de ser colgado dentro de unas semanas. La lámpara ya alumbra poco, y preferiría suicidarme de una manera más romántica, con una apropiada floritura final y unas ropas más decentes.

»La facilidad que parece haber animado mi verbosidad al redactar mis sermones parece haberme abandonado. ¿He blasfemado, acaso? Un hombre de mis principios no puede hacerlo en modo alguno, ya que mis preceptos, aunque no fui ordenado, ni por asomo, han estado siempre situado dentro del orden más estricto. ¿Cuál fue el fallo de mis planes? Se lo he preguntado al doctor Fell. Por esto quise hablar con él a solas. Sus sospechas sobre mí se convirtieron en certidumbre cuando yo, en un descuido, dije que Timothy Starberth, en su lecho de muerte, había acusado a uno de sus familiares como culpable de su muerte. Bien, tal vez fue un descuido; pero tenía consistencia. De haberseme concedido la oportunidad en esta vida, habría podido demostrar que soy un gran hombre. Apenas puedo separar la pluma del papel, porque entonces tendré que empuñar otro objeto mucho más siniestro.

»Odio a todo el mundo. Si pudiera, borraría a la humanidad de la faz de la tierra.

»Ahora debo matarme. He blasfemado. Yo que nunca he creído en Dios, secretamente, ahora ruego... ruego...

¡Ayúdame, Dios mío! No puedo seguir escribiendo... Estoy enfermo...

THOMAS SAUNDERS».

No se suicidó. Cuando abrieron la puerta del despacho, estaba temblando, presa de un ataque de nervios, con la pistola separada de su sien, y sin valor para apretar el gatillo.

F I N



JOHN DICKSON CARR (30 de noviembre de 1906 – 27 de Febrero de 1997) fue un escritor norteamericano de novelas policíacas. Firmó también muchos de sus libros, con los seudónimos Carter Dickson, Carr Dickson y Roger Fairbairn.

Pese a su nacionalidad, Carr vivió durante muchos años en Inglaterra y a menudo se le incluye en el grupo de los escritores británicos de la edad dorada del género. De hecho la mayoría, pero no todas, de sus obras tienen lugar en Inglaterra. De hecho sus dos más famosos detectives son ingleses: Dr. Fell y *Sir Henry Merrivale*.

Se le considera el rey del problema del cuarto cerrado (parece que debido a la influencia de Gastón Leroux, otro especialista en ese subgénero). De entre sus obras, *The Hollow man* (1935) fue elegida en 1981 como la mejor novela de cuarto cerrado de todos los tiempos.

Durante su carrera obtuvo dos premios Edgar, uno en 1950 por su biografía de *Sir Arthur Conan Doyle* y otro en 1970 por su cuarenta años como escritor de novela policíaca.

Notas

[1] Títulos académicos. (*N. del T.*) <<

[2] Acento barriobajero empleado en los suburbios de Londres. (*N. del T.*) <<

[3] Naturalmente, la poesía original en inglés difiere de la adaptación realizada aquí, pero hemos preferido verterla aproximadamente al español, a fin de que el lector pueda seguir con más propiedad la solución que el doctor Fell da al criptograma, toda vez que los vocablos ingleses difieren notablemente de los equivalentes en español. Damos a continuación la transcripción exacta de la poesía imaginada por el autor. <<

se



JOHN DICKSON CARR

Lectulandia

